

 HARLEQUIN™

Bianca™

SECRETOS DEL CORAZÓN

ALISON ROBERTS

Bianca

SECRETOS DEL CORAZÓN
ALISON ROBERTS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Alison Roberts
© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Secretos del corazón, n.º 1305 - octubre 2016
Título original: Nurse in Need
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-9040-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Las luces rojas y azules de emergencia parpadeaban, aunque la sirena de la ambulancia había dejado de sonar poco antes de detenerse a la entrada de urgencias del hospital Christchurch Queen May.

El equipo de urgencias del turno de mañana estaba dispuesto. Diez minutos antes les habían comunicado por radio que un paciente en estado crítico estaba en camino, y habían preparado rápidamente uno de los equipos de reanimación.

La enfermera jefe, Amy Brooks, echó un rápido vistazo a la camilla que estaban bajando de la ambulancia. De ella colgaban bolsas de suero intravenoso, y el equipo ya tenía otras tantas preparadas.

Sabían que el paciente tenía graves problemas respiratorios, y los equipos de respiración asistida y drenaje pulmonar también estaban listos.

Como enfermera jefe de urgencias, era responsabilidad suya que todo estuviese preparado, así como ayudar a los médicos. Debía tener las bolsas de suero listas y ayudar a colocarlas; tenía que ayudar a las demás enfermeras a quitarles la ropa a los pacientes y tomar nota de las constantes vitales. Aquella era la tarea más exigente del hospital, pero Amy Brooks disfrutaba con los retos que cada paciente crítico le planteaba. Incluso le gustaba el caos inicial al recibir y transferir a dichos pacientes. Hacía falta una habilidad especial para recordar todos los detalles, concentrarse en cada tarea y establecer prioridades con rapidez si la situación lo exigía.

–Se llama Daniel Lever. Tiene diecinueve años –dijo el jefe de la ambulancia, confirmando lo que habían comunicado por radio–. Su coche se estrelló a gran velocidad contra un camión y dio varias vueltas de campana. Era el único ocupante del vehículo.

Colocaron la camilla de la ambulancia al lado de una cama. Amy se fijó en que el chico llevaba puesto un collarín y que estaba sujeto a una tabla fija. Casi con toda seguridad tendría la columna vertebral dañada.

–Ha estado atrapado en el coche durante cuarenta y cinco minutos –dijo el jefe de la ambulancia mientras apartaba el monitor del ritmo cardíaco–. ¿Listos? Un, dos, tres...

Amy se acercó para ayudar a levantar a Daniel de la tabla; llevaba demasiado tiempo allí sujeto. Tenía heridas en el pecho y fractura múltiple en el fémur izquierdo.

Jennifer Bowman, la enfermera especialista en respiración asistida, fue la primera en entrar en acción.

–Hola, Daniel. ¿Puedes abrir los ojos? –dijo Jennifer mientras desconectaba la botella de oxígeno portátil y volvía a conectar el tubo a la máquina de respiración asistida del hospital.

Daniel gimió en respuesta a su pregunta.

Mientras Jennifer le ajustaba la mascarilla, Amy quitó con unas tijeras los restos de ropa del pecho de Daniel. Mientras lo hacía, oyó a su compañera susurrar palabras de alivio al paciente. Amy apreciaba mucho su habilidad para establecer rápidamente un lazo con los enfermos. Gareth Harvey, el especialista jefe de urgencias, auscultó el pecho de Daniel con un estetoscopio al tiempo que el equipo de la ambulancia le informaba.

–Le hemos administrado un litro y medio de solución salina y diez miligramos de morfina. El

ritmo cardíaco se ha mantenido estable.

La enfermera Janice Healy, que se había llevado unas muestras de sangre, regresó acompañada por una mujer de mediana edad de aspecto preocupado.

—Es su madre —dijo—. ¿Puede pasar a verlo?

El médico en prácticas, Peter Mihne, acababa de dejar a la vista la herida de la pierna del accidentado. Al verla, la madre palideció, y Amy se acercó con intención de sujetarla, pero Peter se le adelantó.

—Janice, llévate a la señora a la sala de espera y quédate con ella. Yo bajaré en cuanto tengamos toda la información sobre el estado de su hijo —dijo.

—Venga conmigo, señora Lever —dijo Janice apartándose de la camilla.

La madre de Daniel estaba paralizada. Miraba a su hijo aterrorizada.

En unos minutos Amy se quedaría a cargo de la redacción del informe mientras Peter se encargaba de la señora Lever. Amy sabía que sería capaz de recordar todos los detalles para anotarlos cuando la situación estuviese más calmada.

Pasaron otros veinte minutos hasta que estuvieron seguros de que el paciente se encontraba estable y podía pasar a quirófano. Era obvio que habría que intervenir para que sobreviviese.

—En ortopedia también querrán verle la pierna —dijo Peter.

Al oír aquel comentario, Jennifer miró a Amy y le guiñó un ojo.

Amy no hizo caso, aunque sintió la tensión que había estado acumulando durante toda la mañana. Pero no podía hacer nada al respecto; ya de por sí había sido un turno muy ajetreado sin contar con este último caso. Tenía aún que ir a ver a otros dos pacientes para hacer su seguimiento. La descarga de adrenalina que le había provocado el caso de Daniel no duró mucho, y una vez pasada Amy se sintió extrañamente nerviosa.

La risita que oyó unos instantes más tarde le hizo girarse rápidamente, pero no pudo ver nada, porque la cortina que había alrededor del cubículo cuatro, en el que atendía a la señora Benny, le ocultaba la habitación. Tras unos instantes, Amy no pudo evitar la tentación de mirar por el borde de la cortina al volver a oír la risa de nuevo, y enseguida vio de donde provenía: un hombre se irguió sonriendo del mostrador, en el que, apoyado, hablaba con alguien del hospital y se dio la vuelta con tanta rapidez que Amy no tuvo tiempo de disimular la curiosidad que se reflejaba en su cara.

Sus miradas se encontraron solo por un instante, pero fue suficiente para que él le dedicase una sonrisa. Amy echó las cortinas apresuradamente y se volvió de nuevo hacia su paciente, maldiciéndose por haber mirado.

La señora Benny estaba dormida, de manera que Amy aprovechó para comprobar su estado y también para tranquilizarse ella misma. Aún se sentía nerviosa, como si la mirada con la que se acababa de encontrar estuviese aún allí, atravesando la fina cortina.

Hizo un esfuerzo y concentró su atención en el reloj que llevaba sujeto al uniforme mientras le tomaba el pulso a la señora Benny. Respiró profundamente.

Su nerviosismo no era por culpa del extraño, ni tampoco a causa de la señora Benny. Esta era la tercera paciente que había ingresado aquella mañana con el fémur fracturado a causa de una caída. Todos, al igual que el caso de intoxicación etílica que también tenía que supervisar, eran casos comunes y sencillos de solucionar, no como el caso de Daniel Lever.

El repentino movimiento de la cortina detrás de ella la sobresaltó: Derek, el celador le sonrió.

—¿Te he asustado? ¿Quién creías que era?

Amy sonrió, pero no contestó. Resistió la tentación de mirar por encima del hombro de Derek

para ver quién era el que estaba junto al mostrador con Laura, la auxiliar de planta, y también reprimió la ligera sensación de enojo que le provocaba el que a alguien le pareciese divertido estar en la sala de urgencias. Ni el enojo ni la curiosidad fueron suficientes para hacerla olvidar el desasosiego que sentía.

En cualquier caso, estaba nerviosa porque se le acababa el tiempo.

Amy tocó la mano de su paciente con delicadeza.

–Señora Benny. Ha venido Derek para llevarla a rayos X. ¿Cómo se encuentra?

Gladys Benny abrió los ojos y sonrió.

–Mucho mejor. Gracias, cielo. Incluso creo que me he dormido.

–Muy bien. La veré otra vez en cuanto vuelva de rayos X.

Amy se apartó mientras Derek sacaba la camilla, pero la señora Benny agarró la mano de Amy y Derek se detuvo.

–¿Qué me van a hacer? –preguntó preocupada.

Amy apretó la frágil mano de la señora Benny con cuidado.

–Es probable que también se haya roto la cadera. Si las radiografías lo confirman, me temo que habrá que operarla.

–Vaya –dijo la señora Benny y sus ojos azules se llenaron de lágrimas y la voz se le quebró–. ¿Dónde me llevan?

–A rayos X –le recordó Amy pacientemente–. Después volverá aquí y los especialistas ortopedas vendrán a verla. Si necesita una operación, solicitaremos quirófano.

–¿Así que vuelvo aquí? –preguntó mirando a Amy suplicante.

–Sí, señora Benny –sonrió Amy–. Y su hija está de camino. Ya habrá llegado para cuando vuelva.

Amy observó cómo se alejaba la camilla.

Miró a su alrededor, pero el extraño había desaparecido.

Varias camas estaban vacías, y el área se encontraba tranquila. Parte del personal estaba tomándose su tiempo de descanso. Jennifer Bowman estaba entre ellos; hablaba animadamente con un médico joven, y Amy se sonrió al ver la expresión de su colega. Jennifer era alegre, extrovertida e incluso, a veces, un poco salvaje. Para una persona que no las conociese mucho, Amy y Jennifer eran muy distintas. A menudo la gente se sorprendía al descubrir que eran compañeras de piso, y, más aún, de que eran las mejores amigas.

Ya había pasado la hora de comer y aún estaba lejos de la meta que se había propuesto hacía una semana. Tendría que posponer el logro de esa meta, ya que los ruidos que provenían del cubículo dos indicaban que tenía que atender al paciente que se encontraba en el mismo.

Amy se puso unos guantes y tomó algunas toallas para lavar la cara del paciente.

–¿Se encuentra mejor, Patrick?

Él la observó con los ojos inyectados en sangre, y ella vio un brillo en sus ojos que le resultó familiar.

–Eres un ángel, Amy Brooks.

–Ya –dijo Amy sacudiendo la cabeza y sonriendo.

Patrick Moore era un paciente habitual; un viejo irlandés solitario que cobraba su pensión los jueves y le traían a urgencias los viernes por la mañana, después de encontrarlo con hipotermia y borracho en algún parque público. A diferencia de muchos pacientes similares, Patrick siempre estaba agradecido por la atención que recibía, y tenía un encanto que ni siquiera el excesivo abuso del alcohol podía destruir.

–Un ángel –repetía fervientemente–. Incluso tienes un halo.

La expresión de admiración del viejo era tal que Amy se preguntó si estaría teniendo alucinaciones.

–¿Cuántos dedos ves aquí, Patrick? –le preguntó levantando una mano.

–Tres –respondió él rápidamente–. Y son unos dedos largos y delicados, muy bonitos, como toda tú. Eres un ángel de misericordia con un halo dorado sobre tu cabeza.

–Es mi pelo, Patrick.

–Tu pelo es moreno, no dorado y luminoso. Sé lo que digo.

–Es hora de volver a casa, Patrick –le dijo Amy.

La señora Benny volvería pronto de rayos X. Además, el ruido al otro lado de la cortina indicaba que la tranquilidad se había acabado.

Amy ayudó a Patrick a levantarse, y mientras recorría la cortina miró hacia arriba automáticamente. Parecía que el desconocido había estado esperando a que ella apareciese.

¿De qué otra manera podían haberse encontrado sus miradas tan repentinamente? Él ya no se estaba riendo, ni siquiera sonreía, pero Amy lo reconoció.

Ella apartó la mirada porque aquel contacto visual era demasiado personal, íntimo incluso, lo cual resultaba fuera de lugar. La mirada de Amy se cruzaba continuamente con la de desconocidos, ¿por qué iba a ser diferente con aquel hombre?

–Vamos, Patrick. Ya está usted bien –dijo girándose para no tener de frente al desconocido.

Este estaba hablando con Noel Fenton, el especialista ortopeda interino, el cual se dirigía probablemente a ver a la señora Benny. ¿Sería el desconocido un pariente de esta? ¿Quizás su hijo?

Amy negó con la cabeza inconscientemente; no podía ser. La señora Benny tenía ochenta años, y aquel hombre no parecía tener más de treinta. Quizás fuese su nieto.

Amy esperó pacientemente mientras Patrick recogía su bastón y su sombrero, pero miraba de reojo a los dos hombres: Noel estaba presentando al desconocido a Gareth Harvey.

Amy se arriesgó a volver a mirar mientras se estrechaban la mano. El desconocido sonreía de nuevo. Su actitud era tan relajada e informal como los vaqueros y la cazadora de piel que llevaba. No tenía aspecto de ser familiar de ningún paciente.

Amy se dio la vuelta rápidamente cuando los tres hombres empezaron a acercarse hacia ella, por lo que chocó con Patrick y lo hizo trastabillar. Patrick se agarró del brazo de Amy y la sujetó por la cintura.

–Eres un ángel, Amy Brooks –dijo Patrick en voz alta–. ¿Quieres casarte conmigo?

Amy apartó la mano de Patrick de su cintura.

–Vamos, Patrick –dijo Amy. Sentía la cercanía de los tres hombres, y oyó una risa que solo podía provenir de una persona.

–Venga, Patrick –insistió con desesperación.

Agarró al anciano del brazo y lo condujo firmemente hacia la puerta. Patrick miraba hacia atrás por encima del hombro.

–La envió el cielo –informó triunfalmente a los demás.

A Amy no se le pasó el sonrojo hasta que no firmó el registro de salida de Patrick. Luego lo acompañó a la puerta principal.

Cuando volvía, el jefe del departamento de enfermería, Peter Milne, le hizo señas.

–¿Puedes ayudar a Jennifer a ordenar la UCI? Aún hay un poco de desorden.

–Claro –sonrió Amy–. ¿Se sabe algo de Daniel?

–Aún sigue en el quirófano, pero Noel estuvo allí para comprobar cómo estaba su pierna y parece que todo va bien. La hemorragia está bajo control. Tenía el bazo desgarrado y el hígado dañado, pero creo que se recuperará.

–Me alegro –dijo Amy pensando en lo aliviada que se sentiría su madre.

Jennifer reaccionó igual cuando Amy se lo contó.

–¿Cómo es posible que Janice la trajese justo en aquel momento? Se supone que tiene la suficiente experiencia como para comprobar la situación antes de hacerlo –dijo Jennifer.

–Creo que se siente incómoda cuando trata con los familiares –dijo Amy–. A veces es mejor que vean por sí mismos que se está haciendo todo lo posible, especialmente si es un caso grave.

–Ya –dijo Jennifer mientras contaba ampollas vacías y las echaba a la basura.

Amy empezó a recoger los envoltorios de las vendas estériles.

–Patrick me ha vuelto a hacer proposiciones.

–Ya lo hemos oído –dijo Jennifer sonriendo–. Eres un ángel.

Amy le devolvió la sonrisa. Sintió que aquel era el momento que estaba esperando.

–Jen.

–¿Si? –dijo Jennifer mientras hacía el recuento del armario de las medicinas.

–Respecto a esta noche... –dijo Amy cuidadosamente, pues no quería perder aquella oportunidad, tal como había ocurrido en anteriores ocasiones–. Había pensado que...

–No –le interrumpió Jennifer firmemente, sin apartar la mirada del interior del armario–. Queda poca adrenalina y muy poca morfina. Iré por más.

–Por favor, Jen –suplicó Amy–. Necesito que vengas a la fiesta.

–No. Lo siento, Amy, pero no voy a cambiar de opinión.

–Pero si te encantan las fiestas.

–Esta no. Preferiría quedarme en casa clavándome alfileres en los ojos –dijo Jennifer mirando a Amy–. Lo que me recuerda que no tenemos muchas agujas intravenosas, ¿verdad?

–Quedan catorce –respondió Amy automáticamente.

–Traeré más.

Amy recogió los cables del electrocardiógrafo y guardó el tensiómetro. Estaba cambiando las sábanas de una cama cuando volvió Jennifer. Amy tomó el paquete que traía y la miró esperanzada.

–No va a ser tan mala. Me refiero a la fiesta –le dijo.

–Sí lo será –contestó Jennifer–. Habrá un montón de especialistas con sus esposas, un cuarteto de cuerda en un rincón y un camarero sirviendo jerez. Todo el mundo irá elegantemente vestido y se sentirán superiores –añadió mientras cerraba el armario de las medicinas con llave. Miró a Amy con reproche–. Y tu novio será el peor de todos.

Amy suspiró. Aquello no estaba saliendo como ella esperaba.

–No la tomes con Nigel –le suplicó–. No es tan malo. Quiere que vayas.

–Sí, claro –dijo Jennifer con escepticismo–. Ayer mismo me dijo que si yo tuviese suficientes neuronas habría tenido listos los resultados del escáner antes de que se hubiese visto obligado a perder su valioso tiempo bajando a urgencias.

Amy desvió la mirada.

–De acuerdo, a veces puede ser un poco sarcástico, pero ya sabes que los casos de traumatismos graves son muy estresantes.

–Ni siquiera tenía que acercarse al paciente –le recordó Jennifer, pero suavizó la expresión de su cara–. Admito que probablemente tiene su lado bueno. Puede ser encantador cuando quiere,

pero no puedo fingir que me gusta, Amy. Hay algo en él que me produce desconfianza, y no es solo el que tenga los ojos demasiado juntos. La verdad, no entiendo por qué empezaste a salir con él.

–Él me lo pidió –dijo Amy–. De todos modos, fue hace meses. Es ya historia.

–Como Nigel.

–Solo tiene cuarenta y dos años –dijo Amy impaciente–. Y es un buen cirujano. No tiene por qué gustarte, Jen. Simplemente ven a la fiesta. Hazlo por mí.

–Ni hablar –dijo Jen descorriendo la cortina. La UCI móvil uno estaba preparándose para salir de nuevo–. Te veré luego, Amy. Parece que hay trabajo.

Por las puertas automáticas entraba una camilla procedente de una ambulancia. En la camilla que llegaba del otro extremo del pasillo estaba la señora Benny. Amy la alcanzó.

–¿Cómo se encuentra, señora Benny?

–Muy mal. Me han movido la pierna y me duele mucho.

–Vaya –se lamentó Amy mientras ayudaba al celador a colocar la camilla en su sitio–. Le diré a uno de los médicos que venga para administrarle un calmante.

Mientras buscaba a un médico, Amy se cruzó con Jennifer, que ayudaba a una señora a ir al lavabo.

La sonrisa que intercambiaron las dos enfermeras fue fugaz, pero suficiente para tranquilizar a Amy; Jennifer no estaba molesta por los continuos intentos de Amy de que aceptase ir a la fiesta.

La diferencia de opiniones que había entre las dos respecto a que Amy saliese con el cirujano ortopeda, Nigel Wesley, no era suficiente para estropear la amistad que existía entre ellas.

Aún no.

El ánimo de Amy se hundió un poco más al pensar que aquello era algo que podía cambiar tras aquella noche, y a Amy le aterraba esa posibilidad. Tenía que informar a Jennifer de los cambios que se habían producido y procurar que su amistad no sufriese daños irreparables, pero hasta el momento lo único que se le había ocurrido era convencerla de que asistiese a la fiesta y que se lo pasase bien.

Lo mejor sería decirle la verdad. Si ella misma tenía confianza en que estaba haciendo lo correcto, no debería haber ningún problema.

Esa confianza era una sensación que por lo general Amy solo asociaba con su habilidad profesional, pero en esta ocasión se trataba de un riesgo que estaba dispuesta a correr. El tiempo se le acababa en más de un aspecto.

Quizás sus dudas las originaba la posibilidad de perder la amistad de Jennifer. Nunca había estado tan cerca de alguien, ni con sus compañeros de colegio ni, desde luego, con sus padres. Ni siquiera con Nigel. Jen era la única persona que apreciaba a Amy por lo que era; la hacía sentirse bien y siempre la apoyó en todo hasta que, sorprendentemente, Nigel Wesley mostró interés por ella.

A Gladys Benny la trasladaron desde urgencias a una planta, y Amy la acompañó hasta el ascensor.

Cuando regresaba, vio al desconocido por tercera vez. Estaba en la sala de observación de urgencias, y Amy no le dio la oportunidad de mirar en su dirección; aceleró el paso y no se detuvo hasta que se encontró con Jennifer.

–¿Quién es el hombre con cazadora de cuero? –le preguntó Amy–. Lleva toda la mañana dando vueltas por aquí.

–Igual que yo –se quejó Jennifer, tirando la caja que llevaba al contenedor de desechos infecciosos y quitándose los guantes–. Me duelen los pies. ¿Cómo está tu pierna? –le preguntó a

Amy con preocupación.

–Bien. ¿No te has fijado en él? –insistió Amy.

–¿Por qué? ¿Es guapo?

–Sí –admitió Amy a regañadientes–. Es alto y tiene el pelo moreno y un poco de punta. Parecido al tuyo, solo que algo más largo –añadió mirando el pelo rubio y corto de Jennifer.

–Por lo que dices, me gusta. ¿A quién ha venido a ver?

–Eso es lo que intento averiguar –dijo Amy–. Está demasiado alegre para ser un familiar.

–Si está contento tampoco puede ser de la plantilla –dijo Jennifer haciendo una mueca.

–No estoy segura. Hace un rato vi cómo Noel Fenton lo presentaba a Gareth.

–¿Qué? –exclamó Jennifer boquiabierta–. ¿Noel Fenton ha estado aquí y yo no lo he visto? ¡Eso significa que él tampoco se ha fijado en mí! –añadió con consternación.

Amy se puso pensativa repentinamente.

–Noel es el ayudante de Nigel.

–Ya lo sé –dijo Jennifer apoyándose en la pared–. Pero que Noel sea increíblemente guapo no significa que Nigel sea apropiado para ti. Podrías aspirar a algo mejor, Amy.

–Ya no –contestó Amy olvidándose de lo que estaba pensando–. Tengo casi treinta años, Jen.

–¿Y qué? Eres maravillosa, demasiado buena para el señor Wesley. Puede que tengas los ojos castaños y no azules, pero como dice Patrick, eres un ángel.

Amy se rio.

–Si soy tan maravillosa, ¿cómo es que mis relaciones sentimentales han fracasado de forma tan espantosa? –le preguntó.

–Porque no has encontrado al hombre apropiado.

–Quizás ya lo haya encontrado –dijo Amy suspirando.

–¡Por el amor de Dios, Amy! –exclamó Jennifer moviendo la cabeza–. ¡Nigel Wesley aún vive con su madre!

–Es una casa enorme. Tiene todo un ala para ella sola. Llevan vidas totalmente separadas.

Jennifer la miró con incredulidad.

–La casa es impresionante, Jen. Tendrías que verla: tiene piscina climatizada, invernadero y seis dormitorios, cada uno con cuarto de baño independiente.

–Pareces un agente inmobiliario.

–El jardín es precioso. El año pasado lo fotografiaron para una revista de decoración. Y la cocina es increíble –añadió con entusiasmo–. Es toda de acero inoxidable, con los electrodomésticos más modernos.

–Parece un quirófano –se rio Jennifer–. ¿Está cubierta la comida con gasas estériles?

–Hay un salón para el desayuno que comunica con el invernadero. Los muebles son de mimbre y las telas son de colores brillantes. Es muy bonito.

–Hablas como si te fueses a mudar allí.

El silencio de Amy fue suficiente para que Jennifer abriese los ojos de par en par, horrorizada.

–La fiesta a la que estás empeñada en llevarme, ¿no será para anunciar un acontecimiento especial, verdad? –preguntó tragando saliva.

–Por favor, Jen. Tienes que venir –suplicó Amy mordiéndose el labio–. Necesito que estés allí. Necesito a alguien de mi parte.

–Si te sientes como si estuvieses en una batalla, entonces no es bueno. No lo hagas, Amy.

–No es por Nigel, sino por los demás. Creo que no le gusto a su madre –dijo Amy. La desesperación le hizo recordar algo–. Jen, ¿y si le pido a Nigel que invite a Noel Fenton a la

fiesta?

–Seguramente irá con su esposa.

–Estoy segura de que no está casado. Podrías ponerte un vestido estupendo y él tendría que fijarse en ti. Destacarías entre todas las esposas de los especialistas –añadió Amy. Notó una chispa de interés que su amiga intentaba disimular–. Puedo verte –continuó con astucia–. Allí están todas, mujeres de mediana edad con trajes sofisticados pero terriblemente aburridos, y tú con algo...

–Negro –terminó Jennifer. Sonrió al ver a Amy fruncir el ceño–. Algo negro pero con estilo. Me gusta la idea –añadió dirigiéndose a la puerta–. Creo que iré a la fiesta.

Amy suspiró aliviada; lo único que quería era un poco de apoyo moral.

–¿Sabes? –dijo Jennifer deteniéndose junto a la puerta–. Creo que esta noche algo va a cambiar en mi vida.

Amy asintió sonriendo.

–En la de las dos.

Amy Brooks no tenía ninguna duda de que definitivamente, algo iba a cambiar en la suya.

Capítulo 2

Qué es eso? –preguntó Jennifer mientras le daba en el brazo a Amy. –Un cuarteto de cuerda – admitió Amy sonriendo avergonzada.

–¿Y en qué habitación está?

–En el invernadero.

–¿Y dónde está Noel? –preguntó intencionadamente.

–No estoy segura –contestó Amy mirando hacia los recién llegados–. Pero supongo que llegará en cualquier momento.

–Eso espero –murmuró Jennifer–. Esto es peor de lo que esperaba. La mitad de ellos están bebiendo jerez.

–Ya veo que tú has encontrado el champán –observó Amy.

–Por supuesto. ¿Dónde está tu copa?

–Ya me la he terminado –contestó Amy mordiéndose el labio–. Creo que estoy un poco nerviosa.

–Bueno. Tómame otra –dijo Jennifer mientras hacía señas a un camarero que llevaba una bandeja con copas de champán–. Podría llegar a acostumbrarme a esto –dijo guiñando un ojo–. Incluso empiezo a comprender la atracción que sientes por Nigel.

–¡Calla! Me prometiste que no harías ningún comentario –dijo Amy bebiendo champán–. Debería estar en el vestíbulo junto a Nigel, dando la bienvenida a los invitados. Se estará preguntando por qué llevo tanto tiempo en el cuarto de baño.

–Déjale que siga preguntándose –le aconsejó Jennifer–. Toda mujer tiene que albergar algún misterio en su vida.

–¿Dónde estabas tú cuando fui realmente al baño?

–En el invernadero –dijo Jennifer, y sonrió–. No te lo vas a creer, pero me encontré con un vampiro.

–Sí, claro –contestó Amy bebiendo más champán.

Era una suerte que Jennifer hubiese aceptado ir a la fiesta; hasta parecía que se lo estaba pasando bien, a pesar de que los invitados la ignoraban.

–En serio. Era una mujer muy alta, de piel blanca y con el pelo recogido en una redecilla, negro como el azabache. Llevaba los labios y las uñas pintados de color rojo sangre.

Amy no pudo contener una sonrisa.

–Creo que acabas de conocer a Lorraine.

–¿Quién es?

–La madre de Nigel.

–¿Sí? –exclamó Jennifer–. ¿Cuántos años tiene?

–No lo sé. Debe de tener sesenta y tantos.

Jennifer se quedó pensativa.

–Quizás llevar un moño lo suficientemente tirante tiene el mismo efecto que un *lifting*. No parece tan mayor –comentó Jennifer acercándose a Amy–. Claro que no salir a la luz del día también debe ser bastante efectivo –susurró.

Amy se rio con ganas ante el comentario, pero su deleite se esfumó cuando Lorraine apareció a su lado.

–Me alegra ver que te estás divirtiendo, Amy –dijo Lorraine Wesley sin parecer excesivamente contenta.

Lorraine miró a Jennifer durante unos instantes con una mal disimulada expresión de disgusto, y Amy se irritó. Quizás Jennifer se había excedido un poco poniéndose una falda tan corta y un top tan ajustado, además de la cantidad de pendientes que llevaba, pero estaba estupenda. Siempre había envidiado la figura de su amiga.

Puede que también Lorraine sintiese envidia. El elegante vestido negro que su futura suegra llevaba puesto, revelaba un cuerpo carente de curvas femeninas.

–¿No deberías estar con Nigel?

–Allí iba, señora Wesley –dijo Amy rápidamente–. ¿Conoce a mi amiga Jennifer?

–¡Ah! –exclamó Lorraine irónicamente, como si un importante misterio hubiese sido por fin desvelado y asintió con la cabeza con deliberada cortesía.

–Jen es mi compañera de piso –dijo Amy a la defensiva–. Me ha prestado su vestido de noche –añadió mientras alisaba nerviosamente el vestido color azul marino.

–¡Claro! –exclamó la mujer significativamente–. Ya decía yo que te quedaba un poco grande por arriba, querida –explicó enarcando una ceja–. ¿Qué llevas en los pies?

Amy no quiso ver la expresión de Jen. Dio un sorbo de su champán antes de asomar un pie por debajo del vestido.

–¿Qué les pasa a mis zapatos?

–Nada, querida –le aseguró Lorraine–. Solo que son planos. Nunca deben llevarse zapatos planos con un vestido de noche –dijo riéndose–. De hecho, los zapatos planos deben evitarse en cualquier ocasión –añadió mientras se daba la vuelta y se alejaba.

–Debería haberle dicho que tengo los pies planos –murmuró Amy irritada.

–¿Es que no sabe por qué llevas zapatos planos? –preguntó Jennifer inusualmente seria.

–Claro que no –contestó Amy incómoda–. Discúlpame, voy a buscar a Nigel.

–No –dijo Jennifer siguiéndola–. Quiero saber algo, Amy.

–¿Qué? –preguntó Amy.

–¿Te ha llevado Nigel alguna vez a bailar?

–No. Ya sabes que vamos al cine, o a cenar, o a algún concierto.

–¿Te ha visto alguna vez con minifalda?

–Nunca llevo minifalda.

–Exactamente –dijo Jennifer bajando la voz–. Amy, ¿te has acostado con Nigel?

–¡Jen! –exclamó Amy mirando a su alrededor.

–¿Lo has hecho? –insistió Jennifer.

–La verdad es que no –admitió Amy de mala gana.

Jennifer suspiró exasperada.

–Amy, ¿cómo puedes siquiera pensar en casarte con un hombre que desconoce algo que es tan importante en tu vida?

–Sabe lo de mi pierna –murmuró Amy–, aunque no la haya visto. Además, no es tan importante, o al menos no debería serlo.

–Sí lo es –le contradijo Jennifer–. Amy, no puedes casarte con Nigel –añadió con desesperación.

–Sí puedo –dijo Amy con calma–. Lo he decidido así. Él me lo ha pedido y le he dicho que sí.

–¿Por qué? –quiso saber Jennifer.

–Porque quiero formar una familia –dijo Amy sinceramente–. Quiero tener hijos, y Nigel también. Será un buen padre. Se toma todas sus responsabilidades muy en serio.

–Eso no es suficiente –le dijo Jen.

–Él me quiere –replicó Amy firmemente–. Y yo lo quiero a él.

–¿De verdad lo quieres? –preguntó Jen con incredulidad.

–Creo que sí, pero ¿quién lo sabe con certeza? –replicó Amy.

–Yo sí lo sabría. Y tú también deberías saberlo. Esto no es suficiente, Amy.

–Es una oportunidad, y no la voy a perder. Quizás sea la única que se me presente en la vida –dijo Amy terminándose la copa de champán. Vio cómo Nigel se acercaba, y Jen también lo vio.

–Es exactamente igual que su madre –comentó Jennifer–. Solo que ella no tiene barba todavía.

A pesar de sí misma, Amy sonrió. Nigel era alto, delgado y moreno, como su madre. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás. Su aspecto era muy cuidado. El traje de etiqueta le quedaba perfecto, y el bigote y la barba estaban cortados con precisión militar.

Su expresión de intolerancia hacia cualquier cosa que estuviese fuera de lugar solo la mitigó la encantadora sonrisa que dirigió a Amy.

–Cariño, no te encontraba –dijo–. Ven, quiero que conozcas a Stuart Latimer, de Londres –continuó al tiempo que enlazaba el brazo de Amy.

Saludó a Jennifer con la cabeza y se llevó a Amy.

–¿Aún no has tomado nada? –comentó sorprendido–. Deja que te traiga una copa de champán.

Stuart Latimer estaba en aquel momento hablando con Lorraine Wesley, y se mostraba impresionado con los canapés.

–Deliciosos –le confesó a Amy después de haber sido presentados–. Nunca había comido algo tan delicioso.

–No están mal, ¿verdad? –comentó Lorraine satisfecha–. Supongo que para la boda contrataremos a la misma empresa de catering.

–¿Cuándo se celebrará? –preguntó Stuart–. Eres una chica con suerte –dijo guiñándole un ojo a Amy.

–Yo soy el afortunado, Stuart –se apresuró a decir Nigel rodeando con su brazo la cintura de Amy.

–Hemos decidido que será en octubre –contestó Lorraine ansiosa por responder a la pregunta de Stuart–. Dentro de un mes, más o menos.

–¿Ah, sí? –dijo Amy sorprendida.

–En el jardín –añadió Lorraine.

–¿De verdad? –preguntó Amy mirando a Nigel–. No recuerdo haber hablado sobre ello.

Nigel y Lorraine intercambiaron una mirada.

–Nos estamos apresurando –se disculpó Lorraine–. Después de todo, ni siquiera hemos anunciado el compromiso.

–¿Podemos comer algo más?

–Por supuesto, Stuart –dijo Lorraine aliviada–. Ven conmigo y buscaremos algo.

Nigel guió a Amy hacia otro grupo de invitados.

–No te había dicho lo estupenda que estás esta noche. Deberías dejarte el pelo suelto más a menudo.

–Llevo zapatos planos –confesó Amy.

–Claro que sí. Los tacones no son adecuados para ti.

–Tu madre piensa que nunca se deben llevar zapatos planos.

–No le hagas caso –dijo Nigel sonriendo–. A veces es un poco autoritaria. Tomaremos nuestras propias decisiones, Amy. Tú y yo –le dijo.

Aliviada, Amy dio un sorbo a su bebida. No tenía por qué preocuparse: Nigel pondría a su madre en su sitio. Organizarían la boda como ellos quisiesen, y se casaría por la iglesia con tal de ir en contra de los deseos de Lorraine. El banquete sería en un restaurante, y llevaría zapatos completamente planos. Amy le dedicó una brillante sonrisa a su prometido antes de volver su atención al hombre que estaba a su lado.

–Conoces a Murray Brownline, ¿verdad, Amy?

–Sí –dijo Amy sonriendo tímidamente–. ¿Cómo está?

Amy había visto al eminente jefe de cirugía general en varias ocasiones, pero nunca con motivo de un acontecimiento social.

–¿Ha operado a Daniel Lever hoy? –le preguntó cuando acabaron de saludarse.

–¿El joven que tuvo el accidente de coche? –dijo Murray Brownline asintiendo–. Sí. Tuvo suerte de salir con vida.

Amy puso mucho interés en todo lo que el cirujano le contó respecto a la operación de Daniel Lever.

–Te interesa todo esto, ¿verdad? –le preguntó el cirujano.

Amy asintió.

–Me gusta todo lo que tenga que ver con mi trabajo. Desearía poder hacer un seguimiento más detenido a mis pacientes de vez en cuando –explicó.

–Sube al quirófano a observar siempre que quieras –la invitó Murray–. O sube a visitar a los pacientes en tus días libres.

–Me encantará –dijo Amy–. Gracias.

Amy sonrió a Nigel, entusiasmada. Tenía un creciente sentimiento de gratitud hacia Nigel y hacia el jefe de cirugía general. La respetada posición de Nigel en el hospital le estaba abriendo muchas puertas. Era una sensación un poco embriagadora el que alguien como Murray Brownline la tomase en serio.

Murray se dirigió a Nigel.

–Si esta jovencita tiene la mitad de interés en ti que en su trabajo, eres un hombre con suerte.

–Soy afortunado –dijo Nigel sonriendo–. Pero no creo que necesite competir con una profesión, ¿verdad, Amy?

–Por supuesto que no –respondió esta.

Amy no estaba segura de lo que Nigel quería decir con aquello, pero no le dio importancia y dio un sorbo a su bebida.

Un camarero apareció con una botella envuelta en un paño blanco. Mientras le llenaba la copa, una elegante mujer se unió a ellos.

–¿Conoces a mi esposa, Nigel? –preguntó Murray–. Esta es Helen.

–Hola, Nigel –dijo Helen sonriendo–. Espero que mi marido no te esté aburriendo con temas del trabajo. Es una fiesta estupenda.

–Gracias –dijo Nigel mientras Helen lo besaba en ambas mejillas.

–Me acabo de enterar de lo de Sidney. Enhorabuena.

–Gracias –dijo Nigel de nuevo, y tocó a Amy en el brazo–. Ven, quiero presentarte a otras personas.

–¿Qué ocurre en Sidney? –preguntó Amy mientras se alejaban.

–Jefe de cirugía ortopédica –dijo Nigel orgulloso–. Me han elegido a mí. Me lo acaban de comunicar –añadió sonriendo.

–No sabía que hubieses solicitado el puesto –dijo Amy desconcertada.

–No quería disgustarte si no me lo concedían.

Amy intentaba aclarar sus pensamientos.

–¿Vas a vivir en Sidney?

–Por supuesto. ¿No es maravilloso? Quería darte la sorpresa más tarde.

–Vaya –dijo Amy sintiéndose mareada–. Estoy sorprendida, Nigel.

–No pareces muy contenta.

–¿Dónde voy a vivir yo mientras tú vives en Sidney?

Nigel sonrió.

–¿No pensarás que te voy a dejar aquí? No tengo intención de marcharme hasta después de la boda, no te preocupes. No estaremos separados en ningún momento.

–Y la boda será en octubre, ¿verdad?

–Si tú quieres, sí –dijo Nigel sonriendo.

–¿Quieres decir que puedo dar mi opinión al respecto?

Nigel parecía desconcertado.

–Quizás debemos hablar sobre esto más tarde, Amy.

–Desde luego que sí.

Quizás no era solo la madre de Nigel la que era autocrática y autoritaria. Amy se sintió confusa. Tenía muchas cosas en las que pensar, pero después de la última copa de champán no podía hacerlo con claridad.

–Discúlpame, Nigel, pero necesito ir al cuarto de baño.

–¿Otra vez?

Amy disfrutó ignorando el ligero tono de reproche de Nigel. Salió de la habitación a través del invernadero, de donde tomó una botella de champán que había sobre una mesa. Después, pasó a la galería que daba al jardín. Con cuidado, bajó por las escaleras y se dirigió a la vereda que llevaba al cenador.

–¿Qué pretende? –murmuró Amy para sí–. ¿Que porque él chasquee los dedos yo deje mi trabajo y me marche a Sidney? –continuó mientras se bebía el champán de la copa y la volvía a llenar–. ¿Qué se cree que soy? ¿La esposa robot?

Amy dio otro sorbo al champán. En realidad, Nigel tenía bastante a su favor. ¿Iba a tirarlo todo por la borda solo porque se sentía dolida porque él no la había consultado antes de dejar a su madre organizar la boda?

El cenador no estaba iluminado, pero gracias a la pintura blanca era relativamente fácil ver en la oscuridad. Al otro lado del jardín había una estatua con musgo, una especie de ninfa sujetando guirnaldas.

–¿Por qué será que las cosas que son importantes para mí no lo son para nadie más? –le preguntó Amy a la estatua.

–Dímelo tú –respondió la estatua, para sorpresa de Amy.

–Es porque nunca fui lo suficientemente valiosa –le dijo Amy con tristeza a la estatua–. Yo tenía que haber sido niño, ¿sabes?

–¿De verdad? –inquirió la estatua con interés.

–Sí –contestó Amy, y vació su copa–. Mi padre nunca superó el disgusto de que no lo fuera.

–Pues entonces era un idiota –dijo la estatua, y empezó a moverse.

Amy se quedó boquiabierta al ver que la estatua salía de las sombras. Incluso bajo la débil luz lo reconoció, pues aún llevaba la misma ropa. Amy se encontró con su mirada y volvió a sentir la misma sensación: su mirada era como una caricia. No había duda alguna, era el mismo hombre.

–Me has estado siguiendo todo el día –lo acusó Amy–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Me enteré de que había una fiesta.

–¿Te han invitado? –preguntó Amy dudosa.

El hombre sonrió de forma burlona.

–No. Me he colado.

–¿Por qué estás aquí afuera escondido? –preguntó Amy entrecerrando los ojos.

–Aún no sé si quiero entrar o no –dijo acercándose a ella–. ¿Tú crees que debería entrar?

–No –contestó Amy acercando la botella a su copa–. No es muy divertida –añadió intentando llenar la copa y echándose el líquido en la mano.

–Déjame a mí –dijo el hombre.

Tomó la botella y la copa de las manos de Amy y la llenó. Después, dio un largo sorbo y dejó ambas sobre una mesa de hierro forjado blanco. Sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la mano de Amy.

–Siento que no te estés divirtiendo –se compadeció él.

–Yo también –dijo Amy con añoranza.

Se miró la mano. Ya estaba seca, pero él aún la sujetaba. Miró hacia arriba y se encontró con su mirada fija en su cara: sus ojos eran cálidos, de un color castaño aterciopelado. Eran reconfortantes y al mismo tiempo perturbadores.

–¿Por qué me miras?

–Porque eres una mujer muy atractiva.

–Me has estado observando todo el día.

–Porque has estado muy atractiva todo el día.

Amy sonrió. Era un embaucador. Y probablemente también se le daba bien besar. Inconscientemente, bajó la mirada hacia sus labios.

–Yo también he estado pensando en eso –dijo él.

–¿En qué? –murmuró Amy.

–En esto –dijo él.

Se acercó con cuidado, agachó la cabeza y la besó.

De repente, Amy en su propia fiesta de compromiso, se encontró besando a un completo desconocido. Y estaba en lo cierto: besaba muy bien. Amy no quería que se detuviese. No le importaba que le faltase el aire. ¿Quién necesitaba aire con aquel beso?

Pero él se detuvo, y se apartó lentamente. Seguro que tampoco quería parar.

–Es verdad que te envió el cielo –murmuró él con la voz turbada, mirándola fijamente–. Eres un ángel –añadió y se aclaró la garganta–. Debe de haber algo en el aire esta noche. Me he enterado de que Nigel va anunciar su compromiso con alguna pobre mujer.

Aquel comentario tuvo sobre ella el efecto de un jarro de agua fría.

–Sí –dijo Amy de manera cortante–. Y yo soy esa pobre mujer.

El hombre la soltó como si quemase y dio un paso hacia atrás.

–¿Entonces, por qué me has besado?

–No lo he hecho –negó Amy–. Tú me has besado a mí.

–Porque me has dejado.

–¿Así que es culpa mía? –preguntó Amy–. ¡Qué típico!

–Debes de estar loca –le dijo él.

–¿Por qué? ¿Porque he dejado que me besases? Estoy de acuerdo contigo.

–No. Porque vas a casarte con Nigel Wesley –le dijo con los ojos entrecerrados. Incluso parecía enfadado–. ¿Qué te atrae de él? ¿El dinero?

–Por supuesto que no –espetó Amy–. No es asunto tuyo –dijo enfadándose–. ¿Qué te da derecho a opinar sobre algo de lo que no tienes ni idea?

Recogió su copa y la botella de champán.

–Mantente al margen –le exigió–. Y deja de mirarme.

Amy entró en la casa. Jennifer estaba en la puerta de la cocina, y a su lado había un camarero sujetando una bandeja de canapés.

–¿Qué tienen los redondos? –le preguntaba Jennifer.

–Pollo –contestó el camarero.

–¿Y los que tienen forma de triángulo?

–Tomate, queso feta y aceitunas.

–¿Has visto a Noel? –le preguntó Amy a Jennifer.

–No, pero te perdono. Estos canapés están deliciosos. Prueba uno de pollo.

–No tengo hambre –dijo Amy.

A través de las puertas que daban a la sala de estar, vio a todos los invitados. En aquel momento apareció Nigel, a pocos pasos, frunciendo el ceño. Amy suspiró en voz alta.

–¿Qué te ocurre? –preguntó Jennifer con la boca llena.

–Amy, ¿dónde estabas? Mi madre está esperando para anunciar el compromiso –dijo Nigel tras acercarse.

–Seguro que puede esperar un poco más –dijo Amy con tranquilidad–. ¿O es que está a punto de salir el sol?

Jennifer se atragantó con el canapé que tenía en la boca, y Nigel frunció el ceño aún más.

–¿Cómo? –preguntó Nigel–. ¿Cuánto has bebido, Amy?

–No mucho –mintió ella–. De hecho, creo que beberé un poco más.

Alargó la mano y tomó una copa de la bandeja de un camarero. No tenía ni idea de lo que había hecho con la botella de champán y con la otra copa.

–Creo que ya has bebido suficiente –le dijo Nigel.

–Amy es perfectamente capaz de decidir cuándo ha bebido suficiente –le dijo Jennifer a Nigel.

–Eso es –dijo Amy asintiendo–. Y a decir verdad, estoy un poco harta de que los demás decidan por mí.

–¡Así se habla! –la animó Jennifer.

–Sí, así se habla –repitió una voz.

Amy se volvió rápidamente. ¡Ahí estaba él otra vez! ¡En la cocina!

–¿Qué demonios estás haciendo aquí? –preguntó Nigel fríamente.

–Eso es justo lo que iba a preguntar yo –dijo Amy sorprendida.

–Cállate, Amy –dijo Nigel, mirando furioso al intruso.

–¿Cómo? No puedes hablarme de esa forma, Nigel.

El hombre asintió con calma.

–Desde luego que no. Tienes razón, Amy.

Jennifer sonrió al desconocido.

–Bien dicho –le dijo.

Los camareros habían dejado de atender a sus tareas y observaban la escena sin ningún

disimulo.

Nigel tomó a Amy del brazo.

–Ven conmigo –le ordenó.

–No –protestó Amy, pero las piernas le temblaban demasiado para resistirse.

Nigel la arrastró por el pasillo hasta donde estaban todos los invitados. Amy se había quedado sin nadie que la apoyase. Los invitados, que saludaban y les daban la enhorabuena, se hacían a los lados mientras Nigel avanzaba, y este simplemente asentía con la cabeza a modo de agradecimiento. De repente, se detuvo. Ante ellos estaba Noel, su ayudante.

–¡Noel! –dijo Amy alegremente–. Jen te ha estado buscando.

–¿Quién es Jen?

–Eso no importa –dijo Nigel–. Escucha, Noel. Amy necesita marcharse a casa; ha bebido demasiado. ¿Puedes encargarte...?

–Jennifer Bowman, mi compañera de piso –informó Amy–. Tiene muchas ganas de conocerte y le prometí que...

–¡Amy! –dijo Nigel sacudiéndola del brazo.

–¡No vuelvas a hacer eso, Nigel! –dijo Amy zafándose de él–. Y no vuelvas a decirme que me calle.

De repente apareció Lorraine. Su tono de voz era excesivamente despreocupado para ser espontáneo.

–¿Qué está pasando?

–Yo se lo diré –dijo Amy–. Nigel piensa que soy una especie de marioneta a la que puede sacudir y decir lo que debe hacer.

–¡Nigel! –Lorraine se dirigió a su hijo exigiendo una explicación. Amy estaba encantada de ver que las formas empezaban a perderse.

–Nigel piensa que voy a vivir en Sidney –prosiguió Amy–. Cree que mi trabajo no tiene ninguna importancia y que lo dejaré sin más. ¡Así! –dijo Amy intentando chasquear los dedos sin conseguirlo. Lo intentó de nuevo.

Lorraine miró a su alrededor. Varias personas se habían quedado calladas e intentaban aparentar que no prestaban atención. Ella se rio quitando importancia a lo que ocurría.

–Vamos, Amy. Creo que estás exagerando.

–Eso es lo que parece –dijo Amy–. Pero usted es igual que él. Incluso ha organizado mi boda sin consultarme.

Cada vez había más gente escuchando, y el primer grupo ya no disimulaba su interés en la conversación. Se les habían unido Jennifer y el desconocido.

Amy tomó aire y esperó a que se le pasase el zumbido que tenía en la cabeza. Le dio su copa a Noel, que parecía estar haciendo un esfuerzo por no sonreír.

–Tengo algo que decir. No me voy a casar contigo, Nigel. Preferiría... –dijo Amy en voz alta y se detuvo porque el mareo que sentía amenazaba con hacerla caer.

–¡Adelante, Amy! –la animó Jennifer.

Amy sonrió de forma burlona.

–¡Preferiría marcharme a casa y clavarme alfileres en los ojos! –le dijo a Nigel.

–Desde luego, es preferible –dijo el desconocido.

Jennifer y él intercambiaron una sonrisa.

–Lo preferible es, simplemente, que ahora te marches a casa –dijo Nigel fríamente–. Te llevaré yo mismo.

–¡Ni hablar! –contestó Amy moviendo un dedo–. No vas a hacer nada por mí, Nigel Wesley – dijo sintiéndose cada vez más mareada–. ¿Sabes qué deberías hacer? ¡Creo que deberías casarte con tu madre! –anunció de manera triunfal.

Pareció ser la única entre los presentes a la que aquello le pareció divertido. El silencio en la sala era absoluto; incluso el cuarteto de cuerda había dejado de tocar. Jennifer y el desconocido intercambiaron miradas, y este dio un paso hacia adelante.

–Es hora de marcharse –sugirió firmemente.

Y antes de que pudiese protestar, Amy se encontró a sí misma en brazos del desconocido, el cual dio media vuelta y salió de la habitación.

Por primera vez, Amy se dio cuenta de la atención que había atraído sobre sí. Los invitados se fijaban en ella con expresión de sorpresa y desacuerdo.

–¡Dios mío! –se lamentó, y enterró la cara en el hombro del desconocido al tiempo que pasaba los brazos alrededor de su cuello–. ¿Qué he hecho?

Capítulo 3

Amy Brooks había arruinado su vida. Hasta el domingo por la tarde no se recuperó de los excesos de la fiesta, y para entonces estaba claro que el daño emocional era irreparable.

Aunque Jennifer había mostrado compasión por el estado físico en el que Amy se encontraba, no la había demostrado en absoluto por la angustia que sentía.

–¿Quieres que te planche un uniforme? –le preguntó Jennifer.

–No lo necesito –contestó Amy apesadumbrada–. No voy a ir a trabajar mañana.

–Sí que lo harás –le contradijo Jennifer–. Tienes que ayudarme a pagar el alquiler.

–Buscaré otro trabajo.

–Te encanta tu trabajo.

–Ya no. ¿Cómo voy a volver al hospital? Todos deben de estar hablando sobre mí.

–Por ahora no –dijo Jennifer sacando unas medias negras de la cesta–. Estas son tuyas –añadió, y después de enrollarlas, se las lanzó a Amy.

–He arruinado mi vida –dijo esta quejumbrosa–. Nigel no volverá a dirigirme la palabra.

–Todo tiene su lado bueno, ¿no? –dijo Jennifer–. ¿Es este tu uniforme? –preguntó mostrándole una bata blanca arrugada.

Amy asintió.

–Te lo regalo.

–No me vale. Además, lo necesitarás mañana por la mañana.

–No. Llamaré y diré que estoy enferma.

–Y yo diré la verdad –la amenazó Jennifer–. Por el amor de Dios, Amy. Si la gente se enterase de lo de la fiesta te considerarían una heroína. A nadie le cae bien Nigel Wesley –dijo mientras extendía el uniforme sobre la tabla de planchar–. Excepto a su madre –añadió pensativamente–. ¡Él es el que debería sentirse avergonzado! Es a él al que han dejado.

–Yo no lo he dejado –se quejó Amy–. Ha sido un malentendido.

–Creo que el que le dijese que preferirías clavarte alfileres en los ojos antes que casarte con él lo ha dejado bastante claro –sugirió Jennifer sarcásticamente–. Sobre todo el haberlo dicho delante de unas cien personas –continuó sin compasión.

Amy cerró los ojos. Jennifer continuó planchando en silencio, y suspiró de una manera que delataba que estaba complacida. Amy entreabrió un ojo y vio que Jennifer estaba sonriendo.

–En realidad fue bastante romántico. Es una pena que no fueses realmente consciente de lo que estaba pasando –dijo Jennifer volviendo a suspirar–. Fue igual que aquella escena en *Oficial y Caballero*, en la que él toma a su novia en brazos y se la lleva pasando por delante de todos los empleados de la fábrica.

–No soy su novia. Ni siquiera lo conozco.

–Sí lo conoces –la contradijo Jennifer–. Ayer te hablé de él. Se llama Tom Barlow y es el nuevo especialista de urgencias. Viene de un equipo de traumatología de Chicago. Esperemos que no lo eche de menos.

–Esperemos que sí –murmuró Amy–. Quizás así se marche.

–Se crió aquí y tenía ganas de volver.

–Pareces saber mucho sobre él.

–Estuvimos hablando cuando volvíamos de la fiesta en coche con Noel, y después de meterte en la cama, nos tomamos un café. Tom quería saberlo todo sobre ti.

–¿Y se lo contaste? –gritó Amy indignada.

–Todo no –la tranquilizó Jennifer–. De hecho, no le conté mucho. Sobre todo estaba interesado en la relación que tenías con Nigel Wesley. Parecía muy contento de que la hubieses terminado.

–No lo he hecho –protestó Amy–. Al menos no es lo que pretendía.

–Tom dijo que lo que más le gustó fue cuando le dijiste a Nigel que debería casarse con su madre.

–Dios mío –dijo Amy–. ¿De verdad dije eso?

–Sí –asintió Jennifer–. Me sentí muy orgullosa de ti, y Tom se quedó también muy impresionado. Y a Noel le pareciste estupenda –añadió sonriendo–. Gracias a ti Noel se ha fijado en mí. Dijo que fue la fiesta más entrañable en la que había estado, y tiene muchas ganas de ir a trabajar mañana.

–¿Por qué?

–Dice que el humor de Nigel Wesley es ya bastante malo en un día normal, así que supone que mañana batirá el récord. Me prometió quedar para tomar algo y contármelo todo.

–Definitivamente, no iré a trabajar mañana –dijo Amy entrecerrando los ojos.

El departamento de urgencias del hospital Queen Mary tenía el mismo aspecto de siempre. Cuando Amy llegó al día siguiente a las seis de la mañana, era como si nada terrible hubiese ocurrido en su vida, y cuando dieron las nueve y media ya no sentía ninguna aprensión por estar allí. Hasta el momento, nada le había recordado lo sucedido el viernes por la noche. Nadie había dicho nada. Todos los adscritos al departamento estaban ocupados, y Amy pudo volcarse en su trabajo casi con el mismo entusiasmo de siempre.

Había en enfermería tres pacientes con dolores en el pecho, un caso de neumonía, una mujer con dolor abdominal agudo, un joven que había sufrido un ataque, varios heridos en un accidente de coche y una niña con posible meningitis.

–Será gripe –le dijo el médico en prácticas después de examinar a la niña–. No tiene sarpullidos ni rigidez en el cuello. ¿Cuál es su temperatura?

–Treinta y nueve con nueve –informó Amy.

–¿Ha vuelto a vomitar desde que está aquí?

–No. Pero se encuentra bastante mal, y se ha estado golpeando la cabeza contra el colchón, así que el paracetamol aún no ha hecho efecto.

–Está un poco deshidratada, cosa que no ayuda. Creo que deberíamos ponerle suero intravenoso y solicitar su admisión en la unidad de observación de pediatría, al menos por hoy. ¿Puedes llamarlos? –preguntó el médico–. No le pondré el suero hasta que nos aseguremos de que hay una cama disponible. Iré a ver a los pacientes con dolores de pecho que están en la UCI mientras tú te encargas de esto.

Amy se dirigió al teléfono que había en el mostrador. Estaba a punto de marcar la extensión cuando sintió que la tocaban en el brazo.

–Amy, ¿te han presentado a Tom Barlow?

–No –dijo Amy sin caer en quién era la persona de la que le hablaba el jefe de enfermeras, Peter Milne. Pero inmediatamente, incluso antes de darse la vuelta, sintió sus ojos castaños fijos

en ella y supo de quién se trataba.

–Tom se encargará de la UCI cuando esté de guardia –dijo Peter, sin notar el desasosiego de Amy–. Tom, esta es Amy Brooks –dijo volviéndose hacia el hombre–. Es la enfermera ambulante del equipo.

Amy tuvo que mirarlo y aceptar la mano que le ofrecía.

–Encantado de conocerte, Amy –dijo Tom Barlow cortésmente. En sus ojos había un brillo de diversión–. No me suelen presentar a auténticos ángeles a menudo.

Peter pareció no comprender, pero un instante después sonrió.

–¡Claro! Estuviste aquí el viernes, mientras Amy se ocupaba de Patrick.

Amy liberó su mano de la de él.

–Espero que disfrute trabajando aquí, doctor Barlow –consiguió decir.

–Llámame Tom. Y creo que será como estar en el cielo –dijo él sonriendo.

–No pienses que todo es perfecto, Tom –dijo Peter sonriendo–. Aunque nunca he visto a Amy alterarse, estoy seguro de que está dentro de los límites de lo posible.

–Estoy seguro de ello.

Amy se sonrojó sintiéndose avergonzada. ¿Se referiría a la escena que había montado en casa de los Wesley, lo cual Peter parecía desconocer? ¿O al hecho de que había besado a un completo extraño, mejor dicho, había dejado que él la besara, justo antes de anunciar su compromiso con otro hombre?

Aunque no era capaz de recordar con claridad nada de aquella noche, Amy desde luego recordaba aquel beso. Cuando por fin descolgó el auricular para comunicarse con pediatría, se sentía más que acalorada.

–Hola –dijo apresuradamente–. Soy Amy, de urgencias –dijo sintiendo como si pequeñas llamas fuesen a incendiarse en su cara, pero los hombres no se marchaban–. Tenemos a una niña de tres años con posible meningitis. Está deshidratada. Solicitamos su admisión para observación. ¿Hay alguna cama libre?

Los dos hombres se alejaron. Amy suspiró aliviada. Por el momento, no tendría que volver a mirar a Tom Barlow, y, con un poco de suerte, la turbadora sensación que le había provocado el recuerdo del beso se esfumaría por completo. Amy deseó no volver a verlo, pues, incluso sin su presencia, le iba a resultar difícil olvidar aquel beso.

En algún momento tendría que enfrentarse a lo ocurrido, y Amy debería haber adivinado que las dificultades iban a empezar cuando Janice Healy inició su turno al mediodía.

–Tengo entendido que la fiesta estuvo muy interesante –le dijo Janice mientras sacaba la comida de su bolso. Estaban en la sala de enfermeras.

Amy interrogó con la mirada a Jennifer, quien hizo un gesto de contrariedad antes de responder a su amiga.

–Creo que Noel contó algo a los otros médicos en prácticas –dijo.

Janice se volvió hacia Amy, y la miró con una mezcla de diversión y satisfacción.

–Debes de estar loca –le dijo Janice–. Yo nunca habría dejado pasar una oportunidad como esa –añadió abriendo la nevera.

–Nunca se sabe, Janice –dijo Jennifer amablemente–. Quizás tú tengas la suerte de encontrarte con una oportunidad como esa algún día.

–La suerte no tiene nada que ver –dijo Janice–. Tengo intención de casarme antes de cumplir los

veinticinco, no voy a dejar que se me pase la «fecha de caducidad» –añadió mirando un yogur que acababa de meter en la nevera.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó Amy.

–Veinticuatro y medio –dijo sonriendo–. Pero seis meses son suficientes cuando el hombre adecuado está disponible.

–Nigel Wesley está disponible –dijo Jennifer–. Ve por él.

Janice pareció considerar la posibilidad.

–Es mayor que yo y un médico con éxito. Pero no es lo que yo busco. Desgraciadamente, no soporto las barbas –dijo Janice con un escalofrío.

–Entonces, ¿quién es el pobre desgraciado en el que te has fijado? –quiso saber Jennifer, y la mirada que dirigió a Amy indicaba que sería mejor para Janice que no se tratase de Noel Fenton.

–No os lo voy a decir –dijo Janice sonriendo. Se apartó unos mechones morenos de la cara y miró el reloj–. Es hora de trabajar.

Jennifer hizo un gesto de desaprobación cuando Janice se dio la vuelta.

–¿Quién será? –dijo.

Como respondiendo a su pregunta, una figura apareció en la puerta de la sala.

–Hola, Tom –dijo Jennifer amablemente–. ¿Qué tal tu primer día?

–Hasta ahora ha sido... –dijo mirando a Amy, y sus labios temblaron al reprimir una sonrisa–, ...bueno. Sin contratiempos. Ya sé dónde está casi todo –dijo mientras se servía una taza de café–. ¿Qué tal tú, Amy?

–Bien, gracias –contestó Amy recogiendo apresuradamente los restos de su comida.

–Aún no ha habido ninguna llamada de la UCI móvil –comentó Tom. Parecía desilusionado.

–No –dijo Amy.

–¿Hay algún paciente para transferir a ortopedia? –preguntó Jennifer esperanzada.

–No lo creo. Pero seguro que en algún momento va a haber que llamar a Noel Fenton –contestó Tom sonriendo a Jennifer.

–Mientras que solo venga él... –murmuró Amy mientras aclaraba su taza.

–No te preocupes, Amy –dijo Jennifer, que la había oído–. Nosotros te apoyaremos, pero no te disculpes ante él –añadió mirando su reloj.

–No. No lo hagas. No tienes nada de qué disculparte –acordó Tom.

–Eso es una opinión personal –dijo Amy en voz baja–. No estoy de acuerdo.

–Corres el riesgo de que te perdona, y entonces ¿cómo estarás? –preguntó Tom.

–Comprometida, probablemente –dijo Jennifer con indignación.

–Exactamente –dijo Tom acomodándose en un viejo sofá–. Y tú no quieres eso, ¿verdad?

A pesar de la fulminante mirada de Amy, la inocente e inquisitiva mirada de Tom no flaqueó, y la desarmó con su sonrisa.

–Si estás tan desesperada por casarte, yo me caso contigo –continuó Tom.

–¡Una idea estupenda! –dijo Jennifer entusiasmada. No tenía ninguna prisa por salir de la sala y comenzar su turno–. ¿Puedo ser la dama de honor?

–Claro –asintió Tom.

Amy suspiró exasperada.

–Vosotros sí que deberíais casaros –dijo Amy en tono mordaz–. Sois tal para cual.

Amy salió de la sala de enfermeras. ¿Cómo era posible que Jennifer se tomase todo aquello como una broma? Se sintió defraudada. Traicionada. Incluso Janice Healy era más consciente de las repercusiones que su mejor amiga.

Había tirado por la borda su oportunidad de casarse y formar una familia.

El hecho de que Janice disfrutase con lo que le ocurría, no significaba que no entendiese la magnitud del problema. Jennifer nunca había mostrado tanta incompreensión. Probablemente su actitud era culpa de Tom Barlow.

Amy se dirigió al mostrador de recepción para recoger las admisiones del día.

En cuanto a Tom Barlow, Amy pensó que era insufrible. El viernes por la noche disfrutó opinando sobre las relaciones de alguien a quien ni siquiera conocía. Y ahora disfrutaba asumiendo que sabía mejor que ella misma lo que quería. Era como Nigel Wesley. Y como su madre.

¿Por qué sus propias opiniones y deseos eran tan insignificantes para los demás?

A Amy le asignaron una mujer de cincuenta y dos años. Presentaba dolores en el pecho y falta de aire. Amy la ayudó a ponerse una bata del hospital y le conectó unos electrodos para controlar el ritmo cardíaco. Aunque sus pensamientos estaban en otra parte, desempeñó la tarea de forma automática.

No era tonta. Desde luego, no lo suficiente como para tomar una decisión que todos los demás veían como un gran error. Sinceramente no estaba locamente enamorada de Nigel, pero tampoco quería volver a sufrir como cuando lo estuvo. Cuando el amor no ciega resulta más fácil ver los defectos del otro, como puede ser una tendencia al mal humor, y saber si una va a poder vivir con ellos.

Amy anotó las constantes vitales de su paciente, y vio que indicaban que el suministro de sangre al corazón de la señora Johnson no era suficiente. Podía ser un caso de angina de pecho, pero también podía tratarse de un ataque cardíaco.

–El médico vendrá a verla enseguida, señora Johnson –le aseguró Amy a la asustada mujer–, y le daremos algo para aliviar el dolor de pecho.

El primer paciente de la UCI móvil llegó justo después de recoger las muestras de sangre de la señora Johnson y de administrarle la dosis de morfina que ordenó la especialista, Susan Scott. Amy le hizo una seña a Janice.

–Tengo que atender al paciente que acaba de llegar. Encárgate de la señora Johnson y avisa a alguno de los médicos si hay algún cambio.

–Pero ya tengo dos pacientes que atender –protestó Janice.

–Dentro de diez minutos vuelve a anotar las constantes de la señora Johnson, y manda las muestras de sangre al laboratorio enseguida –ordenó Amy firmemente.

Amy alcanzó al equipo justo cuando entraban con el paciente por la puerta, y escuchó el informe del jefe de la ambulancia.

–Por lo visto se metió en la carretera, totalmente inconsciente de dónde estaba. Tiene marcas de pinchazos en los brazos y las pupilas contraídas, pero niega haber tomado ninguna droga intravenosa.

El cerebro de Amy se puso en funcionamiento.

–Tomad precauciones –le recordó al equipo–. Guantes dobles, delantales y gafas si es necesario.

El equipo trabajó con rapidez mientras trasladaban al joven a una cama de la UCI.

Jennifer era la enfermera encargada de suministrar oxígeno al paciente.

–Hola, soy Jennifer –le dijo al paciente sonriendo mientras organizaba el suministro de oxígeno–. ¿Cómo te llamas?

–Déjame en paz –contestó el paciente.

–¿Puedes abrir los ojos?

La respuesta fue menos educada aún. El paciente se rio y repitió las obscenidades.

Tom sonrió a Jennifer moviendo la cabeza, y se irguió tras auscultar al paciente.

Los miembros del equipo habían retirado lo que quedaba de su ropa, y el médico en prácticas intentaba iluminar sus ojos, que mantenía cerrados, con una linterna.

–¿Qué has tomado, amigo?

–Nada. Dejádme en paz. ¡Ay, ay! –gritó el paciente lo que hizo estremecer a Amy.

–¿Dónde te duele? –preguntó Tom rápidamente.

La respuesta del paciente fue incoherente, y un rápido chequeo de pies a cabeza por parte de Tom no reveló ningún traumatismo, pero el paciente gemía de dolor en cuanto lo tocaban.

–Asumiremos que es un abuso de drogas. Adminístrale dos miligramos de Narcan.

Amy preparó el opiáceo antagónico y entregó a Tom la jeringuilla y la ampolla para que lo comprobase. Después, administró la droga a través de un catéter intravenoso.

Tom había centrado su atención en el abdomen del paciente. Cada vez que lo tocaba, este se quejaba.

Mientras, habían estado comprobando los bolsillos de la ropa.

–Aquí hay una tarjeta –dijo un miembro del equipo–. Se llama Sean James y tiene veintiún años.

–¿Sean? –preguntó Jennifer–. ¿Te llamas así? –volvió a preguntar, pero no obtuvo respuesta, por lo que le sacudió por el hombro ligeramente–. ¡Sean! –repitió levantando la voz–. Despierta. Abre los ojos.

Amy observó los monitores.

–Las constantes están bajando.

–Está sangrando –concluyó Tom–. Tiene heridas en el abdomen, debemos suponer que tiene una fractura en la pelvis. ¿Está listo para rayos X?

Noel Fenton bajó en cuanto estuvieron listas las radiografías.

–¿El golpe fue lateral? –le preguntó a Tom.

Este asintió. El coche le había golpeado en el costado.

–¿A qué velocidad iba?

–No demasiado rápido: a menos de cincuenta kilómetros por hora, y ya había empezado a frenar en el momento del impacto.

–Suficiente para provocar daños graves –observó Noel–. Tiene diversas fracturas. Necesitamos a Nigel Wesley aquí.

–Empieza –ordenó Tom–. Va a entrar en estado de shock.

El estado de Sean se había deteriorado considerablemente desde que ingresó. El Narcan había minimizado los efectos de las drogas que había tomado, pero la hemorragia interna provocada por las diversas heridas lo estaba sumiendo en un estado de shock.

–Esperemos que Nigel Wesley no tarde en llegar –dijo Tom

Amy intentó controlar el miedo que sentía. Estaba segura de que aquella era la mejor circunstancia en la que se podía reencontrar con Nigel; él estaría concentrado en el paciente y habría personal a su alrededor, por lo que no podría montar una escena con recriminaciones personales ni ser especialmente desagradable.

De hecho, cuando llegó, Nigel la ignoró por completo. Fue Tom quien sufrió las primeras críticas tras presentarle el caso y mostrarle las radiografías.

–¿Cuál es la urgencia? –preguntó Nigel fríamente–. Estoy en una consulta externa.

–El paciente sufre rigidez abdominal. Está en estado de shock –dijo Tom en tono cortante–. No

voy a mandarlo a quirófano hasta que establezcamos la fractura y controlamos la hemorragia.

–¿Habéis hecho un lavado peritoneal?

–Estamos en ello.

–¿Pues por qué no seguís mientras yo estudio estas radiografías? –dijo Nigel. Su tono era excesivamente agradable. Parecía un padre controlando su temperamento mientras reprendía a su hijo mal educado.

A Tom no le gustó el tono de voz.

–Tengo un paciente que está sangrando –le dijo a Nigel con suavidad–, y en estos momentos la única forma de reducir la hemorragia es estabilizando el anillo pélvico –continuó. Su tono de voz era casi amenazador–. Si no quieres hacerlo tú, lo haré yo. No sería la primera vez.

Noel Fenton estaba de pie junto a Nigel. Los ojos de este miraron con furia a Tom.

Amy se sobresaltó al ver que Nigel la miraba en aquel momento a ella.

–Supongo que lo tiene todo listo, ¿verdad, enfermera? –dijo.

Amy asintió y tragó saliva.

Nigel se dio la vuelta para tomar unos guantes de la caja que colgaba de la pared.

–Tendrás que ponerte dos pares –le dijo Amy, nerviosa–. Existe la posibilidad de que el paciente tenga el VIH.

–Estupendo –murmuró Nigel. Amy era la única que podía oírlo–. Mi día mejora por momentos.

Amy suspiró. Nigel la odiaba, aunque obviamente también odiaba a Tom Barlow. ¿Se debería simplemente a la intervención de Tom el viernes por la noche, o sería que Nigel odiaba a todo el mundo porque ella lo había humillado?

Cualquiera que fuese la razón, trabajar con él resultó desagradablemente tenso. Nigel no paraba de criticar todo lo que hacía, y Amy se estaba poniendo nerviosa. De hecho, Nigel le dio un codazo bastante doloroso al sujetar el marco que habían colocado alrededor de las caderas del paciente, pues sus manos estaban en mal sitio cuando Nigel y Noel empezaron a poner las tuercas. Noel también recibió una reprimenda y miró a Amy con complicidad cuando Nigel no los miraba.

Cuando Amy estaba recogiendo los frascos con las muestras de sangre, Nigel dio un paso hacia atrás, ella juraría que a propósito. La pisó y la hizo tambalearse y casi caerse. Los frascos cayeron al suelo y se rompieron.

Nigel resopló con desdén.

–¿Has olvidado que el paciente probablemente sea seropositivo? –gruñó–. ¿Acaso estás comprobando lo efectivas que son nuestras medidas de seguridad, o es que eres físicamente incapaz de desempeñar tu trabajo sin caerte de vez en cuando?

Amy se quedó boquiabierta. Aparte de Jennifer, nadie en aquel departamento sabía nada sobre sus problemas físicos. No sería capaz de hacer frente a la situación si Nigel decía algo más delante de sus compañeros.

Amy contuvo la respiración, consciente de que estaba a punto de echarse a llorar.

Nigel se miró los zapatos manchados de sangre.

–¿Y qué piensas hacer respecto a mis zapatos? –preguntó–. En cuanto al paciente, ha perdido mucha sangre y ahora habrá que volver a extraerle. ¿Cuánta más crees que puede permitirse perder?

–Por ahora no necesitamos más muestras –dijo Tom con suavidad, y se dirigió a una de las enfermeras–. Cheryl, ¿puedes bajar con el señor Wesley y preparar una solución desinfectante para limpiar sus zapatos?

–Sé dónde es, gracias –dijo Nigel con acritud–. Prefiero hacer el trabajo yo mismo. No creo

que nadie en tu equipo sea capaz de trabajar a mi nivel. Algunos incluso podrían considerarse una amenaza.

Tom lo ignoró.

–Nos hará falta un poco para el suelo también. Gracias, Cheryl. Amy, necesito que me ayudes con el paciente.

Nigel se quedó mirando a Tom fijamente durante unos instantes, pero Tom continuó ignorándolo, así que se dio media vuelta y se marchó.

Tom no parecía molesto por el desastre de la sangre contaminada ni por la abierta hostilidad de Nigel.

–Jen, inclina la cabeza del paciente por favor. Amy, ¿tienes la adrenalina con anestésico preparada?

–Sí –dijo Amy.

Agradecida, se concentró de nuevo. El intento de Nigel de destruir la confianza en sí misma habría dado resultado si no fuese por la facilidad con la que Tom se la estaba devolviendo. Las manos aún le temblaban ligeramente cuando le dio a Tom la jeringuilla. La mano del médico se cerró alrededor de la suya unos segundos, los suficientes para disimular el temblor y evitar que ocurriese algún percance con la jeringuilla.

Tom no hizo ningún comentario que indicase que las palabras de Nigel estaban fuera de lugar. No hacía falta. Cuando Amy le pasó el escalpelo, tenía el pulso firme de nuevo, y cuando hicieron falta los fórceps arteriales, ya había recuperado completamente la confianza en sí misma.

–Bien –dijo Tom después de estabilizar al paciente–. Llama a quirófano y diles que vamos de camino –le dijo a Amy–. Gracias por tu ayuda, Amy. Has estado fantástica.

El halago de Tom ayudó a contrarrestar el veneno que Nigel había descargado sobre ella, pero el efecto no duró mucho. Peter Milne la estaba buscando y no parecía contento.

–Cuando tengas una llamada de una UCI móvil, es vital que pases tus pacientes a otra enfermera, Amy. Si no encuentras a nadie, es responsabilidad tuya hacérmelo saber.

–Pero si se los pasé a Janice –dijo Amy sorprendida.

–Pues Janice no sabía nada sobre ello –le informó Peter–, ni nadie en el equipo. Las muestras de sangre aún no se han mandado al laboratorio, y la señora Johnson se quedó totalmente sola hasta que la alarma nos alertó de que estaba sufriendo una taquicardia.

–Dios mío –murmuró Amy–. ¿Qué ha ocurrido?

–Afortunadamente, se solucionó espontáneamente. La hemos cambiado de planta –dijo Peter menos enfadado–. En el futuro, Amy, asegúrate de que tus pacientes tienen atención continua.

Amy iba a protestar de nuevo y alegar su inocencia: si Janice tenía demasiado trabajo para hacerse cargo de la señora Johnson, ella debería haberlo sabido para informar a la enfermera jefe de la situación.

La vio charlando alegremente con Laura en el mostrador de recepción. Como si sintiese que la observaban, Janice levantó la vista y la miró. La sonrisa que le dedicó no fue nada agradable, así que Amy decidió no discutir. Era su palabra contra la de ella. En todo caso, Peter tenía razón. La paciente era responsabilidad suya, y debería haber escogido a alguien de más confianza que Janice Healy, así que se limitó a asentir en respuesta a la amonestación de Peter.

–¿Qué quieres que haga, Peter?

–Tómate un descanso –le sugirió–. El último caso que has atendido ha sido difícil –la expresión de Peter se volvió cauta–. He oído que Nigel Wesley fue un poco duro contigo.

Amy se encogió de hombros.

–Tendrá sus razones.

–Eso tengo entendido –dijo Peter con amabilidad–. ¿Te encuentras bien?

–Sí, en cuanto me tome un café.

Amy se sentó en el sofá de la sala de enfermeras. Debido al incidente con Nigel, la pierna le dolía lo suficiente como para hacerle romper su norma de no tomar calmantes mientras trabajaba. Miró los zapatos negros de cordones que llevaba puestos. Puede que necesitara algo más que las dos plantillas que llevaba dentro del zapato, porque el alza que le proporcionaban no era suficiente, pero de ninguna manera iba a volver a ponerse el calzado ortopédico que la obligaron a llevar de adolescente.

El alza que tuvo que llevar entonces fue para su padre la evidencia de que no estaba a la altura de sus expectativas, pero no fue el único que la menospreció. El zapato ortopédico también había hecho que los niños la rechazasen. Amy solo lo llevaba para que su madre sintiese que se estaba haciendo todo lo posible por remediar el infortunado accidente. Así que cuando su madre murió, ya no tuvo ninguna motivación para seguir llevándolo.

Las plantillas del zapato se podían ocultar, y si las cosas se ponían difíciles podía ganar un poco más de altura con la costumbre que había tomado de andar ligeramente de puntillas con el pie izquierdo. Era capaz de mantener el equilibrio así y nunca se había caído en el trabajo, pero la presión muchas veces la llevaba a olvidar la necesidad de compensar la diferencia de altura entre las dos piernas y el resultado era el dolor que sentía en aquellos momentos.

Amy se tocó la cadera. La cicatriz también la ocultaba con facilidad llevando el uniforme un poco más largo de lo necesario. Era una cuestión de orgullo el que nadie aparte de Jennifer supiese lo de su pierna, pero aquel día Nigel casi había destrozado su confianza tanto en el terreno profesional como en el personal. ¿Y si la próxima vez tenía éxito? ¿Y si Tom Barlow no estaba cerca para protegerla?

La entrada de Jennifer en la sala interrumpió su creciente sensación de ansiedad.

–¿No irás a permitir que Nigel Wesley te trate de la forma en que lo ha hecho? –exigió Jennifer–. Presenta una queja.

–¿Para qué? ¿Para unirla a la que él presentará contra mí por haberle derramado sangre contaminada en los zapatos? Sé realista, Jen.

–¿Y de qué te estaba hablando Peter?

Amy le contó a su amiga el problema de la paciente que se había quedado sola porque no la había atendido Janice. Jennifer se puso furiosa.

–No puedes dejar que se salga con la suya.

Amy se recostó en el sofá. Estaba al borde de las lágrimas.

–Todo es un desastre –dijo con abatimiento–. Y es culpa mía –dijo frotándose la frente con la mano–. Mi padre solía decirme que no era capaz de hacer nada bien. Quizás tuviese razón.

–Tu padre era un desgraciado –dijo Jennifer con su habitual concisión y pasó un brazo por los hombros de Amy–. Quizás por eso te sentías atraída por Nigel. Dicen que las mujeres buscan a alguien que se parezca a su padre –comentó mientras le daba un abrazo–. Pero ya no te tienes que preocupar por ninguno de los dos.

–Aún tengo que trabajar con Nigel.

–Olvídate de él. Es una sabandija –dijo Jen haciendo una mueca–. Le oí a Tom decirte que estuviste estupenda –añadió mientras salía de la sala–. Ahí tienes a un hombre que no se parece en nada a tu padre.

–No me interesa.

–Sin embargo tenéis algo en común.

–¿El qué? –preguntó Amy con aire cansino.

–La sabandija no está contenta con ninguno de vosotros dos –comentó moviendo la cabeza–.
¿Sabes que por un momento creí que se iban a pegar?

Jennifer salió y Amy se puso en pie para servirse un café.

Era cierto. El antagonismo entre los dos hombres era evidente, y parecía ser anterior a la discusión por el tratamiento a aplicar al paciente.

¿Por qué estaba Tom en la fiesta si los dos sintieron aversión mutua en cuanto se vieron? ¿Y por qué le disgustó Tom a Nigel tan de inmediato? Era difícil que a alguien no le gustase Tom. A Amy no le disgustaba a pesar de la confusión que había provocado en ella. No estaba interesada en él en el sentido romántico, por supuesto, pero, desde luego, no le disgustaba en absoluto.

Capítulo 4

No es gracioso? –preguntó Tom. La sonrisa de Amy fue poco entusiasta, e inmediatamente volvió a mirar el informe que tenía a su lado. El nombre del paciente era Duncan Langley, y tenía treinta y seis años. Amy introdujo la fecha de nacimiento en la casilla correspondiente y después miró por encima de la mesa hacia la camilla donde estaba el señor Langley.

–¿Ha estado en el hospital en los últimos dos años, Duncan?

–No. Nunca he estado enfermo –contestó mirando asustado a su alrededor.

Amy también miró a su alrededor.

–Cama número tres, gracias –le ordenó al celador–. Enseguida estoy con usted, Duncan.

La risa que oyó detrás suya recordó a Amy que Tom insistía en hacerla reír. Sostenía una hoja de papel con juegos de palabras de términos médicos.

–¿Qué es esto? –preguntó Laura, la recepcionista, levantando la vista del ordenador.

–Tom tiene un nuevo diccionario de términos médicos –le informó Amy–. Nos va a volver locos a todos.

Janice Healy pasó al lado de Amy.

–¿Qué es tan gracioso? –quiso saber.

–Pregúntale a Tom –dijo Amy mientras se alejaba en busca de una bata para Duncan.

Tom, Laura y Janice se estaban riendo cuando Amy regresó, pero los ignoró. No tenía ganas de reírse. La semana transcurrida no había sido suficiente para disipar el abatimiento que le había provocado la fiesta del viernes anterior.

–Tiene que ponerse esta bata, Duncan –le dijo a su paciente al tiempo que lo ayudaba a quitarse la cazadora–. Le van a hacer algunas pruebas.

Luego le abrochó la bata y le colocó el tensiómetro alrededor del brazo.

–Esto se hinchará automáticamente cada pocos minutos –le explicó–. Quizás note que le aprieta un poco cuando se hincha, pero no se preocupe. Le voy a tomar la temperatura y después iré a buscar un aparato que me dará un gráfico detallado de la actividad de su corazón –añadió sonriendo.

El trazo que se veía en el monitor situado encima de ellos no revelaba posibilidad de ataque al corazón, pero tampoco era completamente normal. Cuando Amy fue a buscar un electrocardiógrafo, Tom estaba aún junto al mostrador de recepción. Gareth y Jennifer también estaban allí, riéndose de los términos médicos, pero Jennifer se alejó enseguida, empujando el carrito de suturas en dirección a Amy.

–Tenemos una laceración en la cama dos –le dijo–. Hasta el hueso. Voy a ver qué tal cose Tom.

–Estoy segura de que fantásticamente –dijo Amy mientras retiraba una caja de pañuelos de encima del electrocardiógrafo y suspiraba irritada al notar el equipo mojado por un líquido no identificado en la parte superior.

–Alégrate –la animó Jennifer–. Dentro de poco será la hora de comer.

–Creo que necesito unas vacaciones.

–Ayer tuviste el día libre.

–Necesito unas vacaciones largas –dijo Amy con tristeza–. Puede que permanentes.

–No –le respondió Jennifer resueltamente–. Tienes que superarlo, Amy.

–¿Qué es lo que Amy tiene que superar? –preguntó Tom, que apareció repentinamente.

–¿Tú qué crees? –dijo Jennifer.

Tom sonrió, comprensivo.

–Tendremos que hacer algo para alegrarla, ¿verdad, Jen? –dijo sonriendo a Jennifer–. En urgencias no puede haber un ángel triste.

Jennifer se rio.

–Anda, vamos. Tenemos que arreglar una pierna.

Amy llevó el aparato a la cama número tres.

Jennifer parecía estar harta de su actitud, lo que no la sorprendía, pues también ella estaba a disgusto consigo misma.

Le colocó los electrodos a Duncan. Era una tarea fácil que Amy dominaba. Pero, ¿cómo iba a enfrentarse al vacío que había dejado la ausencia de planes a largo plazo? No tenía ninguna meta. ¿Cómo iba a superar esa situación si no sabía en qué dirección mirar?

Gareth se acercó para reconocer a Duncan. Lo auscultó minuciosamente y después se quitó el estetoscopio y se dirigió a Amy.

–Llama a cardiología. Hablaré con la jefa de admisiones cuando baje.

–¿Qué va a pasar ahora? –preguntó Duncan a Amy.

–Lo trasladarán a la unidad de cuidados coronarios, al menos por el momento –le informó Amy–. Estará conectado a un monitor como este y le administrarán un antiinflamatorio. También un calmante si lo necesita.

–Me duele –dijo Duncan con un gesto de dolor–. No me encuentro bien.

–Lo sé –dijo Amy, comprensiva–. Pero no es un ataque al corazón, Duncan. Se pondrá bien enseguida.

La sala de enfermeras estaba vacía cuando Amy entró unos minutos más tarde. Se comió sus sándwiches sin ganas. Deseó que su abatimiento tuviese una causa física, de forma que pudiese solucionarse tan rápidamente como la afección de Duncan. ¿Se volvería a sentir bien alguna vez? Jennifer tenía razón: tenía que superarlo. Tenía que dar un nuevo rumbo a su vida para que no dependiese de nadie. Sobre todo de un hombre.

No tenía que buscar lejos para encontrar modelos: la especialista Susan Scott y una de las enfermeras jefe, Ángela Parkinson. Ninguna de ellas estaba casada, ni tenía hijos. Las dos mujeres tenían éxito en su vida profesional y estaban totalmente dedicadas a su trabajo. Parecían personas asentadas y felices.

A lo largo de la tarde el ritmo en el departamento se aceleró. Todas las camas estaban ocupadas, y dos jefes de admisión estaban reconociendo a los pacientes. Tom, Jennifer y otros miembros del equipo se ocupaban de una fractura de pierna en la cama número dos.

Fue Amy la que recibió al siguiente paciente. Era una mujer de mediana edad, que tenía mal aspecto.

–Se llama Jean Cranford y tiene cincuenta y un años. Con historial de hipertensión.

Amy echó una ojeada al informe del médico de cabecera mientras escuchaba al jefe de ambulancia. La señora Cranford provenía de un pueblo cercano y habían pasado casi dos horas desde que la viera el médico.

–Lleva dos días sintiéndose mal, con tos y cansancio. Su vecina la encontró esta mañana, estaba confusa y le faltaba el aire.

Amy tomó la mano de la mujer.

–Hola, señora Cranford.

La mujer miró vagamente a su alrededor antes de enfocar la vista en Amy.

–¿Sabe dónde está? –le preguntó en tono cariñoso.

Jean Cranford cerró los ojos y negó con la cabeza. Empezó a toser e intentó incorporarse en la camilla y quitarse la máscara de oxígeno de la cara.

–Está en el hospital, señora Cranford –dijo Amy colocando de nuevo la máscara. No le gustó el tono azulado de su cara–. Me llamo Amy y vamos a cuidarla.

Amy buscó con la mirada una cama vacía en la UCI, pero estaban todas ocupadas.

En aquel momento Tom apareció por detrás de la cortina y se hizo cargo de la situación.

–La UCI número tres está disponible –dijo con tranquilidad–, pero le falta la cama.

–Iré por una –se ofreció el jefe de ambulancia.

Cuando el estado de la paciente se estabilizó lo suficiente para trasladarla a la unidad de cuidados coronarios, Amy salió de la UCI y se encontró con que aún había muchos pacientes ingresados. Le asignaron tres.

La primera era Charlene Curruthers, una joven que había hecho novillos y había sufrido un ataque epiléptico; tras convencerla de que le diese el número de teléfono de su casa para llamar a sus padres, se dirigió a la cama número uno, donde estaba su segundo paciente.

–¿Ha vomitado otra vez? –preguntó.

–Sí. Y no consigo que se calme. No quiere comer –contestó la madre. Parecía cansada.

Amy observó de cerca al pequeño William, de tres meses. No había manchas en su piel ni estaba sudando, lo que habría indicado una severa deshidratación, pero tenía fiebre alta y los ojos hundidos. Había vomitado varias veces desde que ingresó veinte minutos antes, y si continuaba sin querer tomar el pecho habría que administrarle suero intravenoso. La deshidratación severa era peligrosa para los bebés y Amy estaba preocupada por William.

–Le diré al médico que venga en cuanto pueda –le dijo a la madre–. Siento que estemos tan ocupados.

La tercera paciente de Amy era una mujer joven que también tenía fiebre, aunque su principal queja era un dolor abdominal. Se le habían extraído muestras de sangre y se había solicitado una ecografía. Amy la llevó al cuarto de baño para recoger muestras de orina para una prueba de embarazo.

Mientras tanto, el jefe de admisiones estaba reconociendo al bebé. Amy volvió para ayudarlo a colocarle el suero. Mientras lo llevaban a la unidad de observación de pediatría, llegó el padre de Charlene, y el jefe de admisiones fue a examinar a la mujer con dolor abdominal. A Charlene la trasladaron a neurología, pero como el especialista no podría verla hasta una hora más tarde, Amy la acomodó en una cama de urgencias. La cama contigua la ocupaba un paciente que había requerido una intervención quirúrgica. El caso parecía haber sido lo suficientemente complicado como para requerir la presencia de un especialista además de la del jefe de admisiones. Murray Brownline apareció cuando descorrieron las cortinas.

Amy sonrió al cirujano intentando llamar su atención. Tenía ganas de preguntarle por el progreso de Daniel Lever en la última semana. Quizás ya le hubiesen dado el alta.

Murray Brownline la vio, pero la ignoró, así que renunció a preguntarle nada mientras el cirujano y el jefe de admisiones se alejaban. Recordó con tristeza la impresión que le habían causado su profesionalidad e interés por el trabajo y la invitación del cirujano a visitar a los pacientes y entrar en el quirófano. La conclusión era obvia: cualquier estatus especial que hubiese podido tener por su relación con Nigel le había sido retirado. Era algo no del todo inesperado,

pero lo que sí era inesperado era lo doloroso que resultaba. Amy no se había imaginado lo mucho que iba a echar de menos esa posición y la atención y las oportunidades que le había brindado.

A la paciente con dolor abdominal le diagnosticaron una grave infección renal que requería ingreso y terapia con antibióticos. Después de trasladarla, Amy se dio cuenta de que había pasado más de una hora desde que se había tomado un respiro. Tampoco había visto a Tom desde que el estado de la señora Cranford se estabilizó. Cuando volvió a encontrarse con él, sonrió al ver que aún llevaba la hoja de términos médicos en la mano. Tom la saludó con otro juego de palabras.

En aquel momento, Jennifer salió de la UCI número dos con un montón de ropa de cama sucia y la metió en una bolsa roja destinada a material manchado de sangre y fluidos corporales.

Tom y ella intercambiaron bromas y chistes, lo que finalmente hizo reír a Amy. Esto la pilló a ella misma por sorpresa.

–¡Por fin! –exclamó Tom sonriendo–. Sabía que podías hacerlo, ángel.

Noel Fenton apareció por la cortina de la cama número dos y se unió a ellos.

–Tom, ¿vienes a patinar sobre hielo esta noche con Jen y conmigo? –le preguntó–. Vamos a ir unos cuantos.

–De acuerdo –asintió Tom–. ¿Vienes, Amy?

–No. No sé patinar –dijo ella evitando mirarlo.

Aparentaba despreocupación, pero le resultaba difícil analizar el efecto que tenía sobre ella el mote que Tom le había puesto. Debería hacerle saber que no le gustaba que lo usase, pero algo la frenaba.

–Yo tampoco –le dijo Tom–. Pero aprender algo nuevo es parte de la diversión, y un poco de ejercicio nunca viene mal.

–En eso eres un experto –dijo Amy–. Llevas una semana aquí y, por lo que he oído, te has apuntado al grupo de bicicleta de montaña, has encontrado dos compañeros para el squash, te has apuntado a un torneo de tenis y vas a esquiar en Navidad a Milford –comentó mirándolo con curiosidad–. ¿Hay algún deporte que no practiques?

–Patinaje sobre hielo –contestó Tom rápidamente–. Pero voy a remediarlo esta noche. Tú también deberías venir.

Jennifer y Amy se miraron durante el silencio que siguió. Tom enarcó una ceja pensativamente antes de volver su atención a Noel.

–Echa un vistazo a esto, Noel –le dijo tendiéndole la hoja de papel–. Nos ha servido de entretenimiento hoy. Incluso hizo reír a Amy.

Un tensiómetro se cayó de la estantería y Amy se dirigió a recogerlo. Al incorporarse, se sorprendió al ver a Tom de nuevo a su lado, y sintió un extraño cosquilleo por todo el cuerpo.

–Quería darte las gracias por tu ayuda con la señora Cranford –le dijo Tom sonriendo cariñosamente–. Estuviste estupenda.

Amy se encogió de hombros modestamente. Intentaba desprenderse de aquella extraña sensación.

–Escucha, si realmente no te gusta patinar sobre hielo, ¿por qué no buscamos otra cosa para hacer esta noche?

Amy se quedó mirando fijamente sus ojos castaños durante unos segundos. Tenía la sensación de que la estaba tocando y seguía recordando el beso. El haberlo rememorado en repetidas ocasiones tenía un efecto adictivo. Era un poco como atravesar la llama de una vela con el dedo, preguntándote con qué lentitud lo podrías hacer sin quemarte.

Se fijó en que la cortina de la cama número dos se estaba moviendo, pero hasta que la figura no

se acercó no se dio cuenta de que era Nigel. Los miraba descaradamente, y Amy sintió de nuevo la tenaza de la tensión. Tom también se puso tenso. Amy casi podía ver cómo se le erizaban los pelos de la nuca.

–¡Has tenido tiempo para venir a reconocer la fractura del pequeño Gerald! ¡Estupendo! –dijo Tom con ironía–. ¿Cuál es el diagnóstico, Nigel?

–Lo llevaremos a quirófano dentro de poco –contestó Nigel de forma cortante, disimulando tan poco como Tom. Amy lo miró nerviosa.

–Pero hay un par de cosas que quisiera discutir primero, si tienes un momento –prosiguió Nigel en un tono que sugería que Tom se quedase.

–Por supuesto –dijo este con amabilidad excesiva.

Amy se alejó, pues se sentía incómoda. Nigel le devolvió la mirada antes de marcharse, y ella se sorprendió cuando Nigel, sin manifestar hostilidad, simplemente asintió con la cabeza a modo de despedida y los dos hombres continuaron hablando.

Amy fue a ver a una paciente que iban a transferir a planta. Cuando regresó a urgencias, se sintió consternada al encontrarse sola en el pasillo con su ex prometido.

–¿Cómo estás, Amy?

–Bien –dijo ella alzando la vista brevemente–. Bastante ocupada, como siempre.

–Este es un departamento bastante ocupado –comentó Nigel–. Y no solo en horas de trabajo.

Amy no estaba segura de qué contestar. El tono de Nigel no era hostil, pero llevaba una crítica implícita.

–A mí tampoco me gusta patinar sobre hielo –dijo él rompiendo el incómodo silencio–. Como tú bien sabes.

Amy adivinó que Nigel estaba sonriendo. Sin necesidad de mirar, sabía exactamente qué aspecto tendría su sonrisa: implicaría comprensión y aceptación de su falta de habilidad en los deportes. En cuanto a él, su aversión hacia los esfuerzos físicos era por pereza y no por falta de capacidad. Aquel aspecto era algo que tenían en común, y formó parte de la base sobre la que habían construido su relación.

Nigel se calló y se aclaró la garganta. Esperó hasta que una enfermera que guiaba a un pequeño grupo de personas pasó de largo.

–Quiero pedirte disculpas por mi comentario el otro día sobre tu falta de equilibrio.

Amy permaneció en silencio mientras recordaba el incidente. ¿Se había equivocado al sospechar que Nigel había tropezado con ella a propósito?

–Estaba enfadado –admitió él–. A veces mi temperamento me domina. Sé que es uno de mis defectos –añadió.

Amy se encontró con su mirada. ¿Excusaba aquellos defectos el que Nigel los reconociese y pidiese disculpas por ellos?

–Yo también te debo una disculpa –dijo Amy en voz baja–. A decir verdad, Nigel, llevo toda la semana sintiéndome avergonzada de mí misma.

Nigel asintió, como si aquello fuese lo que esperaba oír. Incluso sonrió con gesto tolerante.

–Creo que deberíamos hablar –sugirió.

Amy dudó.

–Pensé que no querías volver a hablar conmigo –dijo Amy. No se había preparado para una conversación en privado con él sobre su relación.

–Podemos culpar de los malentendidos al alcohol –murmuró Nigel–. Creo que los dos hemos tenido tiempo para pensar con claridad sobre lo ocurrido, ¿verdad?

Amy asintió. ¿Estaba Nigel ofreciéndole una solución? ¿Una oportunidad de volver a la situación anterior? Volvió a asentir con la cabeza.

–¿Qué te parece si quedamos para cenar? Así podríamos hablar sin interrupciones –dijo frunciendo el ceño al ver acercarse una camilla.

Sonó su busca.

–Perdón –dijo el celador, que necesitaba espacio para la camilla.

–De acuerdo –dijo Amy apresuradamente–. Creo que es una buena idea.

–Bien –dijo Nigel asintiendo–. Te llamaré en cuanto haya reservado mesa.

Amy sonrió a Jennifer cuando volvió a urgencias.

–Tengo que decirte algo.

–Que vas a venir a patinar con nosotros –dijo Jennifer esperanzada–. Sabía que lo harías.

–Voy a ir a cenar con Nigel.

–¿Qué? –exclamó Jennifer sin expresividad en la cara–. ¿Por qué?

–Porque me lo ha pedido –dijo Amy con cautela–. Y porque quiero aprovechar esta oportunidad de arreglar las cosas.

–¿Arreglar, qué? –preguntó Tom dejando un montón de informes sobre la mesa.

Amy maldijo para sus adentros. Tom tenía la habilidad de aparecer justo en el momento equivocado, y, desde luego, no dudaba en inmiscuirse en los asuntos de los demás. Ya era hora de que supiese que su interés no era bienvenido.

–Es una conversación privada –le dijo Amy con calma.

–Amy va a salir a cenar con la sabandija –le informó Jennifer–. Sospecho que va a echarse a sus pies.

Amy miró a Jennifer furiosa, y Tom frunció el ceño mirándola a ella.

–¿No lo dirás en serio?

–¡Por el amor de Dios! –protestó Amy–, Nigel no es ningún monstruo. En realidad, es una buena persona cuando lo conoces.

Tom levantó una ceja de manera elocuente, y Amy lo miró furiosa.

–No sabes nada sobre él –lo acusó.

–¿No?

–No mucho –dijo Amy desdeñosa–. Quizás no hayas empezado con buen pie con él, pero las primeras impresiones pueden ser engañosas. A veces, lo que está en la superficie no es lo más importante.

–No podría estar más de acuerdo –dijo Tom con suavidad–. Espero que lo recuerdes.

Antes de volverse hacia Jennifer, Amy esperó hasta que Tom se hubo alejado.

–¿Qué quería decir con eso?

Jennifer se encogió de hombros.

–Quizás piense que sabe más sobre Nigel de lo que tú te crees.

–¡Claro! –dijo Amy. No estaba segura de haber entendido a Jennifer, pero no tenía tiempo de descifrarlo. Había pacientes esperándola.

Al pasar por el mostrador de recepción, Laura la llamó agitando un papel.

–Un mensaje para ti, Amy.

–Enseguida vengo por él –dijo Amy indicando la carga de sábanas sucias que llevaba–. Tengo que deshacerme de esto.

Cuando salió de la lavandería, Tom estaba en el pasillo.

–Laura me pidió que te diese esto –dijo entregándole el papel. Después se dio media vuelta y se

marchó.

Amy leyó el mensaje. Tenía escrito el nombre de un bar cercano, muy visitado por los empleados del hospital, y la hora apuntada eran las siete de la tarde. Amy frunció el ceño, pues Nigel solía escoger restaurantes caros y tranquilos. Pero luego pensó que Nigel seguramente estaba haciendo un esfuerzo al haber considerado que sería mucho más fácil para ellos hablar en un ambiente informal y relajado. Quizás también se había dado cuenta de que ella prefería la comida sencilla que servían en un bar a los platos más sofisticados.

Si Nigel estaba dispuesto a sacrificar sus preferencias por ella, entonces podían tener una oportunidad de hablar sobre los problemas en su relación, como por ejemplo el hecho de que él hubiese decidido que ella se mudase a otro país sin consultarla primero.

Y si él podía hacer un esfuerzo, ella también podía.

Amy se arregló para la cita. Informal pero elegante, se puso unos vaqueros de marca, una camisa de seda y una cazadora de su color preferido, el marrón cobrizo.

Cuando llegó, justo antes de las siete, el bar no estaba demasiado lleno. Se sentó en una mesa situada en un rincón y pidió zumo de naranja. No iba a arriesgarse a tomar alcohol en aquella ocasión.

A las siete y veinte se estaba tomando el segundo zumo de naranja; pensó que quizás Nigel estuviese aún en quirófano. A las ocho menos veinte cambió de opinión: Nigel había decidido no ir. ¿Habría hecho aquello para castigarla?

La llegada de gente del hospital aumentó su humillación. Además de otros miembros del equipo de urgencias, Amy vio a Jennifer y a Tom. Cuando se dio cuenta de que la habían visto, intentó aparentar despreocupación mientras leía el menú escrito en una pizarra en la pared.

—¡Amy! ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que habías salido a cenar.

—Eso es.

—¿Aquí? —preguntó Jennifer sorprendida—. ¿No habías quedado con Nigel?

—Eso es —repitió Amy.

—Pero dijiste que la cita era a las siete...

Amy deseó que Tom desapareciese. Era típico de él escuchar ávidamente la conversación de otras personas.

—Bueno, llega un poco tarde —dijo Amy a la defensiva—. No me importa.

Jennifer se sentó a la mesa.

—Son casi las ocho, Amy. No va a venir.

Tom se apoyó en el respaldo de la silla que quedaba vacía.

—Ven con nosotros, ángel —dijo amablemente—. Vamos a tomar algo antes de ir a patinar. No puedes quedarte aquí sola.

El mote que utilizó implicaba una familiaridad que en aquel momento no era bienvenida.

—Claro que puedo —rebató Amy—. Nigel va a venir. Dijo que lo haría y él nunca me ha dado plantón.

Jennifer y Tom se miraron.

—Vamos a tomarnos algo —sugirió Jennifer—. Yo voy a pedir las bebidas.

—Bien. Yo quiero una cerveza, por favor —dijo Tom—. ¿Y tú, Amy?

—No quiero nada, gracias.

Observó a Jennifer con consternación mientras se alejaba. Se había quedado sola con Tom, que

se sentó en una silla.

El resto de los empleados estaban en la barra pidiendo sus bebidas. Janice aceptó un vaso de vino que Peter le ofreció.

–No desperdicies tu vida –le dijo Tom tranquilamente– esperando a Nigel Wesley.

Amy se quedó callada. Durante la hora que había pasado en el bar se había sentido terriblemente sola.

–Es muy fácil tomar las cosas que están a mano y jugar con ellas –dijo Tom–. Y es igual de fácil soltarlas de nuevo. Si el obtenerlas requiere esfuerzo, entonces quieres conservarlas.

–Tienes montones de consejos que dar, ¿verdad? –dijo Amy sin lograr el tono de voz sardónico que pretendía.

–Sí, pequeño saltamontes –dijo Tom con desenfado, y sonrió–. Y mi consejo es que rehagas tu vida y te des la oportunidad de que te ocurra algo bueno.

–Mi vida no necesita rehacerse, gracias.

–Mejórala entonces. Vente conmigo.

–¿Una cita entre tú y yo? –dijo Amy horrorizada–. ¡Ni hablar!

Tom sonrió de forma malévola.

–Nunca me habían rechazado con tanta delicadeza. No es una cita, ángel. Vente con nosotros y diviértete. No tienes por qué patinar. La mujer de Peter tampoco va a hacerlo debido a lo avanzado de su embarazo.

Amy miró al alegre grupo que se había reunido junto a la barra. Jennifer volvía con tres bebidas acompañada por Janice.

La copa de vino extra era para Amy, que sonrió aceptándola. Tener amigos era importante, y por el momento era lo único con lo que contaba.

–Tom me ha convencido de que vaya con él –le dijo a Jennifer.

–¡Estupendo!

Los ojos azules de Janice se abrieron de par en par al oírlo.

–¿Vas a salir con Tom?

–Los dos solos no –dijo este mirando a Amy de forma tranquilizadora–. Amy se viene a patinar con nosotros.

Janice pareció aliviada. Se inclinó hacia Tom sonriéndole y tocó su vaso con el suyo.

–Salud.

Amy vio el guiño de Jennifer, pero no compartía la diversión de su amiga por lo que estaban viendo.

Bebió de su copa. ¿Por qué iba a importarle que Janice quisiese parecerle a Tom una mujer encantadora? No tenía una cita con él, simplemente iba a salir a divertirse con un grupo de amigos, y daba la casualidad de que Tom Barlow era uno de ellos.

Capítulo 5

El niño de la cama dos no despertaba las simpatías de Amy. –Si intentas morderme otra vez, Troy, me voy a enfadar –lo avisó.

La madre de Troy miró furiosa a Amy.

–No es culpa suya –dijo de forma beligerante.

Amy se calló su opinión. El niño, obviamente, estaba falto de cariño. Cuando le sacó la lengua, ella estuvo a punto de hacer lo mismo.

–Estamos esperando a que el médico venga a verlo –dijo lo más amablemente que pudo.

–¿Por qué no puede hacer nada usted? –demandó la madre de Troy, irritada–. Solo es un trozo de plástico, por el amor de Dios.

–Sí –dijo Amy–, pero se lo ha metido muy al fondo de la nariz y puede haber causado algún daño. También existe la posibilidad de que lo inhale si no se saca con cuidado, y la extracción puede ser bastante difícil porque él no ayuda mucho.

–No me voy a quedar aquí sentada todo el día –dijo la madre–. Necesito fumarme un cigarro.

Troy intentó darle una patada, y ella contestó con una bofetada que el niño esquivó con facilidad.

–Volveré enseguida –se excusó Amy–. Por favor, no deje que se mueva –añadió. Vio que la madre sacaba el paquete de tabaco del bolso–. Y por supuesto, aquí no se puede fumar.

Amy apretó las mandíbulas mientras se servía un vaso de agua. No quería enfadarse, pero lo estaba desde que se levantó de la cama tras una larga noche en vela. Y la razón de que no hubiese podido dormir era que estaba de mal humor desde mucho antes de meterse en la cama.

No había sido el hecho de no poder patinar lo que la había molestado. Ni el haber tenido que quedarse sentada mirando cómo Janice se agarraba a Tom para mantener el equilibrio. Tampoco por algo tan trivial como ver a Tom examinando el tobillo de Janice después de que esta se cayese, a pesar de que todo el mundo se había dado cuenta de que sus manifestaciones de dolor eran exageradas.

–No frunzas el ceño, Amy –le sugirió Laura–. Te salen arrugas.

–No puedo evitarlo –contestó Amy–. Estoy de muy mal humor.

–Es un niño horrible –dijo Laura–. Se te quitan las ganas de tener hijos, ¿verdad?

–Desde luego, no ayuda.

Pero el sentir que no tenía posibilidades reales de ser madre tampoco la ayudaba.

Jennifer apareció con una bandeja procedente de la cama cinco. Se dirigía al contenedor de desechos de objetos punzantes.

–Amy no está contenta –le dijo Laura.

–No –dijo Jennifer mientras miraba cómo su amiga arrugaba el vaso de plástico y lo tiraba a la basura–. Y si Nigel Wesley aparece hoy por aquí, será mejor que quitemos del alcance de Amy todos los objetos afilados –añadió, y después sonrió–. Pensándolo mejor, saca una bandeja llena de ellos.

–Creía que después de la cena de anoche, todo había vuelto a ser como antes –comentó Laura.

–¿Cena? –repitió Jennifer–. No apareció. Es un desgraciado –añadió.

Laura se enfadó.

–Me utilizó para organizarlo todo –dijo Laura–. Yo recogí el mensaje. Lo siento, Amy.

–No es culpa tuya, Laura –dijo Amy encogiéndose de hombros.

–Es una verdadera sabandija, ¿verdad? –dijo Laura mirando a Jennifer, que asintió con vigor.

–Tú lo has dicho.

Amy no se molestó en intentar defenderlo. Si había sido un montaje, aquello era el final. Estaba más que enfadada, estaba furiosa. Si la ausencia de Nigel se había debido a una fuerza mayor, le debía una explicación y una disculpa, aunque, después de seis horas en el hospital, parecía que el momento para la disculpa ya había pasado. Amy continuó de mal humor hasta el final de su turno, y se alegró de que Tom no estuviese de guardia.

Al día siguiente se sintió mejor, y el departamento parecía más alegre. ¿Sería porque Tom estaba de guardia?

Janice ya no se molestaba en cojear, y Nigel no estaba de guardia, así que no había peligro de tener una confrontación.

Ingresaron varias personas con problemas menores, pero el equipo de urgencias estaba reservado para los heridos graves de un accidente de tráfico, que habían pasado tiempo atrapados en el coche. Era una pareja joven, Cathy y Jack Hanson, que se habían visto involucrados en un choque múltiple.

El estado de Jack era el que más preocupaba. Tenía graves heridas en el pecho y en el abdomen, y el equipo estaba teniendo problemas para mantenerlo con vida.

Habían avisado a un cirujano especialista, pero tuvieron que empezar a operar mucho antes de que llegase. Amy había trabajado como enfermera de quirófano años antes de entrar en urgencias, y no la pilló por sorpresa el dramático cariz que tomaron las cosas.

Cuando llegó el cirujano, tuvo dificultades para acercarse al paciente, pues la mitad del departamento se había apiñado alrededor. Los médicos presentes estaban de acuerdo en que no se podía hacer nada más por él. Tom parecía abatido

–Has hecho todo lo que has podido –le dijo el cirujano con calma.

Amy esperaba instrucciones. Observó a Tom, preocupada por lo cansado que parecía.

Finalmente sus miradas se encontraron, y por primera vez, la mirada de Tom parecía suplicar apoyo moral.

–Lo siento, Tom –dijo Amy, y sonrió con cautela–. Lo intentaste –añadió.

Repentinamente incómoda con la intensidad con la que se miraban, apartó sus ojos

–¿Vas a suturar la herida? –continuó Amy.

–Su esposa también está ingresada, ¿verdad?

Amy asintió apenada.

–Llegó unos minutos más tarde que él. La oí llamarlo.

–Querrá verlo –dijo Tom–. Coseremos lo suficiente para poder tapanlo con las vendas.

–¿Quieres que te ayude?

–No, gracias, Amy –dijo Tom mirando cómo Jennifer recogía el equipo de reanimación–. Tardaremos un poco en recoger aquí. ¿Por qué no vas a ver a su esposa? Yo iré en cuanto pueda. Si aún no sabe lo que ha pasado, le daremos la noticia juntos.

A la mujer de Jack, Cathy, la habían puesto en la cama número seis, lo más lejos posible de su marido, pero debido a la cantidad de personal involucrado en la atención a ambos y a los comentarios, Amy sabía que era posible que Cathy se hubiese dado cuenta de la crítica situación.

El jefe de admisión que estaba con ella la vio cuando se acercaba a la cama. Tras interrogarla

con los ojos, su expresión se ensombreció al ver el imperceptible movimiento de cabeza de Amy como respuesta. Inmediatamente se la llevó a un extremo de la habitación y le habló en voz baja.

–Está embarazada de treinta y dos semanas. Le han hecho una ecografía y el bebé parece estar bien.

Amy asintió.

–Tiene traumatismo cervical y el codo izquierdo dislocado o fracturado. El ortopeda vendrá enseguida, pero aún está ocupado con una de las otras víctimas del accidente. Ha habido siete heridos. Yo voy a recoger los resultados del reconocimiento de otro paciente.

–¿Quién es la enfermera de Cathy?

–Estaba Janice –dijo él suspirando–, pero cojeaba y parecía a punto de echarse a llorar, así que le dije que se fuese a descansar un rato. Ahora iba a buscar a otra persona –añadió mirando a Amy esperanzado–. ¿Puedes quedarte tú con ella?

–Iba a hacerlo de todos modos –le dijo Amy–. Tom vendrá ahora para informarla sobre su marido.

Amy se acercó a la cama y tomó la mano de Cathy.

–Hola, Cathy –hablaba suavemente–. Me llamo Amy. Soy una de las enfermeras que han estado cuidando de Jack.

Cathy llevaba un collarín y tenía la cabeza sujeta a la cama para evitar cualquier movimiento, pero sus ojos se movieron frenéticamente.

–¿Está bien? –preguntó Cathy buscando una respuesta en la expresión de Amy–. ¡Dios mío! ¡No! –susurró con la voz entrecortada.

–Lo siento, Cathy –dijo Amy–. Hicimos todo lo que pudimos, pero estaba muy grave. El médico vendrá a hablar contigo enseguida y podrá responder a todas tus preguntas mejor que yo.

Cathy estaba llorando.

–¿Qué va a ocurrir? –gritó–. ¿Puedo verlo? Por favor, necesito verlo.

–Dentro de un rato –le prometió Amy–. Ahora tengo que ocuparme de tu bebé y de ti.

–Me han dicho que el bebé está bien –dijo Cathy volviendo a llorar–. Pero ya no tendrá a su padre.

Amy la dejó llorar hasta que se calmó un poco. Después le limpió la cara con una toalla húmeda.

–¿Tienes dolores? ¿Te molesta el codo?

–El codo me da igual –dijo Cathy mirando al techo fijamente–. ¿Qué voy a hacer? –añadió en voz baja.

Amy pasó los siguientes minutos examinándola, y comprobó las radiografías y las notas que las acompañaban. Todo parecía estar bien. Después reconoció el brazo. El color de la mano la preocupaba. En aquel momento la cortina se descorrió y entró un especialista. Amy esperaba ver a un cirujano ortopeda, pero que no fuese Nigel Wesley.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó sorprendida.

–He venido a ver a un paciente. ¿Te causa eso algún problema?

–Por supuesto que no. Es que creía que tu equipo no estaba de guardia.

–Cierto. Pero yo estoy en el edificio y me satisface poder ayudar a un colega. Y ahora, ¿podría apartarse del monitor, enfermera Brooks, y dejar que haga mi trabajo?

Amy se apartó y miró a Cathy preocupada, pero esta aún seguía mirando al techo, ajena a lo que la rodeaba. Estaba intentando asimilar la noticia de la muerte de Jack.

Amy quería acercarse para brindarle apoyo, pero Nigel le cortaba el paso.

–¿Qué radiografías se han hecho? –preguntó Nigel.

Amy contestó. Se alegró de haber leído el informe.

Tras oírla, el especialista resopló. En aquel momento entró Tom.

Al volverse Nigel para ver quién era, Amy pudo acercarse a la cabecera de la cama. Tomó la mano de Cathy en la suya.

–Cathy, ya ha llegado el médico que ha atendido a Jack. ¿Quieres hablar con él o prefieres ir primero a ver a tu marido?

–Quiero ver a Jack –susurró Cathy. Las lágrimas le caían por las mejillas.

Tom miró a Nigel, que estaba en los pies de la cama.

–¿Te importaría apartarte?

–No puedes llevarte a esta paciente. Voy a reconocerla.

–Eso puede esperar unos minutos –sugirió Tom fríamente–. Vamos a llevarla a ver a su marido. Falleció hace un rato.

Nigel tuvo la dignidad de parecer sorprendido. En silencio, se hizo a un lado para dejar paso a la cama. Tom la empujó y Amy caminó al lado sujetando la mano de Cathy.

Colocaron la cama junto a la camilla donde estaba Jack y permanecieron en la habitación durante un rato, contestando las preguntas de Cathy y consolándola. Después, les pidió que la dejaran a solas un momento con su marido.

Cuando salieron, Amy miró a Tom con timidez.

–Nunca había visto a un médico manejar tan bien una situación así –le dijo.

–Es parte del trabajo –dijo Tom sin darle importancia–. Pero ayuda el saber por lo que están pasando.

¿Había querido decir que tenía mucha experiencia con los familiares de los pacientes? ¿O había pasado él por alguna situación traumática? A Amy le gustaría saberlo. Tom siempre estaba alegre, era un buen profesional, se encontraba en buena forma física y tenía éxito entre el personal y los pacientes, pero, ¿qué sabía ella realmente de su vida personal? Quizás el estar compartiendo aquellos momentos podía justificar que le hiciese alguna pregunta.

Pero la oportunidad se esfumó. Nigel se estaba poniendo nervioso.

–¿Cuánto voy a tener que esperar para examinar a la paciente? –preguntó irritado.

–No tienes por qué quedarte –le dijo Tom con calma–. No estás de guardia, y todos los pacientes están bajo control. ¿Por qué no te marchas a casa, Nigel?

–¿Por qué no te metes en tus asuntos? –replicó Nigel en tono amenazador–. Este es mi hospital –continuó–, y tengo mucha influencia en él. Espero que no hayas puesto ninguna esperanza en conseguir el puesto de manera permanente.

–Eso es asunto mío –replicó Tom–. Pero seguiré tu consejo y me ocuparé de mis asuntos.

Más tarde, Amy encontró a Nigel en recepción redactando el informe de Cathy. Tom acababa de colgar el teléfono e ignoraba a Nigel por completo.

–Amy –dijo Tom, sonriendo con ternura–. ¿Vienes mañana al cine conmigo?

Nigel dio un carpetazo y tiró el bolígrafo sobre el mostrador. La reacción de Amy ante aquella forma de actuar fue de irritación. El comportamiento de Nigel en la habitación de Cathy no tenía excusa, ni desde el punto de vista profesional ni desde el personal, pues había sido él quien le había dado plantón, y ahora estaba furioso por la invitación de Tom. No podía soportarlo.

–Claro que sí –dijo Amy–. Me apetece mucho.

Nigel resopló indignado mientras se alejaba.

–No parece que le haya gustado el plan, ¿verdad? –susurró Tom.

–No –dijo Amy mordiéndose el labio–. No ha sido muy honesto por mi parte.

–¿El qué?

–Dejarle creer que tenemos una cita.

–¿Por qué no vienes al cine de todos modos?

–De acuerdo –dijo Amy–. Pero no es una cita.

Tom sonrió.

–De todos modos, no hará daño a nadie dejarle creer a Nigel que sí lo es.

Amy intentó disimular que la idea le gustaba.

–Supongo que no.

–No tiene por qué saber que vamos en grupo.

–¿Sí?

–Nos lo pasaremos bien –dijo Tom asintiendo–. Irán Jen y Noel, y algunos más. Primero tomaremos algo en el bar. ¿Nos vemos allí?

–¿Por qué no? –dijo Amy sintiendo una momentánea sensación de decepción. ¿Acaso no se sentía aliviada de que fuese más gente?

Amy disfrutó yendo al cine. Incluso disfrutó del rato que pasaron en el bar.

Mirando la mesa en la que estuvo sentada mientras esperaba a Nigel, Amy decidió cerrar aquel Capítulo de su vida de una vez por todas. Estaban en paz: ella le había humillado en la fiesta y él le había devuelto el insulto. Probablemente eligió aquel bar a sabiendas de que el personal del hospital sería testigo del plantón y se haría público.

La cena en un restaurante griego a la semana siguiente fue incluso mejor que ir al cine. El grupo, todo del departamento de urgencias era bastante grande. Amy se sintió encantada cuando Tom decidió sentarse a su lado.

–¿Tienes algún plan para tus días libres de esta semana, ángel?

Amy negó con la cabeza mientras comía.

¿Le propondría Tom una cita para algún día en que no saliese todo el grupo?

–Si hace buen tiempo, arreglaré el jardín –le dijo a Tom–. Aún no he podado las rosas, y las flores de verano se están ahogando con las malas hierbas. Llevo queriendo arreglarlo desde el invierno.

–Jen y tú vivís de alquiler, ¿verdad? Sois las inquilinas perfectas –dijo Tom–. La gente normalmente no se toma tantas molestias cuando la casa no les pertenece.

–No creo que pueda ser dueña de un jardín en muchos años –dijo Amy.

Tom y Noel empezaron a hablar de jugar al squash aquella semana. Evidentemente, Tom no tenía intención de salir con ella. Además, ¿por qué iba a hacerlo? Ella le había dejado muy claro que no quería tener una cita con él. Aún no estaba preparada. Necesitaba tiempo y encauzar su vida. En cuanto a esto último, Tom le había dado una idea a la que empezó a dar vueltas cuando casi todos salieron a bailar una especie de conga.

Amy se resistió a los intentos de sacarla a bailar y, finalmente, todos fueron volviendo a la mesa para los postres.

Janice se soltó de la cintura de Tom de mala gana y ocupó su silla al otro lado de la mesa.

Amy empezó a hablarle de su idea nada más sentarse.

–Creo que me voy a comprar una casa –le dijo–. Tienes razón. Prefiero ocuparme de mi propio jardín.

–Me alegro por ti –dijo Tom sonriendo–. Las mentes privilegiadas piensan igual, ángel. Yo también estoy buscando casa.

–¿De verdad? ¿Tienes intención de quedarte en Christchurch? –dijo Amy procurando no parecer demasiado entusiasta–. ¿Vas a solicitar el puesto permanente en el hospital?

–Ya lo he hecho –dijo Tom sin darle importancia–. Pero hartito estoy de la residencia de médicos y me gustaría alquilar una casa.

Noel intentó atraer de nuevo la atención de Tom.

–¿Qué te parece el miércoles y el viernes para el squash? Tengo que practicar si te quiero ganar alguna vez.

–No te olvides del torneo de tenis el sábado –dijo Janice por encima del hombro de Amy–. Estamos en el equipo de dobles.

Amy se rio.

–Creo que el alquiler es lo mejor para ti, Tom, pues con tanto compromiso nunca tendrías tiempo para cuidar el jardín.

–¿A qué hora es el tenis? –preguntó Tom–. He quedado para ir a ver una casa el sábado por la mañana.

–A la una –contestó Noel–. Yo termino mi turno a las nueve y media. ¿Quieres una segunda opinión sobre la casa?

–Desde luego –asintió Tom.

–Entonces voy yo también –dijo Jennifer–. A juzgar por su piso, Noel no tiene ningún gusto para la decoración.

Amy sonrió irónicamente. Últimamente, Jennifer pasaba más tiempo en el piso de Noel que en casa.

–Me gustaría poder ir –se lamentó Janice–. Pero tengo turno el viernes por la noche, y si no duermo un poco te decepcionaré en el partido, Tom.

–Y eso no puede ser –dijo él–. Quizás Amy quiera venir con nosotros para darnos otro punto de vista femenino.

Amy evitó la mirada de Janice.

–De acuerdo –comentó–. Contad conmigo, yo no tengo turno hasta el sábado por la tarde.

–Pues te perderás el partido de tenis –le informó Janice–. Es una pena.

Amy sonrió. No estaba tan disgustada como Janice pretendía parecer.

Tenía un día maravilloso por delante: sin tener que trabajar y con sus mejores amigos. Los cuatro solos. Amy amplió su sonrisa. Era casi como una cita doble. Aparte de las situaciones profesionales, sería la vez que más cerca iba a estar de pasar un tiempo a solas con Tom. Eso sin contar el encuentro en el cenador antes de conocerse.

–Nos veremos en el hospital a las ocho y media, ¿de acuerdo? –sugirió Tom.

Noel y Jennifer asintieron, y Amy también, aunque algo distraída. El recuerdo del encuentro en el cenador había afectado a su equilibrio psicológico. Asintió de nuevo con decisión.

Las ocho y media era perfecto.

Capítulo 6

Eran las nueve de la mañana, y Noel no había llegado. –Lo llamaré –decidió Jennifer–. Ya debería haber terminado su ronda. Utilizaré el teléfono de recepción.

Cuando volvió de llamar, su expresión era de resignación.

–No puede venir –les dijo a Tom y Amy–. Nigel ha insistido en volver a operar a una de sus pacientes. Aunque no es una operación importante, necesita anestesia general y no hay ningún quirófano libre hasta dentro de media hora.

Tom consultó su reloj.

–Será mejor que nos marchemos ahora o no volveremos a tiempo para el partido de tenis. Tardaremos un poco en llegar a Governors Bay, ¿verdad?

–Unos veinte minutos –confirmó Amy.

–Entonces vámonos. No me importa que opinen sobre la casa únicamente mujeres.

Jennifer parecía un poco incómoda.

–Noel me ha invitado a desayunar mientras esperan que les asignen quirófano –dijo sonriendo a modo de disculpa–. Le he dicho que iría.

–Mi comité me abandona –dijo Tom con resignación.

–Amy y tú podéis ir –sugirió Jennifer.

Amy sintió la mirada de Tom sobre ella. La miró a la cara con una dulzura que no dejaba traslucir el efecto físico que le provocaba. Ella trató de ignorar la punzante sensación que se concentró en su vientre.

¿Se debería su reacción a los nervios, o a la excitación? Amy intentó parecer despreocupada.

–Creo que Tom quiere más opiniones además de la mía sobre la casa, Jen. ¿No puedes decirle a Noel que lo verás más tarde?

–Podemos quedar otro día –interrumpió Tom antes de que Jennifer respondiese y el corazón de Amy se hundió un poquito al ver que Tom no había dudado ni un instante en dejar pasar la oportunidad de estar a solas con ella–, para que Noel y tú veáis la casa –dijo–. Depende de Amy, pues ella es la que conduce. ¿Qué opinas, ángel?

Tom le tocó el brazo para obligarla a mirarlo.

–No me importa –contestó Amy de forma despreocupada–. Hace un día perfecto para conducir.

Realmente, era una mañana preciosa. La brillante luz del sol solo se mitigaba por los pinares que atravesaban camino a la cumbre de Port Hills. La luz les inundó con renovada claridad cuando llegaron a un mirador con vistas a la ciudad; a lo lejos, se divisaban los Alpes Sureños. Tom contuvo el aliento ante el panorama que se ofrecía ante sus ojos.

–No me había dado cuenta de lo bonita que es la ciudad –dijo admirado–. Era muy pequeño cuando me marché de aquí.

–Pues espera y verás –dijo Amy sonriendo–. Casi hemos llegado a la cumbre. Es lo mejor.

Amy condujo más despacio cuando llegaron a la parte más alta de la carretera. El sorprendente contraste les hizo olvidarse de las vistas de la ciudad y las montañas. Ante ellos se extendían el color azul claro de la bahía y la verde extensión de las montañas de la península y las islas.

Amy volvió a sonreír al ver la expresión de Tom, y redujo la velocidad. La carretera descendía

abruptamente por el otro lado, y tenía muchas curvas. Era la ruta favorita de los ciclistas profesionales.

Tom observó a un par de ellos, que tenían aspecto de haber subido hasta la cima pedaleando.

–Podría ir a trabajar en bicicleta –reflexionó–. Eso me mantendría en forma.

Amy se rio.

–Desde luego. Pero no me parece buena idea hacerlo en invierno, pues por aquí suele nevar. En realidad, está bastante lejos de la ciudad, ¿estás seguro de que es el sitio adecuado para que vengas a vivir?

–Pareces dudarlo –dijo Tom. Ya no miraba por la ventanilla, y Amy podía sentir su mirada sobre ella–. ¿Por qué?

Amy se alegró de tener que mantener la vista fija en la carretera.

–Pareces una persona muy sociable. Te gusta estar siempre con gente, en fiestas, jugando al tenis y todo eso. Compartiendo las cosas con otras personas.

Tom se quedó en silencio durante unos instantes.

–Es la impresión que doy. Pero las primeras impresiones pueden ser engañosas. Quizás no haya tantas personas con las que me gustaría quedarme a solas –dijo pensativamente.

Amy cambió de tema.

–¿Fuiste alguna vez a aquella isla, cuando eras niño?

–No. Ni siquiera sé cómo se llama –dijo Tom mirando hacia la isla más cercana al puerto.

–¿Cómo sabes tanto sobre ella? –preguntó Tom, impresionado tras oír de labios de Amy la historia de la isla.

–Me interesa, y me gusta leer.

–¿Qué otras cosas te gusta hacer, Amy?

–Conducir –contestó Amy–. Me gusta alejarme de la ciudad. A menudo salgo en coche, me llevo unos sándwiches y un buen libro y cuando encuentro un sitio bonito me detengo.

–Eso suena a soledad.

Amy giró a la izquierda cuando llegaron a la base de la colina y continuó por el puerto. Siguió hablando sobre la isla para romper el incómodo silencio que se había hecho tras el comentario de Tom.

–Cuando empezó la exploración de la Antártida, a comienzos del siglo pasado, los perros y los ponis pasaban la cuarentena ahí, en Quail Island.

Amy sabía que parecía una guía turística, y la sonrisa de Tom indicaba que conocía la razón por la que ella seguía utilizando la isla como tema de conversación.

–¿Ah, sí?

Amy intentaba aparentar que aquel tema la había fascinado durante años.

–En la playa entrenaban a los animales a tirar de cargas pesadas. Christchurch tiene aún fuertes vínculos con la Antártida.

Cuando llegaron a una pequeña bahía, Amy se detuvo a un lado de la carretera.

–¿Tienes la dirección? Creo que el desvío debe de estar por aquí cerca.

Amy salió de la carretera y tomó un camino sin asfaltar que conducía a una zona muy arbolada.

–Espero que sea aquí –dijo dudando–. No veo ninguna casa.

–El nombre en el buzón de la entrada era correcto. Me dijeron que estaba bastante escondida.

–No bromeaban –dijo Amy.

Bajó del coche y miró a su alrededor asombrada. Las vigas de madera de la casa, teñidas de verde oscuro por el moho, y las tejas oscurecidas por el paso de los años hacían que la casa se

fundiese con la arboleda que la rodeaba, confundiéndose con ella. El silencio era casi total. Una brisa proveniente del puerto movía las hojas de los árboles haciéndolas susurrar, y los rayos de luz se filtraban a través de los árboles, moteando el camino de ladrillos sobre el que se habían detenido.

–Es maravillosa –susurró Amy–. Estoy deseando verla por dentro.

–Vamos –dijo Tom guiándola hacia una pesada puerta de madera.

La luz que venía del interior de la casa iluminaba una ventana de cristal tintado encajada en la puerta.

Amy creía que Tom iba a llamar, pero en vez de eso sacó una llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura.

–Me la han dejado los dueños –explicó Tom–. Están fuera esta semana.

Amy se dio cuenta de que no iba a estar a solas con Tom únicamente en el coche. Suspiró profundamente y entró en la casa, encontrándose en una de las habitaciones más bonitas que había visto nunca.

Desde fuera, la casa parecía tener dos pisos, pero una vez dentro se dio cuenta de que no era así. El techo, de una altura considerable y abovedado, era de madera, al igual que las vigas de contención, y había dos escaleras que llevaban a las galerías situadas en tres lados de la sala. Amy miraba a su alrededor encantada, admirando el diseño.

La sala no tenía tabiques interiores, sino que estaba dividida en ambientes mediante la utilización de diferentes alturas del suelo.

Bajaron unos escalones de madera barnizada que daban a la zona de estar. En el centro había una estufa de leña dentro de una chimenea decorada con azulejos. A un extremo de la habitación, ligeramente elevados respecto al centro, estaban la televisión y el equipo de música; al otro extremo estaba el comedor, que, a su vez, daba a la terraza y a la cocina, desde donde se veían el puerto y las islas.

Los únicos árboles que se habían talado eran los que impedían la vista, por lo que la altura de la casa y la pendiente de la colina permitía una visibilidad completa y dejaba entrar la luz del sol.

Parecía que estuviesen a cientos de kilómetros de la ciudad, y no había más casas a la vista. Amy suspiró.

–Esto es increíble, Tom. Nunca había visto nada parecido.

–Vamos a ver el resto.

Amy siguió a Tom por las escaleras hacia la galería. Se dio cuenta de que, en realidad, la casa era bastante pequeña; era el diseño lo que la hacía parecer más grande.

Las divisiones en la galería las realzaban cristales vidriados de distintas formas. Una ventana con forma de arco creaba en la biblioteca y el estudio una atmósfera de recogimiento. En el cuarto de baño la ventana era redonda como un ojo de buey, y tenía un motivo náutico.

–La casa está en venta –dijo Tom–. Si la alquilo, solo podré estar aquí hasta que encuentren un comprador.

–Resultaría difícil marcharse de aquí –dijo Amy sonriendo–. No podría imaginarme un sitio más perfecto para vivir.

–Nos falta por ver una habitación –Tom sonrió.

A ella le pareció completamente natural aceptar la mano que le ofrecía y mantenerla enlazada a la suya mientras pasaban al dormitorio. Por la ventana se veía el jardín trasero de la casa, con los árboles rodeando el césped.

El cabecero de la cama se apoyaba en una de las paredes, y la colcha de coloridos retales

parecía atraer el verdor de los árboles del jardín.

Aún tomados de la mano, se quedaron delante de la ventana. Ella iba a comentar algo sobre el jardín, pero las palabras murieron en su boca al darse cuenta de la cercanía de Tom. Él no estaba mirando por la ventana.

En silencio, Tom soltó la mano de Amy y levantó la suya para acariciar suavemente con un dedo el borde de su barbilla. Cautivada por sus ojos, Amy se hundió en la profundidad de su mirada mientras él acunaba su barbilla con la mano, echando la cabeza de Amy hacia atrás. De repente, Tom se acercó y Amy pudo sentir su respiración en la cara. En los labios.

El alcohol debía de haber mitigado la sensación de aquel primer beso en el cenador. O bien sus fantasías habían sido incapaces de capturar la magia de aquel contacto.

El beso que le estaba dando en aquel momento tenía nada que ver con el primero, ni con nada que Amy hubiese experimentado hasta entonces. Instintivamente, tomó la cara de Tom en sus manos; necesitaba tocar la fuente de tan exquisito placer.

Al sentir el roce de su lengua, Amy hundió los dedos en el oscuro pelo de Tom apretando su cara contra la de él, y sus labios se abrieron suplicantes.

Podía sentir las manos de Tom acariciándola. Cuando tocaron sus caderas, él presionó los dedos y Amy tembló por la irresistible ola de deseo que aquel contacto provocó en ella. Se apretó contra él, y al tocarse sus cuerpos se dio cuenta de que Tom la deseaba tanto como ella a él.

Las manos de Tom se movieron de nuevo para desabrocharle la blusa. Él acarició sus suaves pechos, y Amy gimió mientras sus pezones se endurecían instantáneamente. Tom seguía moviendo las manos, desabrochándole los vaqueros. Amy quería librarse de la ropa, quería que Tom acariciase sus pechos, que deslizase de nuevo las manos por sus caderas, que sintiese sus piernas sin ningún tipo de barreras.

Pero fue precisamente el imaginar a Tom tocando y viendo sus piernas lo que rompió el hechizo. Amy hizo un esfuerzo para recuperar el control sobre sí misma y dio un paso atrás.

–¿Qué ocurre, Amy? –preguntó Tom con suavidad.

Ella no contestó y se dio la vuelta para abrocharse la blusa.

–Amy –dijo Tom con firmeza–. Dime algo.

–No quiero que esto ocurra –dijo abrochándose el último botón.

–¿Es por Nigel?

–Nigel no tiene nada que ver con esto –contestó ella mientras bajaba los escalones. Una vez fuera, esperó en silencio a que Tom cerrara con llave la puerta de la casa.

–Pues yo creo que sí tiene que ver con él –dijo Tom.

Amy continuó callada. Pensó que quizás fuese mejor dejarle creer aquello.

–Te quiero, Amy –dijo él tomándola de la mano–. Lo sabes.

–No sabes nada sobre mí.

Amy se apartó y se subió al coche, arrancando el motor antes de que él se hubiese sentado. Lo miró mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Esperaba verlo enojado por lo ocurrido, pero estaba sonriendo.

–Sí sé algunas cosas sobre ti. Sé que te gusta leer –le recordó Tom–. Y conducir.

Permaneció en silencio mientras ella tomaba las curvas de la carretera que subía por la colina con la habilidad de un conductor de rally.

–Te gusta conducir deprisa –comentó Tom cuando, finalmente, aminoraron la velocidad para entrar en la ciudad–. Y puedo afirmar que lo haces muy bien.

–Gracias.

–También eres muy buena en tu trabajo.

–Gracias –dijo Amy sonriendo con tristeza–. Estoy segura de que Nigel Wesley no opina lo mismo.

–Estoy seguro de que Nigel y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas –dijo Tom con tranquilidad–. Incluyéndote a ti –añadió–. Aún somos amigos, ¿verdad? ¿No te habré asustado?

Amy dudó.

–No –dijo ella con cautela, mirándolo de reojo–. Siempre y cuando los dos sepamos cuáles son los límites de la amistad.

–De acuerdo.

Amy asintió. Estaba acostumbrada a aquello: establecer límites y mantener una relación todo el tiempo posible sin tener que revelar la verdad, y esperar que esa relación se enriqueciera a pesar de ello. Pero en aquella ocasión aquel esquema no la satisfacía.

El silencio que se adueñó de ellos se hacía cada vez más incómodo.

–Detén el coche un momento, Amy –ordenó Tom repentinamente.

–¿Estás mareado? –preguntó ella con ansiedad mientras se metía en el arcén–. ¿Voy demasiado deprisa?

–No. Quiero hablar contigo.

–Vaya –dijo, manteniendo las manos sobre el volante y la vista fija en la carretera.

–Te dije que te ayudaría a mejorar tu vida –le recordó Tom–. A ver que hay más cosas además de Nigel Wesley.

Amy asintió sin mirarlo.

–Hemos estado a gusto, ¿verdad?

Amy volvió a asentir. Sabía lo mucho que iba a echar de menos el estar con él.

–No tiene por qué terminar aquí. Sal conmigo, Amy. Haremos algo diferente. Te llevaré a bailar y te prometo que no te besaré.

–Yo no bailo –dijo Amy abatida.

–Eso es porque no sabes. Yo te enseñaré.

–No –dijo Amy tomando aire–. No me refiero a que no sé bailar, o que no quiera. Me refiero a que no puedo.

–¿Por qué no?

Amy dudó durante unos inacabables segundos.

–Hay algunas cosas que me resultan difíciles de hacer –confesó.

–¿Como patinar sobre hielo? –sugirió Tom–. ¿Y jugar al tenis?

Amy asintió.

–O montar en bicicleta, o caminar. Realmente no hago deporte –dijo.

–¿Por qué? ¿Acaso tienes una pierna de madera?

Amy se rio y se mordió el labio.

–Más o menos –admitió–. Tuve un accidente cuando era niña. Tengo una pierna más corta que la otra.

–Te duele cuando estás cansada, ¿verdad? –dijo Tom comprensivo.

–¿Te has dado cuenta? –preguntó Amy sorprendida.

–Te he visto alguna vez intentando no cojear. Y tienes ojeras cuando te duele.

Amy tragó saliva. ¿Tan de cerca había estado observándola?

–¿Qué ocurrió? –preguntó Tom.

–Cuando tenía diez años recibí un disparo que me destrozó el fémur.

–¡Dios mío! –exclamó Tom–. ¿Qué estabas haciendo?

–Cazando ciervos con mi padre.

Tom la miró fijamente.

–No lo entiendo. Los ángeles no van por ahí matando ciervos.

–Yo tampoco lo entendía. Ese era el problema –dijo Amy suspirando–. Mi padre quería un niño, y solo me tuvo a mí. Así que decidió hacer todo lo posible por corregirlo enseñándome a hacer cosas de chicos. Yo odiaba todo lo relacionado con las armas, pero tenía que ir con él.

–¿Fue tu padre quien te disparó accidentalmente?

Amy asintió y Tom se quedó callado. Después tomó su mano.

–Una de las cosas que más te cuesta hacer es desvestirte a plena luz del día, ¿no es así?

–Lo siento, Tom –asintió Amy abatida.

Él no hizo ningún comentario a su disculpa.

–Supongo que Nigel dijo algo que te disgustó cuando vio tu pierna.

–Nunca la ha visto –confesó Amy–. Solo sabe que no me gusta que nadie la vea.

–¿Quieres decir que siempre os desnudabais en la oscuridad? –preguntó Tom. La miraba fijamente mientras ella se sonrojaba–. ¿No os desnudabais? –prosiguió incrédulo. Después sonrió–. ¿Cómo lo hacíais?

Amy se sintió muy avergonzada.

–Nunca llegamos tan lejos. No a todo el mundo le gusta meterse en la cama en la primera cita.

–Supongo que es especialmente cierto en lo que a Nigel se refiere –dijo Tom sonriendo aún–. No te enfades, Amy. Estás hablando conmigo, soy tu amigo. Te voy a ayudar a cambiar de vida. Te llevaré a bailar.

–No lo harás –dijo Amy. Su insistencia la estaba cansando–. Te acabo de explicar que...

–Escucha –la interrumpió Tom–. Tienes complejo de tu pierna, pero no deberías imponerte tantos límites: desempeñas un trabajo que te exige esfuerzo físico, y lo haces bien, te he observado. Por eso no hay ninguna razón para que no puedas divertirte también con tu cuerpo. Es cuestión de intentarlo –insistió persuasivo–. Si hay algún problema, lo dejamos. Pero si no lo intentas, nunca sabrás lo que te estás perdiendo.

–Supongo que no –admitió Amy a regañadientes–. Pero poder bailar no es tan importante.

–Pero vivir sí lo es. Saber de lo que eres capaz; saber que los límites que te has impuesto no son necesarios. Eso es importante.

–Eres muy insistente –dijo Amy suspirando.

–Lo sé –contestó él–. ¿Vendrás conmigo a bailar?

–Si va más gente, no. No tengo ganas de montar un espectáculo en público.

–Prometido. Tú y yo solos.

Tom se dio la vuelta para mirar por la ventanilla una vez que Amy había aceptado.

–Pero no sé si mantendré la otra promesa –dijo.

–¿Cuál?

–La de no besarte.

–Ya –dijo Amy conteniendo una sonrisa mientras arrancaba el coche–. Supongo que tendré que probar si puedo sobrellevarlo, porque si no lo intento, nunca sabré lo que me estoy perdiendo, ¿verdad?

Capítulo 7

La cita para salir a bailar se demoró pues Amy tuvo que trabajar dos días seguidos desde las once de la mañana hasta las diez de la noche, y otros dos de siete de la mañana a seis de la tarde. Pero a cambio tendría después cuatro días libres.

Los turnos del sábado y el domingo siguientes se le pasaron con rapidez, debido a la expectación que sentía. Nunca antes se había sentido así.

Tom sabía lo de su pierna, y a pesar de ello aún la deseaba. No como había sucedido con Nigel, quien insinuando que aquel defecto era más o menos tolerable, le dijo que él era tan noble como para pasarlo por alto. Tom, sin embargo, no lo veía como una barrera, o como algo que había que tolerar.

Nada podría haber irritado a Amy aquel fin de semana. Los pacientes que tuvieron la suerte de que los atendiese ella se marcharon sintiéndose mucho mejor. La madre de una de las pacientes fue a hablar con Gareth Harvey cuando dieron el alta a su hija.

–Me da igual lo que digan sobre las deficiencias del sistema sanitario. La enfermera que ha atendido a mi hija es maravillosa.

Gareth se lo contó a Amy.

–Quizás el mote de ángel no sea desatinado –comentó con una sonrisa.

Amy se sonrojó. ¿Cómo se había enterado de aquello?

–Se te ve contenta, Amy –añadió Gareth–. Me alegro.

Sí. Amy estaba contenta. Nunca se había sentido mejor.

Pensando que sería el miércoles cuando saldría con Tom, su ansiedad creció el martes por la mañana.

–¿Sales hoy a las seis, ángel? –le preguntó él.

–Eso espero.

–Pues entonces salgamos esta noche. Yo también habré terminado para entonces –le sugirió. Su mirada la envolvió con deliciosa ternura–. ¿O estás cansada?

–No –contestó ella bajando la mirada–. Me apetece mucho.

Tom inclinó la cabeza hacia ella.

–Bien, porque te va a encantar. Te lo prometo.

A Amy le resultó difícil concentrarse en el trabajo estando Tom en el mismo departamento. Cada vez que lo veía pensaba en las promesas que le había hecho. Se imaginaba bailando con él, con sus cuerpos moviéndose juntos, tocándose... aquello estaba interfiriendo en su trabajo.

Peter debió notar que Amy no estaba rindiendo de la forma habitual, y la llamó a recepción.

–Estamos faltos de personal en cuidados intensivos, Amy. ¿Te importaría pasar el resto de tu turno allí?

–En absoluto.

Normalmente lo habría considerado como una especie de castigo, pero en aquella ocasión aceptó de buena gana. Así no tendría que trabajar cerca de Tom y no lo vería tan a menudo, por lo que no estaría tan distraída y podría dejar de fantasear sobre la promesa que le había hecho de no volver a besarla.

Le asignaron cinco pacientes. Estuvo ocupada vigilando su estado, comparando resultados y ayudando a los diversos especialistas en los reconocimientos. El cirujano jefe entró a hacer una segunda visita a uno de ellos, un abogado de cuarenta y cinco años, llamado Stephen Parks.

–La ecografía ha confirmado lo que sospechábamos, Stephen. Tenemos que extirparle el apéndice. Aquí traigo el impreso para que dé su consentimiento. Subiremos a quirófano dentro de una hora más o menos.

–¿No podría posponerse? –preguntó Stephen.

–Yo no lo aconsejaría –contestó el cirujano.

El busca del cirujano sonó en aquel momento.

–Discúlpeme –dijo, y salió descorriendo las cortinas.

En aquel momento, Janice pasó por delante con un niño en brazos.

–¿Quién es la enfermera morena que acaba de pasar con un niño en brazos? –preguntó Stephen.

–Se llama Janice Healy –contestó Amy.

Stephen se recostó en las almohadas.

–Quizás no deba esperar. Déjame ver el impreso de consentimiento –le dijo a Amy guiñándole un ojo–. ¿Podrías dejar la cortina descubierta, por favor?

Mientras Amy acompañaba a una señora mayor al cuarto de baño, Janice que acababa de dejar al bebé con sus padres, volvió a pasar por delante de Stephen. Este la saludó con la mano.

–Disculpa. Eres Janice, ¿no?

Janice se detuvo, sorprendida.

–Sí.

La sonrisa de Stephen era seductora.

–¿Podrías traerme un vaso de agua, por favor?

–No debe tomar nada –avisó Amy desde el baño–. Va a entrar en quirófano dentro de una hora.

–Lo siento –se disculpó Janice–. No puede beber nada por el momento, señor Parks. ¿Es ese su nombre, verdad?

–Llámame Stephen.

Amy movió la cabeza con gesto de desaprobación, pero ni siquiera aquel comportamiento de Janice ante las indirectas del paciente logró irritarla. No era Janice quien iba a ir a bailar con Tom.

La actividad en cuidados intensivos fue decayendo a lo largo de la tarde. Parte del personal se había marchado a comer cuando se llevaron a Stephen Parks a quirófano, y Amy disfrutó de la paz que reinaba.

Finalmente el reloj dio las seis. Salió del departamento diez minutos más tarde con una extraña sensación de alivio; había sido un día duro, y se sentía agotada. Le dolía la pierna. Los deseos que había sentido de salir a bailar habían decaído de forma alarmante. Empezó a dudar de que realmente pudiese hacerlo y a pensar que quizás fuese buena idea posponerlo.

Se sentó en el poyete de piedra que bordeaba el aparcamiento. Le quedaban veinte minutos de espera, y si durante ese tiempo el descanso no aliviaba el dolor de su pierna tendría que cancelar la cita.

Los diez primeros minutos de estar sentada no la aliviaron, y la aparición de Nigel en el aparcamiento hizo aún menos tolerable la situación. Amy deseó haber visto antes el BMW verde que estaba aparcado a su lado y haberse sentado en cualquier otra parte.

–¿No me estarás esperando a mí, Amy? –preguntó Nigel levantando las cejas irónicamente. No hizo ningún intento de sonreír.

–No –dijo Amy sin mirarlo–. Estoy esperando a otra persona.

–Deja que adivine –dijo Nigel en tono desagradable–. ¿No será Tom Barlow, por casualidad? Amy se quedó callada.

–No me sorprendería en absoluto, desde que me diste plantón para salir con él.

Amy contestó automáticamente.

–Tú me diste plantón a mí, Nigel. Te estuve esperando en el bar durante más de una hora.

–¿Qué bar? –se burló Nigel–. La cita era en el restaurante Dos Seis Cuatro.

Amy parpadeó. Aquel era uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Desde luego era más del estilo de Nigel que el bar.

–Laura no cometería un error así –dijo ella con cautela.

–¿Quién te dio el mensaje, Amy?

Amy intentó controlar la sensación de pavor que empezaba a invadirla. Tenía que haber una explicación para aquel desatino.

–¿Fue Tom Barlow? –preguntó Nigel fríamente.

Amy asintió. ¿Qué estaba pasando?

–Debí haberlo sospechado –dijo furioso–. ¿Es que no te das cuenta de lo que ocurre?

–No.

Nigel se acercó a Amy.

–Éramos felices hasta que llegó Tom Barlow, y aún podríamos serlo. No me marchó a Sidney hasta dentro de dos semanas. Podríamos arreglarlo si no fuese por él –dijo Nigel moviendo la cabeza incrédulo–. Está empeñado en destruir lo que teníamos. ¿Vas a dejar que lo haga?

–No seas ridículo, Nigel –dijo Amy, furiosa por la acusación–. ¿Por qué iba a querer hacer algo así?

–¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

Amy vio acercarse a Tom. Cuando este se dio cuenta de que Nigel estaba hablando con Amy, su expresión se volvió sombría, y al llegar a donde estaban, tenía un gesto distante. La sensación de miedo de Amy le hizo un nudo en el estómago.

–¿Me diste a propósito un mensaje falso sobre mi cita con Nigel? –preguntó Amy.

Tom no contestó.

–Puedo comprobarlo preguntando a Laura. Ella se acordará.

Tom suspiró resignado.

–Sí, Amy. Cambié el mensaje.

–¿Por qué?

–Porque necesitabas que te protegiese de Nigel. No tenías ni idea de en dónde te estabas metiendo.

–¿Y tú sí? –preguntó Amy. Estaba intentando asimilar que había sido Tom quien había jugado con ella, no Nigel.

–No te conviene.

Nigel se rio con desprecio.

–¿Pero tú sí? ¿Quién es el que miente y engaña, Barlow? –dijo Nigel. Parecía cómodo con la situación–. No te quiere, Amy. Solo intenta hacerme daño a mí.

Amy miró a Nigel fijamente.

–Estás loco. Solo lleva aquí unas semanas. Ni siquiera te conoce.

–Sí lo conozco, Amy –dijo Tom apesadumbrado–. Lo conozco de toda la vida.

Amy volvió la mirada a Tom con los ojos abiertos de par en par.

–¿Cómo?

–Tenemos el mismo padre.

Amy se quedó mirándolo de hito en hito.

–¿Sois hermanos?

–Hermanastros –corrigió Tom fríamente.

–¿Y por eso te crees con el derecho a interferir en mi vida? –dijo Nigel con una mueca de desaprobación–. Siempre lo has hecho: me robaste mi herencia, Barlow, y me robaste a mi mujer.

–¡Yo no he sido robada de nadie! –dijo Amy sintiéndose humillada por ser tratada como una posesión.

–Quizás no me refiera a ti –dijo Nigel sin tan siquiera mirarla–. A lo mejor no eres la primera.

–Eso fue hace mucho tiempo, Nigel –dijo Tom–. ¿No lo has superado? La obsesión es uno de tus muchos defectos.

–Y tú sigues adelante con facilidad, ¿verdad? Países, trabajos, mujeres –dijo Nigel casi escupiendo la última palabra. Miró fijamente a Amy–. Pregúntale qué importancia da a sus compromisos. Pregúntale sobre su esposa. Aquello no duró mucho, ¿verdad?

Amy perdió el color. El nudo que sentía en el estómago se convirtió en un doloroso calambre.

–¿Estás casado, Tom? –preguntó en un susurro.

–Lo estuve –contestó sin ningún tipo de emoción en la voz.

–No mucho tiempo, ¿verdad? –insistió Nigel.

–No –contestó Tom.

Tras aquella afirmación, reinó el silencio.

–No es de mí de quien tienes que protegerte, Amy –dijo Nigel tras unos instantes–. Es de él. Creo que será mejor que te lleve a casa.

El dolor que Amy sentía era tanto físico como emocional. Era intolerable.

Amy miró a los dos hombres que estaban ante ella. Primero a Nigel.

–No, gracias, Nigel –dijo levantándose–. No quiero tener nada que ver contigo.

Luego a Tom, justo antes de reunir fuerzas para marcharse.

–No quiero tener nada que ver con ninguno de los dos.

Capítulo 8

Las piezas encajaban como si fuese un rompecabezas. Amy se incorporó y se estiró con cuidado. Había pasado sus cuatro días libres arreglando el jardín, lo que había supuesto un esfuerzo para sus músculos y articulaciones. También habían sido cuatro días de intensos pensamientos, lo que había supuesto otro gran esfuerzo. Estaba mental y emocionalmente agotada. No sentía nada; únicamente una sensación de vacío y la dolorosa comprensión de cómo había sucedido todo.

Amy se volvió a agachar haciendo caso omiso de la punzada de dolor que sentía en la pierna. Recogió el último montón de hojas y malas hierbas que había cortado y lo tiró con el resto. Se detuvo un momento para observar los resultados: el jardín estaba perfecto; las rosas y los arbustos estaban podados y no quedaba ni una sola mala hierba. Incluso el césped estaba cortado con precisión militar.

Como la barba de Nigel. Amy suspiró. ¿Por qué no era capaz de detener aquella interminable espiral de pensamientos que siempre acababan en la misma conclusión? Que Nigel debía tener razón, que Tom no la había buscado por ella misma, sino que lo había hecho para arruinar la vida de su hermanastro. Al haber fracasado en su matrimonio, quizás había intentado que a Nigel le ocurriese lo mismo. O podía ser una venganza por los resentimientos de la niñez. Pero el verdadero motivo no importaba realmente.

Amy recogió las herramientas.

En un sentido, Tom sí la había deseado; él mismo se lo había dicho aquella primera noche en el cenador, antes de besarla. Sin embargo, en cuanto se enteró de que estaba comprometida con Nigel, su interés tomó una nueva dirección. Le había sonsacado a Jennifer información sobre su relación con Nigel, y después la había animado para que no arreglase los problemas que tenían. ¡Incluso se ofreció a casarse con ella!

Dejó las herramientas dentro de una caja detrás del cortacésped, y cerró la puerta del cobertizo.

El pensar en el frío plan de Tom la hacía estremecerse: él se había comportado de una forma completamente natural, haciendo comentarios aparentemente sin importancia, como aquella propuesta de casarse, y empeñándose en hacerla reír y que se sintiese mejor consigo misma. Ella se había sentido muy agradecida por su ayuda para que recuperase la confianza en sí misma tras el incidente de la sangre infectada. La había apoyado a nivel personal y la había alabado en el plano profesional. ¿Fue entonces cuando se enamoró de él sin darse cuenta?

Nigel también había participado en el juego, pues su oferta de reconciliación vino después de haberse enterado de la invitación de Tom de salir a patinar. Después, Tom sabotó su cita con Nigel a propósito. Habían estado compitiendo el uno con el otro, y ella era la ficha que movían. ¿Le habría ocurrido lo mismo a la mujer de Tom?

Amy, que había estado mirando el jardín sin verlo, intentó concentrarse en él para distraer sus pensamientos. Era evidente que a los dueños de la casa le gustaban los jardines con flores, por eso los macizos rebosaban de camelias y rododendros. Pero a ella no les gustaba aquel aspecto artificial, pues prefería las plantas autóctonas. Y ahora ya sabía exactamente qué jardín le gustaría tener: el que había visto alrededor de la casa de Governors Bay.

Sus pensamientos volvieron a Tom. La parte más cruel de su plan había sido dejarla creer que

la deseaba por encima de todo, dejarla soñar con un futuro en el que sería capaz de bailar. Amy entró en casa. Un buen baño caliente calmaría el dolor de su pierna. Al día siguiente volvería al trabajo, y el volcarse de lleno en él la ayudaría a aliviar el dolor de su alma.

En el hospital había distracción de sobra. El departamento de urgencias estaba colapsado y las camas ocupaban los pasillos. En cuanto una unidad quedaba libre, llegaba otro caso grave. La sala de espera estaba llena, y la lista de consulta de pacientes no urgentes se hacía cada vez más larga.

Patrick Moore, el viejo irlandés, estaba de nuevo allí pero en aquella ocasión no estaba borracho. Tenía un fuerte dolor en el pecho, así que tenían que monitorizarlo y hacer un diagnóstico. Amy no lo tenía asignado pero fue a saludarlo.

–¡Amy! –dijo el hombre sonriendo con dificultad–. Me alegro de que estés aquí. Creo que hoy voy a necesitar un ángel.

–Hoy no estaré con usted, Patrick –dijo Amy con tristeza mientras le daba la mano–. Pero vendré a verlo en cuanto pueda.

Tuvo que retirarse enseguida porque llegaba una camilla; la gente del equipo de la ambulancia tenía el semblante serio.

–Se llama Cathy Hanson –le dijo el jefe de ambulancia–. Se desmayó en el supermercado debido a un dolor en el abdomen. Está embarazada de treinta y cuatro semanas.

Amy asintió.

–La conozco.

Tomó la mano de la paciente. El brazo izquierdo de Cathy aún llevaba escayola. Solo habían pasado un par de semanas desde que la operaron el codo.

–¡Amy! Gracias a Dios que eres tú –exclamó Cathy con la cara pálida–. Es el bebé. Creo que estoy sangrando –le dijo apretando la mano de la enfermera con fuerza–. Pero es demasiado pronto para que nazca. No quiero perderlo. Es todo lo que me queda de Jack –lloró.

En aquel momento Peter se acercó a Amy.

–Acabo de recoger la unidad número cuatro. Vamos.

Se movieron con rapidez. Amy cerraba las cortinas cuando apareció Tom.

–Avisa a pediatría –le dijo Tom a Peter–. Y que bajen una incubadora por si acaso.

Los especialistas Susan Scott y Gareth Harvey se unieron al equipo, junto con más enfermeras. El parto ocurrió tan deprisa que Amy tuvo que hacer un esfuerzo para mantener el ritmo.

–Es precioso, Cathy –susurró Amy cuando el niño nació–. Y su peso está bien; dos kilos es excelente para un niño prematuro. No tendrá que estar en la incubadora mucho tiempo.

–Lo sé –dijo Cathy llorando–. Soy muy afortunada.

–¿Cómo lo vas a llamar?

–Jack. ¿Vendrás a vernos a la planta?

–Por supuesto. Subiré en mi hora de descanso para comer.

Patrick aún seguía en la cama número seis, pero Amy estaba demasiado ocupada para ir a verlo. En aquel momento estaba entrando otra ambulancia. Un hombre que llevaba un ramo de flores cruzó las puertas automáticas con el equipo de la ambulancia, pero se dirigió directamente a Amy. Tardó un poco en reconocerlo, pues los pacientes cambiaban una vez fuera del hospital, y vestidos normalmente.

–Stephen Parks –le recordó–. Me extirparon el apéndice la semana pasada.

–Claro –dijo Amy sonriendo, y miró el elegante traje de Stephen–. No te reconocí con la ropa

de la calle.

Los dos sonrieron y Stephen le mostró el ramo de flores.

–He traído esto –dijo–, para dar las gracias...

–Son preciosas –dijo Amy.

Estaba viendo a Tom junto a la cama número dos, y él la miraba. ¿Pensaría que Stephen Parks estaba interesado en ella?

–... A Janice –continuó Stephen, y sonrió–. ¿Está ocupada en estos momentos?

–Lo averiguaré –dijo Amy, que sabía que Janice estaba con Tom Barlow.

–Ha venido alguien a verte, Janice.

–¿Es Stephen? –preguntó alejándose unos pasos, por lo que Amy no pudo ver su expresión de alegría–. Dijo que a lo mejor venía hoy.

Tom no pareció reparar en Amy. Se dirigió a Janice.

–No tardes –le dijo–. Te necesito aquí.

Siguió mirándola mientras ella se acercaba a recepción. Amy se marchó. ¿Qué fue lo que había dicho Tom aquella noche en el bar? Que cuando algo era difícil de conseguir, era cuando sabías que lo querías. No tenía ninguna intención de comprobar si Tom estaba mirando mientras Stephen le daba las flores a Janice. Sabía que sí. No había nada como una pequeña competición para aclarar las cosas, y estaba segura de que Janice consideraría a Stephen demasiado mayor para ella. Ya había demostrado su interés por Tom.

Pero Amy no iba a seguir dando vueltas a todo aquello. Tenía bastantes cosas con las que distraerse, incluso a la hora de la comida.

A Patrick lo estaba viendo el cardiólogo, por lo que dejó la visita para más tarde. En su lugar, se fue a la tienda de regalos del hospital y compró un osito de peluche azul, pero cuando llegó a la planta en la que estaba Cathy también se encontró con que la estaban reconociendo en obstetricia.

Como aún le quedaban veinte minutos de descanso, salió del hospital para tomar el aire.

–Me imaginé que te encontraría aquí.

Amy levantó la vista consternada. ¿La había estado buscando o era una desafortunada coincidencia?

–Quiero hablar contigo –dijo Tom con seriedad.

–Tengo que irme –dijo Amy levantándose, pero Tom la sujetó de la muñeca–. Por favor, no quiero hablar contigo, Tom.

–Quizás no. Pero me debes la oportunidad de contarte mi versión de la historia. Quizás difiera un poco de la que te dio Nigel.

–¿Qué importa lo que yo piense? –dijo Amy volviendo a sentarse y apartando la mirada de Tom.

–Quizás sí. ¿Qué es lo que piensas?

Amy se quedó callada unos instantes.

–Creo que Nigel tenía razón –dijo finalmente, sin emoción en la voz–. Me has utilizado para vengarte de él. Por lo visto has tenido éxito, y no por primera vez.

–Escucha. Nigel me culpó siempre por la separación de sus padres. Nuestro padre conoció a mi madre, se enamoraron y mi madre se quedó embarazada de mí. Entonces, él dejó a Lorraine y a Nigel, de lo cual me echa la culpa a mí. No importa que su matrimonio fuese infeliz, o que nuestro padre intentase mantener su relación con él a pesar de la negativa de Lorraine. Ella lo indujo a odiarnos a su padre y a mí hasta que le resultó conveniente cambiar de opinión.

–¿Qué quieres decir?

–Lorraine no estuvo sola mucho tiempo. Se casó con Simon Wesley seis meses después de divorciarse y Nigel decidió usar el apellido de su padrastro. Como a ella y a Simon les gustaba viajar, y un niño pequeño los estorbaba, lo metieron en un internado para poder moverse a placer, pero estaba el problema de las vacaciones.

–¿Y qué?

–Cuando yo tenía unos tres años, empezaron a dejar a Nigel con nosotros durante las vacaciones. Él no quería. Odiaba a nuestro padre y a mi madre, pero sobre todo me odiaba a mí. Era ocho años mayor que yo, y me hizo la vida totalmente imposible. Yo temía las vacaciones.

De repente Amy sintió compasión por Nigel.

–Debió de ser un niño infeliz –le dijo a Tom.

Tom la miró herido.

–No fue el único.

–¿No te ayudaron tus padres?

–Nunca se enteraron. Nigel se dio cuenta de que podía librarse de cualquier sospecha si se comportaba bien cuando ellos estaban delante. A menudo mi madre se preguntaba por qué me salían tantos cardenales cuando Nigel estaba con nosotros, pero se creían que era simplemente porque nos gustaba pelearnos, como a todos chicos.

–¿Y tú nunca se lo contaste?

–Nigel me dejó muy claro lo que ocurriría si lo hacía. Yo estaba aterrorizado.

–Eso es horroroso –dijo Amy frunciendo el ceño. Tom prosiguió.

–Nigel dejó de venir cuando yo tenía ocho años. Durante los siguientes diez, solo lo vimos de tarde en tarde. Luego nos mudamos a Inglaterra. Cuando yo estaba a punto de empezar la carrera de Medicina, mis padres murieron en un accidente de coche –continuó Tom–. La herencia de nuestro padre, que era un hombre rico, se dividió a partes iguales entre Nigel y yo. Más de un millón de libras a cada uno.

Amy lo miró sorprendida. Nunca habría imaginado que Tom era rico, pues su estilo y sus gustos no tenían nada que ver con los de Wesley.

–Eso es mucho dinero –le dijo–. Nigel debió quedar más que contento con su parte.

–Yo también –dijo Tom–. Pensé que nunca más volvería a saber de él, hasta que un día vino a mi casa aprovechando un viaje. Creo que quería averiguar si la partición de la herencia había sido justa; me dio la impresión de que Lorraine, que se había puesto furiosa porque la herencia no se había dividido en tres partes, ya se había gastado bastante de la parte de Nigel. Por aquel entonces Nigel tenía novia. Se llamaba Nicola.

–¿La mujer que le robaste?

–Yo no le di pie –dijo Tom impacientemente–. Pero ella dejó a Nigel y empezó a llamarme.

–Y tú te casaste con ella –terminó Amy.

Tom se rio.

–Ni siquiera salí con ella. No. Nigel nunca conoció a la mujer con la que me casé. No sabe nada sobre ella.

–Un matrimonio que no duró mucho –dijo Amy sin poder evitarlo.

–Cierto –dijo Tom–. ¿Quieres saber por qué?

Amy se movió incómoda en el asiento.

–¿Quieres contármelo?

–Se llamaba Lucy –dijo Tom a modo de respuesta–. Era muy guapa. Su madre era mitad española y Lucy había heredado su pelo moreno, pero tenía los ojos azules de su padre irlandés.

–Se parece un poco a Janice –dijo Amy apretando las manos con fuerza. «Y nada a mí» pensó.

–Supongo que sí –dijo Tom sorprendido–. No se me había ocurrido –añadió aclarándose la garganta–. Bueno, el caso es que Lucy estaba en mi clase, y cuando terminamos la carrera nos casamos –continuó Tom. Miraba fijamente al frente–. Conseguimos trabajo en el mismo hospital y encontramos un piso en Londres que nos podíamos permitir. Aquello solo duró tres meses. Todo se vino abajo de la noche a la mañana –dijo Tom pasándose una mano por la cara, pues Lucy se puso enferma y le diagnosticaron leucemia.

–¡Dios mío! –murmuró Amy.

Tom no pareció oírla.

–Lo intentamos todo –continuó en voz baja–. Yo me hice pruebas para un posible trasplante de médula ósea, pero no sirvió de nada. Fue de una complicación a otra. Duró poco menos de un año.

–Lo siento, Tom –dijo Amy–. No sé qué decir.

–No hace falta que digas nada –le aseguró Tom.

El busca de Tom los interrumpió.

–Alguien ha sufrido un ataque al corazón en urgencias –dijo él confirmando lo que Amy ya sabía–. Vamos.

Entraron a toda prisa, pero llegaron demasiado tarde. Patrick Moore había fallecido mientras estaban sentados fuera.

Amy se quedó aturdida, con una repentina sensación de pérdida.

En silencio, ayudó a Peter a reorganizar la unidad y preparar a Patrick para su última salida de urgencias. Ya no habría nadie llamándola ángel con aspecto irlandés. Pero daba igual; no era más que un apelativo estúpido, aunque cuando Tom lo utilizaba no lo parecía.

Le pareció que las horas transcurrían demasiado lentas. Necesitaba tiempo para asimilar lo que Tom le había contado, lo cual, desde luego, había terminado con el aturdimiento en el que estaba sumida desde que Nigel sacó a la luz aquellos temas.

¿Cambiaría aún más su perspectiva? Como no quería hablar con Tom hasta que hubiese tenido tiempo de pensar, evitó encontrarse con él durante el resto de la tarde.

No tuvo que evitarlo al día siguiente, ya que él libró. Durante el primer descanso, Janice empezó a quejarse de no tener el día libre, pues, según ella, era un día demasiado bonito para estar trabajando.

–Pero no importa –decidió–. A partir de mañana tengo cuatro días libres, y los voy a aprovechar al máximo. Quizás incluso tenga algo que contar cuando vuelva.

–¿Adónde vas? –preguntó Jennifer.

–Me voy fuera.

–¿Con quién?

–No lo voy a decir –dijo Janice sonriendo–. No quiero tentar a la suerte. Ya lo sabréis cuando regrese.

Janice estiró los dedos de la mano izquierda y los contempló un instante. No había duda alguna sobre la indirecta.

Al día siguiente Tom continuaba sin aparecer. Janice, como era de prever, no fue a trabajar.

Amy empezó a sentir que el mundo que conocía se esfumaba a su alrededor. Jennifer no había ido a dormir a casa la noche anterior; ni siquiera había vuelto para recoger un uniforme limpio, lo cual significaba que se trataba de algo planificado. Cuando llegó al trabajo por la mañana, irradiaba felicidad. Amy se limitó a sonreír. No creía ser la persona más adecuada para hablar con Jennifer en aquel momento. No quería empañar la felicidad de su amiga.

Jennifer la siguió a la lavandería.

–¡Amy! ¿A que no lo adivinas?

–¿Qué?

–La semana que viene es el cumpleaños de Noel.

–Estupendo.

–Vamos a celebrarlo el sábado por la tarde. Hoy compraremos el vino y la comida. ¿Te apetece acompañarnos?

–Creo que podréis prescindir de mí.

–Me siento mal por dejarte tanto tiempo sola –dijo Jennifer–. Últimamente no soy muy buena compañera de piso, ¿verdad?

–Tienes cosas más importantes que hacer –dijo Amy sonriendo–. No te preocupes. Lo entiendo, y me alegra verte feliz.

–Nunca lo había sido tanto –confesó Jennifer–. Creo que Noel me va a pedir que me case con él. Quizás en su fiesta de cumpleaños.

–Nunca se sabe. Cualquier cosa puede ocurrir en las fiestas –dijo sonriendo con ironía–. Mira lo que ocurrió en la última.

–Vendrás, ¿verdad? –preguntó Jennifer ansiosa.

–Depende de la gente que vaya –dijo Amy evasivamente.

–No invitaremos a Nigel –sonrió Jennifer–. Los especialistas no están incluidos en la lista. Excepto Tom, claro. Aunque quizás no vuelva a tiempo.

–¿De dónde? –preguntó Amy.

–De Auckland. Ha ido a un congreso de medicina de urgencias.

–¿Y le dieron permiso sin más?

–Sí –dijo Jennifer encogiéndose de hombros–. Parece que Gareth está haciendo todo lo posible para que Tom acepte el puesto con carácter permanente.

–¿Por qué no iba a quererlo? –preguntó Amy mientras salían de la lavandería.

–Bueno... –dijo Jennifer dudando–. En teoría yo no sé nada de esto, pero te lo voy a contar: Noel me ha dicho que han ofrecido a Tom su anterior puesto en Chicago. Por eso ha ido a Auckland.

–No lo entiendo.

–Uno de los ponentes del congreso es el jefe de traumatología del equipo de Tom en su antiguo hospital. Quiere que vuelva, y lo ha convencido para que asista al congreso a fin de discutirlo.

Amy no dijo nada. Se sentía demasiado aturdida imaginando a Tom fuera de su vida. No le gustaba aquella perspectiva. ¿Y dónde estaba Janice? ¿Se había marchado también a Auckland?

–Por lo visto le han hecho una oferta increíble. Noel dice que estaría loco si la rechazase.

En aquel momento Noel llegaba a urgencias y se dirigía a una de las camas.

–Te veré luego, Amy –murmuró Jennifer.

–¿Qué harías tú si Noel aceptase un trabajo en el extranjero? –preguntó Amy con curiosidad.

–Me marcharía con él, por supuesto –dijo Jennifer sonriendo maliciosamente–. No se va a librar de mí tan fácilmente.

Y desapareció tras la cortina de la cama número tres.

El resto de la semana transcurrió con una lentitud desesperante. Amy no obtuvo ninguna satisfacción en el trabajo, y solo veía a Jennifer durante las horas en que sus turnos coincidían. La

fiesta era el único tema de conversación de su amiga.

Amy terminó su turno el sábado a las tres de la tarde. No había forma de eludir la invitación de Jennifer.

–Además, yo fui a la tuya, ¿no? –le había dicho el día anterior–. No quería ir, pero resultó ser lo mejor que he hecho en mi vida. ¿Recuerdas que dije que algo podía cambiar en mi vida? Pues así fue, empecé mi relación con Noel. Deja ya de darle vueltas. Tienes que venir, Amy.

–De acuerdo –asintió Amy–. También tú viniste a la mía bajo coacción.

–¿Quién sabe? –sugirió Jennifer alegremente–. Quizás también suponga un cambio en tu vida.

No tenía nada que ponerse, así que se fue de compras. Encontró unos pantalones negros de seda perfectos, lo suficientemente anchos para ocultar sus piernas por completo, y escogió un top negro a juego que le valdría para cualquier ocasión.

Cuando se vistió, decidió llevar una cadena de corazones de oro que había pertenecido a su madre. Se dejó el pelo suelto y se puso una diadema negra.

Se maquilló con más cuidado de lo habitual, utilizando una base para ocultar las ojeras, pues no quería tener que escuchar ningún comentario sobre su aspecto.

La fiesta era en casa de los padres de Noel. Había mucha gente, y el ambiente era alegre. Cuando llegó, Jennifer fue hacia ella inmediatamente y la llevó a la cocina para presentarla a la madre de Noel, Maggie. Después la presentó al padre, que estaba sirviendo las bebidas.

–¿A que son estupendos? –le susurró Jennifer mientras se alejaban–. Creo que le gusta a su madre.

–Claro que sí –dijo Amy sonriendo.

–Tenía que asegurarme de que no era un vampiro –dijo Jen sonriendo.

Amy no necesitaba ningún recordatorio de la última fiesta. Miró su vaso de vino y se preguntó si no sería mejor tomar un zumo.

–Enseguida vuelvo –dijo Jennifer–. Voy a ayudar a Maggie con las ensaladas.

–Yo también voy –se ofreció Amy.

–¡De ninguna manera! Estás aquí para divertirte –dijo Jennifer y la empujó hacia la terraza–. Vamos, hay ahí fuera un hombre muy simpático montando la barbacoa. Es el primo de Noel. Si no le has saludado para cuando yo vuelva, te lo presentaré.

Amy se dirigió obedientemente a la terraza, donde se habían congregado los invitados atraídos por el aroma de la barbacoa. Evitó el grupo, que presumiblemente incluía al primo de Noel, y paseó por la terraza, iluminada por bombillas de colores. Las puertas correderas que daban a la casa estaban abiertas, y el volumen de la música aumentaba por momentos. Algunas parejas comenzaron a bailar.

Amy se dirigió a un pequeño banco en el jardín que estaba ligeramente oculto por unos arbustos para observar a los que bailaban. Y aunque las parejas le tapaban la vista de vez en cuando, no había duda alguna sobre lo que estaba viendo.

Janice estaba muy atractiva con el traje de pantalón blanco. Su risa hacía volverse a todo el mundo, que podían ver los diamantes que llevaba en la mano izquierda. Pero lo que provocó una punzada de dolor en el corazón de Amy fue ver que el brazo derecho de Janice estaba enlazado al del hombre que estaba a su lado: Tom Barlow.

Como si sintiese la mirada de Amy, Tom miró en su dirección. Luego, se disculpó con sus acompañantes y se dirigió hacia ella.

Amy sabía que debía darle la enhorabuena, pero el nudo que se le formó en la garganta se lo impidió. Fue Tom el que habló primero, tras sentarse junto a ella.

–¿Estás bien, Amy? Tengo la sensación de no haberte visto en mucho tiempo.

–Estoy bien –consiguió decir Amy después de un momento–. ¿Qué tal el congreso?

–Interesante –dijo Tom mirándola–. Me vino bien alejarme unos días. Necesitaba tiempo para pensar –continuó–, pues tenía que tomar algunas decisiones.

Amy asintió. Estaba claro que había tomado una muy importante.

–He comprado la casa –le dijo Tom entusiasmado–. La de Governors Bay.

–Ya –dijo Amy. La idea de que Janice fuese a compartir aquella casa con Tom la puso enferma. Cerró los ojos por un momento–. Es una casa preciosa –dijo casi sin aliento.

–¿Sí, verdad?

Aquel educado intercambio de comentarios le pareció repentinamente absurdo. Todo el montaje le pareció incongruente: las luces, las risas, la música. Podía ver a Janice moviéndose entre los grupos de gente mostrando su anillo de compromiso de manera triunfal.

–Yo también estoy pensando en mudarme –le dijo a Tom tranquilamente.

–¿De verdad?

–Jen ya no pasa mucho tiempo en casa. Viéndolos juntos no me extrañaría quedarme sola muy pronto. Creo que es hora de independizarme.

–¿A un piso nuevo?

–Quizás a un trabajo nuevo.

Tom se acercó hacia ella.

–Lo siento, no te oigo bien. La música está un poco alta.

Amy vio a Noel, que se acercaba a ellos. Llevaba una botella de champán en una mano y copas en la otra. Jennifer estaba a su lado con una sonrisa de oreja a oreja.

Seguramente iban a anunciar el feliz acontecimiento. Jen podría comparar su anillo con el de Janice; quizás incluso celebrasen una boda doble.

Amy se puso de pie apresuradamente. No quería oírlo. Al menos no en aquel momento.

–¡Tom, enhorabuena! Me acabo de enterar –dijo Noel agitando la botella de champán–. Hay que celebrarlo.

Tom se puso de pie para recibir el abrazo de Jennifer.

–Me alegro por ti –dijo Jen entusiasmada.

Amy dio unos pasos hacia atrás, se dio la vuelta y se volvió a la casa. Sentía que tenía que marcharse.

No tenía más remedio que aceptar las decisiones que otras personas tomaban en sus vidas, pero no estaba obligada a alegrarse por ellas.

Definitivamente, era hora de marcharse. Lejos.

Capítulo 9

No lo dirás en serio, Amy. Amy miró fijamente la mesa de Gareth. Como jefe del área de urgencias, tenía que informarle de su intención de dimitir.

–¿Sabías que Ángela va a la unidad de cuidados coronarios?

Amy asintió.

–Tenemos que cubrir el puesto de jefa de enfermeras –señaló Gareth–. Eres la candidata perfecta.

–¿Yo? –preguntó Amy sorprendida. No había considerado aquella posibilidad.

–Por supuesto que sí. Eres una de las mejores enfermeras que hemos tenido en el departamento. Creía que tu habilidad y dedicación eran una señal de que estabas contenta con tu trabajo.

–No tengo intención de dejar de ser enfermera –dijo Amy rápidamente–. Ni el trabajo en urgencias. Pero necesito empezar de nuevo en otro sitio.

–Eso no te garantiza que vayas a continuar con las funciones que tienes aquí. Probablemente no sea bueno para tu carrera. ¿No te bastaría un cambio de puesto? Sería un reto importante –continuó Gareth de manera persuasiva–. Es una oportunidad que mucha gente no dejaría pasar.

–Lo sé –dijo Amy.

Ella misma lo habría hecho un par de meses antes. Ahora era tarde. No le había resultado nada fácil tomar la decisión de marcharse, y no iba a echarse atrás, pues estaba en juego la solución de sus problemas.

Gareth movió la cabeza.

–Sigues queriendo la carta de referencias para otro trabajo, ¿verdad?

–Sí, por favor.

–Tienes que presentar oficialmente tu dimisión. Pasarán algunas semanas antes de que te puedas marchar –le dijo mirándola consternado–. Hazme un favor, Amy.

–Dime.

–Piénsatelo un poco más. Si no recibo ninguna notificación oficial, olvidaré esta conversación. Si la recibo, prepararé la carta –dijo Gareth sonriendo–. Y será excelente.

–Gracias –dijo Amy sonriendo.

Si aquello contentaba a Gareth, esperaría unos días, pero estaba decidida.

Salió del despacho del director con paso ligero. Laura la llamó desde recepción.

–Ya están listos los nuevos turnos, Amy –le dijo dándole una hoja de papel–. Tienes cuatro noches seguidas la semana que viene.

–No me importa –dijo Amy sinceramente, mirando los nombres de los especialistas. Cuanto menos viese a Tom durante las siguientes semanas, mejor. Así le resultaría menos doloroso marcharse.

Evitó la sala de enfermeras. No podía soportar las incansables conversaciones sobre el compromiso de Jennifer. Como había imaginado, Noel había terminado su fiesta de cumpleaños pidiéndole a Jennifer que se casase con él.

–Mi anillo no es tan increíble como el de Janice –le había dicho Jennifer dos días antes–. Pero me encanta.

Janice, por fortuna, no estaba por ninguna parte.

–Janice no tendrá que volver a trabajar –le había contado Jennifer a Amy–. Dijo que se casaría antes de cumplir los veinticinco y se ha comprometido con un millonario. ¡Quién lo hubiera imaginado!

Amy sí. No compartía la incredulidad de Jennifer ante la inesperada suerte de Janice. Sabía lo de la herencia que Tom había recibido de su padre. Había evitado en todo momento hablar del tema, incluso con Jennifer, a la que había conseguido convencer de que no sentía nada en absoluto por él y había conseguido ocultar su tristeza para no empañar la felicidad de su amiga.

–¿Son los nuevos turnos? –preguntó Jennifer mirando por encima de su hombro–. Menos mal que no tengo noches. ¡Pobre de ti! Tienes cuatro seguidas.

–No me importa. Me gusta trabajar de noche.

–No te veré.

–De todos modos no me ves mucho últimamente –dijo Amy sonriendo comprensiva. No se estaba quejando.

–Tengo que hablar contigo de eso, Amy. Sobre el piso.

–¿Te vas a ir a vivir con Noel?

Jennifer asintió.

–Hemos fijado fecha para la boda. Será en enero, y quiero que seas mi dama de honor. ¿Aceptas?

–Claro que sí –dijo Amy.

Si aún seguía allí. No había dicho nada a Jennifer sobre su decisión de marcharse para no disgustarla. Además, quizás estuviese lo suficientemente cerca como para asistir.

–Y no te preocupes por el piso. Ya va siendo hora de que me marche. Estoy harta de cuidar del jardín; es demasiado grande. Les avisaré a los dueños de que nos vamos.

–Yo pagaré mi parte del alquiler hasta entonces –dijo Jennifer mirando los turnos de nuevo–. ¿De verdad que no te importa trabajar todas esas noches?

–Será un cambio –dijo Amy sonriendo–. Y dicen que eso es tan bueno como unas vacaciones.

Desde luego, el número de ingresos durante las horas de madrugada era más bajo, pero aquello estaba lejos de ser unas vacaciones. Los pacientes que llegaban a urgencias a esas horas necesitaban mucha atención. Y como la plantilla era más reducida en aquel turno, al final la carga de trabajo era casi igual que durante el día.

Amy comenzaba su turno a las diez de la noche y terminaba a las siete de la mañana. A las ocho ya estaba en la cama, y dormía hasta bien entrada la tarde.

En la cuarta noche, entró a trabajar antes de su hora.

Sabía que Nigel estaba en el hospital, y aquella sería probablemente su última oportunidad de verlo. Sentía que le debía algo. Amy sabía que no habían tenido una relación sentimental importante, pero lo había utilizado para conseguir un hogar y una familia estable. Después, lo rechazó públicamente. ¿Habría querido alguien a Nigel alguna vez?

Lo encontró en su despacho; sobre la mesa había un maletín en el que Nigel estaba metiendo el contenido de un cajón.

–Pasa, Amy –dijo cuando oyó que llamaba a la puerta–. Estoy dejando limpio el despacho para el médico que me sustituya –dijo sonriendo con añoranza–. ¿Has venido a despedirte?

Amy asintió. En su cabeza se agolpaba todo lo que quería decirle.

Nigel vio que dudaba. Dejó lo que estaba haciendo y apoyó los codos sobre la mesa. Su sonrisa era amable. La sonrisa que Amy había visto en otras ocasiones y por la que había pensado que Nigel no era tan malo como lo pintaban los demás.

–¿Querías hablar conmigo? –le preguntó Nigel.

–No sé qué decir –confesó Amy–. Solo que siento cómo han terminado las cosas.

–Yo también –dijo Nigel pensativo–. Creo que habría resultado bien, ¿sabes? Sé que no me amabas realmente, pero también sé que no soy capaz de inspirar ese tipo de sentimientos.

Amy miraba hacia abajo. Nigel era más listo de lo que ella había creído.

–Esa devoción solo existe para otras personas –continuó Nigel con calma–. Para las personas que están dispuestas a correr riesgos. Aun así, yo también quería lo mismo que ellos. Un matrimonio, hijos. Una familia de verdad.

Aquello emocionó a Amy.

–Estoy segura de que lo encontrarás, Nigel.

–Lo dudo. Pero si no lo encuentro, no culparé a los demás. No tendré envidia por su felicidad. Ni de Tom, que siempre tuvo lo que yo pensaba que me pertenecía a mí.

–No fue culpa suya.

Nigel asintió.

–Pensar que me había robado tu afecto fue la gota que colmó el vaso. Tuvimos una discusión después de que te marchases del aparcamiento aquella noche. Pero aclaramos muchas viejas rencillas. Creo que incluso conseguimos un poco de paz. Nunca seremos amigos, pero al menos dejaremos de ser enemigos.

–Tom también ha sufrido bastante.

–Sí. Yo no me había dado cuenta. Hay personas que lo soportan mejor que otras. No dejan que los golpes les destruyan y están dispuestos a seguir arriesgándose. Yo no.

–Quizás sí. Si encuentras a la persona adecuada, merece la pena arriesgarse. Quizás encuentres a alguien en Sidney.

–Quizás. ¿Quién sabe? –dijo Nigel encogiéndose de hombros, como quien no espera ningún milagro.

Ella iba a hacer lo mismo. Salir corriendo y empezar de nuevo en otro lugar.

Nigel le sonrió.

–Lo conseguirás, Amy. Tienes la capacidad de sacar lo positivo de una mala situación. Eso es lo que me atraía de ti.

–No me conoces tan bien, Nigel.

–¿No? Lo nuestro no duró mucho tiempo, pero fue suficiente para darme cuenta de la fuerza que hay en ti. Probablemente porque yo nunca la tuve. Tú también has sufrido, Amy. Tu relación con tus padres no fue mucho mejor que la mía. Además, tenías una discapacidad con la que cargar.

–No es para tanto –dijo Amy restándole importancia–. Nunca me ha impedido hacer lo que realmente quería.

«Incluso podría bailar si quisiese», se dijo a sí misma.

–Exactamente –afirmó Nigel–. Aceptas lo que no puede cambiarse, pero eso no te impide hacer lo que quieres.

–No lo sé –murmuró Amy.

Su discapacidad sí había impedido que hiciese el amor con Tom, aunque aquello era lo que más había deseado. No había sido capaz de arriesgarse. Si lo hubiese hecho, quizás Tom no habría buscado en otra parte con tanta rapidez.

Y ahora, ¿aceptaba realmente lo que no podía cambiarse? No. Estaba pensando en salir huyendo.

–Eres una enfermera brillante. Siempre he admirado tu capacidad.

–Gracias –dijo Amy. Quería devolverle el cumplido–. Tu nuevo puesto en Sidney es un verdadero honor. Te lo mereces.

–Al menos tengo éxito en ese aspecto –dijo Nigel–. Supongo que una carrera profesional es algo en lo que merece la pena concentrarse.

–Sí –dijo Amy, a quien todo lo que le quedaba era precisamente su profesión–. Así es.

–No te volveré a ver, me marcho mañana por la mañana –dijo Nigel jugueteando con el asa del maletín–. ¿Te despedirás de Tom por mí cuando lo veas?

–Claro –dijo Amy–. Buena suerte, Nigel.

–Lo mismo digo, Amy.

Solo le quedaban cinco minutos para terminar el turno. Amy tomó el ascensor. Si bajaba las escaleras corriendo podría resultar desastroso. Conocía sus límites. ¿Conocía también sus verdaderas fuerzas? Si realmente tenía la fuerza que Nigel le había atribuido, quizás no necesitase la suerte que le había deseado.

La observación de Nigel le había resultado sorprendente. ¿Era realmente capaz de sacar partido a una mala situación? ¿Era realmente capaz de aceptar algo que no podía cambiarse? Si lo fuese, se sentiría muy orgullosa. Amy caminó por el pasillo vacío. Podía solicitar el puesto de jefa de enfermeras, y probablemente lo conseguiría si Gareth estaba en lo cierto. El ascenso significaría que podría comprarse una casa con jardín. Amy salió por la entrada principal. Incluso podría tomar clases de baile.

Aquello fue lo que la decidió. Aceptaría aquel reto. No volvería a huir de una situación difícil. Había tomado la decisión correcta y lo sabía. Sintió una inyección de energía y una sensación de satisfacción consigo misma. Encauzaría su vida de nuevo y dejaría de lado todo lo demás. También a Tom Barlow.

Este terminaba su turno cuando Amy llegó a urgencias. Para ser un hombre que también había conseguido sus propias metas, no le pareció que estuviese muy contento.

–Alégrate, Tom. ¿No va siendo hora de que te marches a casa?

–¿Estás intentando librarte de mí, Amy? –dijo Tom sonriendo, aunque la sonrisa no coincidía con la inquisitiva mirada de sus ojos.

Amy apartó la mirada rápidamente. ¿Se había dado cuenta de que acababa de decidir apartarlo de su vida?

–Pareces cansado –le dijo.

–Lo estoy. No he dormido muy bien últimamente.

Amy miró a su alrededor, buscando algo urgente que hacer. No quería pensar en la razón por la que Tom no había dormido bien últimamente.

–Yo he dormido todo el día –dijo ella con tono despreocupado.

–Desde luego, te ha sentado bien.

–Acabo de ir a ver a Cathy Hanson. Ella y el bebé están bien. La dejarán llevárselo a casa dentro de pocos días.

–¿Qué va a hacer? Tendrá la escayola unas cuantas semanas.

–Sus padres irán a ayudarla –dijo Amy–. También he visto a Nigel –dijo tras un instante–. Se

marcha a Sidney mañana. Me pidió que lo despidiese de ti.

–¿Has visto a Nigel? –preguntó Tom frunciendo el ceño–. ¿Y no te ha dicho nada desagradable?

–No. Todo lo contrario –dijo Amy mirándolo y riéndose al ver su expresión–. No pasó nada. Todo ha terminado. En realidad nunca hubo nada, pero es bueno saber que los dos lo aceptamos.

–¿De verdad ha terminado?

–Sí –dijo Amy.

No quería seguir hablando de ello. Quería seguir hacia delante, no anclarse en el pasado.

–Discúlpame, Tom. Tengo que ir a buscar algo a la oficina de Gareth –añadió–. Y duerme, te sentirás mucho mejor.

Iba a recoger una solicitud para el puesto de enfermera jefe.

Ella no consiguió dormir mucho en ese día, así que decidió hacer un poco de ejercicio para poder descansar la noche siguiente. Estaba pensando dar un largo paseo cuando pasó por delante de una tienda de alquiler de bicicletas. Una idea se abrió paso instantáneamente en su cerebro. ¿Por qué no? Hasta que sufrió el accidente había montado en bicicleta, y eso era algo que no se olvidaba. Sería más fácil que salir a bailar, y podría hacerlo ella sola para averiguar hasta dónde podía llegar. Tras recibir una rápida lección sobre las marchas y consejos sobre los mejores caminos, Amy se puso el casco y salió de la tienda montada en una bicicleta.

Después de una dura subida hasta la cima de la colina, lo que la alegró al comprobar que no estaba en tan mala forma como pensaba, Amy se bajó de la bicicleta y observó la bahía al otro lado, intentando ver la casa verde rodeada de árboles. Probablemente Tom estaría allí en aquel momento. Quizás también Janice. No ganaría nada pensando en aquellas cosas, de manera que se volvió a montar en la bicicleta y comenzó a descender.

Aunque su confianza se había afianzado de manera espectacular, Amy se detuvo al principio de una inclinada cuesta. La curva que había más adelante no era demasiado pronunciada, pero a pesar de ello decidió bajar caminando. No se dio cuenta de que no estaba sola hasta que oyó tras de sí el grito de advertencia de otro ciclista que había comenzado a bajar la cuesta a una velocidad considerable. Amy apenas tuvo tiempo de volverse antes de que chocasen. Enredada en la bicicleta, Amy cayó por el arcén de la curva que había estado intentando evitar. Apenas fue consciente de las rocas y las ramas que había en la cuesta por la que caía rodando. La sólida roca que finalmente frenó su caída hizo que el marco de la bicicleta presionase terriblemente su pierna. Amy sintió que el hueso de su muslo se rompía con un chasquido escalofriante.

El dolor no tardó mucho en llegar y casi la dejó inconsciente.

–¿Estás bien? –preguntó el otro ciclista, que había bajado la cuesta corriendo–. Dios mío, lo siento. No pude parar.

–No es culpa tuya –jadeó Amy–. Debería haber mirado.

El joven observó desolado la pierna de Amy.

–Estás sangrando –dijo nervioso, y miró un poco más de cerca–. Tu pierna tiene mal aspecto.

–Me llamo Amy Brooks –le dijo al ciclista–. Por favor, busca ayuda y diles que... –dijo Amy sintiendo que se iba a desmayar–. Diles que es urgente.

Amy sintió el pinchazo de unas agujas. Oía voces e hizo un esfuerzo por abrir los ojos.

–¡Tom! –dijo en un susurro apenas audible, pero él lo oyó y acercó la cara–. ¿Qué estás...

haciendo aquí?

–Estaba hablando con uno de los jefes de ambulancia cuando recibieron la llamada –dijo Tom casi tocando la cara de Amy con la suya–. Los convencí para que me dejaran ir en el helicóptero. Me has tenido muy preocupado, Amy Brooks.

Alguien estaba quitando a Amy lo que quedaba de sus vaqueros. Al sentir el contacto ella gritó de dolor.

Tom acarició su frente con la mano.

–Te has roto la pierna, pero te pondrás bien –dijo acariciándola el pelo–. ¿Qué intentabas hacer, ángel?

–Quería... –dijo Amy sintiendo el efecto del calmante. Su voz se hizo prácticamente inaudible–. Quería... bailar.

Capítulo 10

Ahora todo el mundo podía ver su pierna. La fijación externa hacía que pareciese que estaba enjaulada. Y a juzgar por la cantidad de gente que había ido a mirar, debía de ser una atracción.

Pero a Amy no le importaba en absoluto.

La visita del equipo de ortopedia comenzó temprano. Amy aún seguía mareada por la anestesia general, y le divertía ver la cantidad de gente que se había agrupado alrededor de su cama. Noel era el que más cerca estaba de la cama, y Amy le preguntó.

–¿Qué ocurre?

–Has creado un poco de expectación –dijo Noel sonriendo–. Nuestro nuevo cirujano, Martin Southerby, estaba dando una vuelta por aquí cuando te trajeron. Tu pierna estaba en tan mal estado que Martin se entusiasmó, así que el equipo que estaba de guardia lo convenció para que te operase él mismo –dijo Noel fingiendo desaprobación–. Estuvimos en el quirófano casi tres horas. Si no hubieses sido tú, Jen se habría enfadado por tener que cancelar nuestra cita.

El nuevo cirujano, un hombre de cuarenta y muchos años que acababa de saludar a los miembros del departamento, volvió su atención hacia Amy.

–Eres mi primer paciente en este hospital –le informó–. Será mejor que te recuperes, jovencita, o arruinarás mi reputación.

–Haré todo lo que pueda –prometió Amy. El cirujano tenía una expresión inteligente y una agradable sonrisa. A Amy le gustó.

Luego le preguntó sobre la operación y sobre su estado, y el cirujano le informó con todo detalle.

–¿Así que mi pierna ahora será más larga? –preguntó Amy perpleja.

–Desde luego. Me aseguré de que las dos tuviesen la misma medida. Ahora, si me disculpas, quiero terminar el recorrido que empecé ayer. Me figuro que tendrás bastantes visitas, así que no te aburrirás.

El grupo se alejó; Noel fue el último en marcharse.

–Has tenido suerte, Amy –le dijo–. Nunca había visto un cirujano tan extraordinario –continuó con admiración–. Fue increíble.

Jennifer apareció por la puerta. Llevaba un enorme ramo de flores.

–Las he cortado del jardín –le dijo a Amy–. ¿Cómo te encuentras?

–Bien –le aseguró Amy–. El nuevo jefe de Noel dice que cuando me recupere me sentiré mejor que nunca. Me ha arreglado la pierna.

–¿De verdad? ¡Eso es estupendo! –dijo Jennifer con alegría–. Podrás venir a patinar sobre hielo.

–Y a bailar –dijo Amy.

–Pero nada de montar en bicicleta –objetó Noel sonriendo.

–Nos diste un susto tremendo, Amy –le dijo Jennifer–. Yo estaba en urgencias cuando nos enteramos. Tendrías que haber visto la cara de Tom. Se puso blanco como el papel.

–¿Sí?

–Habría sido capaz de llevar el helicóptero él mismo si no le hubiesen dejado ir con ellos –le

contó su amiga.

–Se quedó junto al quirófano toda la noche –le dijo Noel–. Y estuvo sentado a tu lado en reanimación hasta que te despertaste.

–Allí estábamos todos –dijo Jennifer mientras terminaba de arreglar las flores. Se dio la vuelta y le dio un abrazo a Amy–. No sabes cómo me alegro de que estés bien.

–A lo mejor sigo con las muletas cuando necesites a la dama de honor –avisó Amy.

–Buscaremos a un padrino que te lleve en brazos –dijo Jennifer sonriendo–. De hecho, conocemos a alguien que ya tiene un poco de práctica. Bueno, debes de estar cansada. Será mejor que nos marchemos.

–Sí –dijo Noel–. Necesitas descansar antes de que vengan todas las demás visitas.

Amy se sorprendió por la cantidad de personas que fueron a verla a lo largo del día. No tenía ni idea de que tuviese tantos amigos. ¿Cómo se le había podido ocurrir marcharse a trabajar a otra parte?

Gareth Harvey también fue a verla llevando otro ramo de flores. Sonrió cariñosamente a Amy.

–Me alegro de no haber recibido aún tu dimisión.

–No voy a dimitir –le dijo Amy–. Voy a solicitar el puesto de enfermera jefe.

–¡Estupendo! –dijo Gareth. Parecía realmente contento.

–Voy a estar de baja un tiempo –dijo Amy dudosa–. ¿Me guardarían el puesto si lo consigo?

–Creo que no hay lugar a dudas. Merece la pena esperar por la persona adecuada. También nos ha costado un poco de tiempo encontrar a alguien para el puesto vacante de especialista, pero todos estamos contentos con la elección.

–¿Quién es? –preguntó Amy.

–Tom Barlow. Es una buena noticia, ¿verdad?

–Es perfecto –dijo Amy, y sintió cómo se sonrojaba–. Me refiero para el puesto.

–Claro –dijo Gareth sonriendo.

Cuando salió, entró Cathy Hanson con su bebé, seguida de Janice.

–He venido a despedirme –dijo Janice–. Me enteré de lo que te ha pasado –añadió mirando la pierna de Amy–. Lo siento mucho, Amy. No te he visto casi últimamente –continuó–. Creía que estarías en la fiesta de Noel, pero no fuiste.

–Sí fui –dijo Amy en voz baja–. Pero me marché pronto.

–¿Has visto mi anillo? –preguntó Janice extendiendo la mano.

–Resulta difícil no hacerlo –dijo Amy sonriendo levemente–. Enhorabuena, Janice.

–Gracias. Sé que hay gente que piensa que es un poco precipitado, y que lo he pillado al pobre un poco desprevenido, pero en realidad no es así, ¿sabes? –por una vez su sonrisa era sincera–. Sabíamos que éramos perfectos el uno para el otro.

Amy cerró los ojos. El bebé de Cathy empezó a llorar, y Amy no la retuvo cuando se despidió. Janice salió con ella.

–¿Sabes qué? –le oyó que le decía Janice a Cathy–. Nunca pensé que me interesarían los bebés, pero ahora estoy deseando tener uno. Me quedaré embarazada lo antes posible –continuó. Las voces se alejaban, pero Amy aún podía oír cómo Janice se reía–. Quizás ya lo esté. Lo hemos estado intentando.

Amy se sentía agotada. Le pidió a su enfermera que no dejase pasar más visitas para poder dormir.

Cuando despertó ya había oscurecido. Las cortinas estaban echadas, y la luz de su cama estaba encendida. Amy parpadeó, preguntándose por un momento dónde estaba.

–¿Estás despierta, ángel?

La pregunta en voz baja la sorprendió. Volvió la cabeza para encontrarse con Tom sentado en la silla junto a su cama. Parecía llevar allí bastante tiempo.

–¿Quieres que llame a tu enfermera? –le preguntó–. ¿Necesitas un calmante?

–No –dijo Amy.

Lo miró a la cara. Alrededor de sus ojos había arrugas que no había visto antes.

–¿Qué hora es?

–Solo son las nueve de la noche. Vine en cuanto terminé mi turno en urgencias. Tuve que sobornar a tu enfermera para que me dejase entrar. Prometí que ayudarla a curarte la pierna cuando te despertases.

–Pareces muy cansado –dijo Amy con preocupación.

–Ha sido un día largo –admitió Tom; y después sonrió–. Lo único que me ha mantenido han sido los informes que he ido recibiendo de la gente que venía a verte. Me sentí mucho mejor cuando Gareth me dijo que estabas bien.

–¡Ah! –dijo Amy sonriendo–. Por cierto, Gareth me dijo que has conseguido el puesto. Enhorabuena.

–Gracias –dijo Tom sorprendido–. Creía que ya lo sabías. La notificación llegó hace tiempo.

–Debí de perdérmela –dijo Amy frunciendo el ceño al ver que Tom bostezaba–. ¿Dormiste algo anoche?

Tom se encogió de hombros. Parecía avergonzado y miró hacia la puerta cerrada de la habitación.

–Supongo que debería avisar de que ya estás despierta.

–Todavía no –dijo Amy apresuradamente–. No tengo ganas de que empiecen a toquetearme la pierna.

Tom miró la bolsa de suero intravenoso que colgaba por encima de la cabeza de Amy.

–Será mejor que tomes una dosis de morfina –le sugirió–. Yo me quedaré para asegurarme de que te reconocen con cuidado.

–Creía que ibas a ayudar. No puedes romper una promesa.

–No. No podría hacer una cosa así –dijo Tom–. A no ser que tú me lo pidieses.

Amy negó con la cabeza, intentando parecer que lo desaprobaba.

¿Se acordaría Tom de la promesa que le había hecho acerca de no besarla? Aunque no hubiese querido, la había mantenido. Amy no había tenido la oportunidad de hacerle saber lo mucho que le habría gustado que la rompiese. Miró al techo fijamente cuando se hizo un silencio. Oyó cómo Tom suspiraba.

–Estás cansado –le repitió–. Deberías marcharte a casa y dormir un poco.

Tom no se movió.

–Hacía mucho tiempo que no estaba en la habitación de un hospital preocupándome por alguien de quien no soy responsable profesionalmente. Me había olvidado de lo duro que es.

Amy parpadeó. ¿Tanto la apreciaba para comparar el caso de su mujer con el suyo? Además, Jennifer le había dicho que se había quedado con ella toda la noche. Aunque también lo habían hecho ella y Noel; los lazos de amistad que los unían a los cuatro eran fuertes.

–Supongo que te trae recuerdos tristes –dijo Amy.

–Nada que no pueda superar –dijo Tom–. He vivido con fantasmas peores. Ni siquiera pude deshacerme de ellos por completo cuando me mudé a Chicago. Después creí que podría escapar viniendo a Nueva Zelanda. No había esperado despertar fantasmas más antiguos aún volviendo a

ver a Nigel. Había oído que tenía intención de marcharse al extranjero y creí que se habría ido de Christchurch hacía tiempo.

–Pero no era así.

–Me sorprendió un poco enterarme de que aún trabajaba aquí. La noche que nos vimos por primera vez, había ido a su casa para decirle que estaba en la ciudad y que mi intención era mantener nuestra relación en secreto. Esperaba que él quisiese lo mismo. No creí que las cosas fuesen a ponerse tan difíciles –continuó Tom riéndose–. Aquello fue culpa tuya, Amy Brooks. Si no te hubiese encontrado en el cenador, me habría marchado. No tenía ninguna intención de colarme en la fiesta de compromiso de Nigel.

–Yo no me habría casado con él –afirmó Amy–. Siempre supe que no era lo correcto. El problema era que no quería admitirlo.

–Quizás habrías tardado más en darte cuenta sin un poco de ayuda –dijo Tom–. Quizás lo habrías dejado demasiado tarde y aquel era un riesgo que no quería correr.

Amy se sintió repentinamente avergonzada.

–¿Por qué no?

Tom se incorporó en la silla y agarró la mano de Amy. La miró fijamente.

–¿No conoces la respuesta?

Amy negó con la cabeza lentamente, sin dejar de mirarlo. Quería perderse en su mirada para siempre.

–Te amo –dijo Tom sencillamente, y sonrió–. Me enamoré de ti cuando te vi hablar con aquella estatua. O quizás cuando oí a aquel irlandés hacerte proposiciones en urgencias. Tu forma de sonrojarte me pareció encantadora.

Amy intentó aclarar la confusión que sentía. La alegría que le había provocado la declaración de Tom tendría que esperar. Intentó concentrarse en lo que tenía que decirle.

–Eso debió de complicarte un poco las cosas –le dijo.

–Sí –dijo Tom aún sonriendo–. No había pensado en la posibilidad de que averiguases el sabotaje de tu cita con Nigel, pero estaba desesperado. Tampoco esperaba que te enterases de lo de mi matrimonio de aquella manera –continuó, apretando la mano de Amy–. Te lo habría dicho yo mismo, pero había cosas más importantes que solucionar.

–¿Cómo qué?

–Como tu convicción de que sería fácil asustarme. Empecé a preguntarme si no sería una excusa para librarte de mí.

–¿Qué excusa? –dijo Amy. Le estaba resultando muy difícil seguirlo.

–Tu pierna –dijo Tom–. ¿No pensabas que sería suficiente para ahuyentarme?

–Ha ocurrido en otras ocasiones –dijo Amy apartando la mirada de Tom.

–Ahora la puedo ver –dijo él.

–Todo el mundo la ha visto –dijo Amy riéndose–. Han venido todos hoy a mirar.

–Estarás agotada –dijo Tom–. Debería marcharme.

–Estoy bien –dijo Amy rápidamente–. Pero no te sientas obligado a quedarte, Tom. Hazlo solo si tú lo deseas.

–Claro que quiero –contestó con impaciencia–. ¿Es que no me has escuchado, Amy Brooks? Quiero quedarme a tu lado el resto de mi vida.

–¡Ah! –dijo Amy, que tardó unos segundos en digerir la respuesta–. ¿Lo sabe Janice?

–¿Por qué debería saberlo? –preguntó Tom aturdido.

Amy le contó que pensaba que estaban comprometidos y Tom, después de escucharla, le dijo

que Janice estaba comprometida con Stephen Parks, el abogado a quien habían extirpado el apéndice.

–¿Y qué ocurrió en la fiesta? –preguntó Amy confusa.

–¿La fiesta? –repitió Tom pensativo. Se sentó a un lado de la cama—. Está en todas partes, ¿verdad? Ni siquiera vi a Janice en casa de Nigel.

–Me refiero a la fiesta de Noel –suspiró Amy. Aquello le resultaba difícil—. Te vi llegar. Janice estaba agarrada a ti y le mostraba su anillo a todo el mundo.

–Janice se agarraba de todo el mundo. Quería asegurarse de que todos admiraban el anillo, y dio la casualidad de que yo llegué al mismo tiempo. Su prometido llegó más o menos cuando tú te marchaste.

–Pero te estaban dando la enhorabuena a ti.

–Por el trabajo –dijo Tom sonriendo—. Aquel fue el día en que recibí la noticia del puesto permanente. Además, también había comprado la casa. ¿La recuerdas?

–Sí –asintió Amy—. Es una casa preciosa, pero está un poco aislada. Tendrás que viajar bastante para jugar tus partidos de tenis.

–Me voy a retirar –le dijo Tom—. Tengo intención de pasar más tiempo en casa y dejar de estar tan en forma –dijo inclinándose hacia ella aún más.

–No puedes hacer eso.

–Quizás no del todo –admitió Tom—, pero, desde luego haré menos cosas. Me acostumbré a desarrollar demasiada actividad física cuando Lucy murió. No quería pasar mucho tiempo solo, hasta que te tuve junto a mí en la casa.

–No estabas solo –señaló Amy.

–Exacto. No quiero volver a estar solo de nuevo.

Amy seguía sin entender.

–Nada de lo que dices tiene sentido –le dijo con firmeza—. Soy yo, no tú la que debería estar desvariando.

–Quizás lo entiendas ahora –dijo Tom tomando su cara y besándola con suavidad.

La besó de nuevo, y Amy se sintió transportada en el tiempo. Solo que en aquella ocasión el deseo de que él la acariciase era aún más fuerte. Lo suficientemente fuerte como para hacerla gemir. Tom se apartó de inmediato.

–¿Te he hecho daño? –exclamó—. Lo siento.

–No me has hecho daño –le aseguró Amy empezando a sonrojarse—. Me siento...

–¿Frustrada? –preguntó Tom sonriendo con malicia.

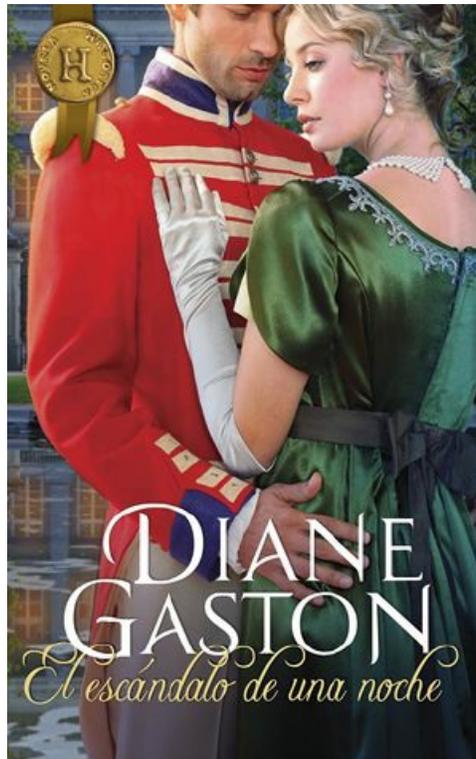
–Sí, se podría decir así –dijo Amy sonrojada—. Te amo, Tom Barlow, y quiero pasar contigo el resto de mi vida –añadió mordiéndose el labio—. Y en estos momentos, también deseo que me hagas el amor. Pero voy a estar sujeta a este terrible marco durante semanas.

–Yo también te deseo, ángel, pero habrá que tener paciencia. Tendremos tiempo de sobra para hablar y conocernos –le dijo. Su respiración le hacía cosquillas en los labios a Amy—. También vamos a tener tiempo de mejorar nuestros besos.

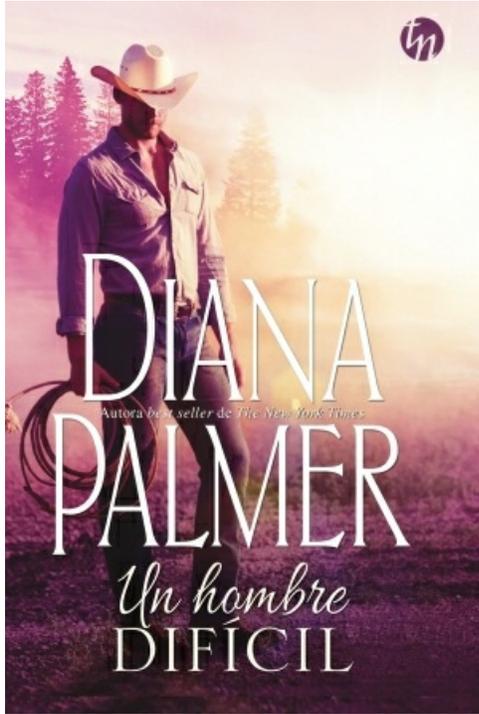
Amy podía sentir los labios de Tom sobre los suyos.

–Cariño, me temo que tendremos que esperar –le susurró el.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



DIANA
Autora de 7 seller de The New York Times
PALMER

Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

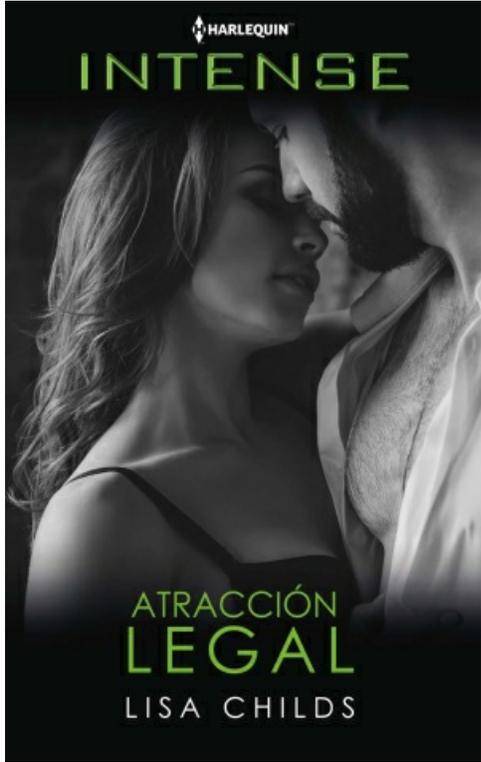
9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

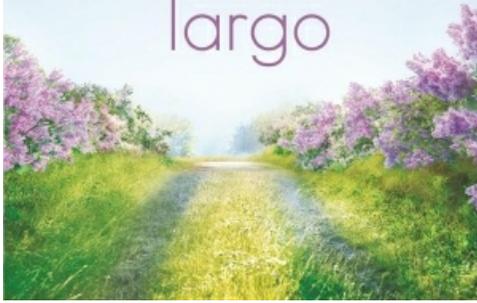
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

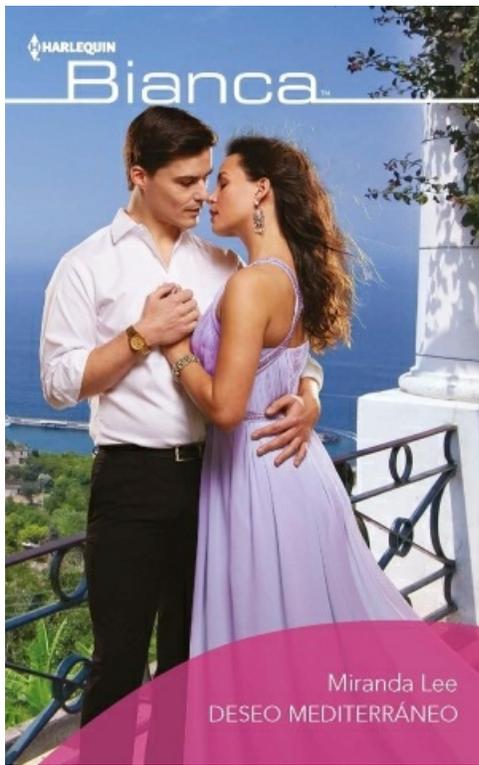
9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)